

de

Cristina Cerezales

De oca a oca



La familia Monteserín ha sido durante generaciones el punto de mira de los habitantes de la comarca del pueblo de Olmeda, donde regentan un molino, único en el valle, y que es punto de encuentro de los campesinos del entorno. Justa, nieta del último molinero, lo ha heredado y vive en él con su marido y sus dos hijos. Los tiempos han cambiado desde los años en que ella visitaba a los abuelos en la infancia. El molino ya no funciona y los hijos reclaman una forma de vida más afín con el tiempo actual. Justa aparece en la novela en un momento crucial de su vida, a punto de cumplir los cuarenta años y paralizada por una angustia acumulada. Amadora, su madrina, una anciana vidente y ciega que vive apartada en una braña del monte, la ayuda a elevarse por encima de sus circunstancias y ver su vida como un tablero de juego en el que el tiempo no existe y las palabras forman barreras a veces infranqueables. Amadora mueve la ficha de su ahijada y la hace retroceder al inicio, entroncando no solo con los recuerdos de su infancia, sino con la memoria de los mayores del pueblo: *Todo está entramado... Es lo bonito del juego, su dificultad...*

OceanofPDF.com



Cristina Cerezales Laforet

De oca a oca

ePub r1.0

Titivillus 14-09-2022

OceanofPDF.com

Título original: *De oca a oca*
Cristina Cerezales Laforet, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Para mis ahijados:

Javier Perales

Kim Araujo

Candela Rabal

Lorena Gutiérrez

Jerónimo Blázquez

OceanofPDF.com

Toda coincidencia con la realidad es imposible,
la realidad no existe.

AGUSTÍN CEREZALES

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

A Toni, compañero de vida y de aventura, que me ayudó a emprender este vuelo.

A Clara, Fani y Andrea, musas constantes.

A los numerosos amigos que me facilitaron el acceso a la memoria de un tiempo pasado. Entre ellos, a los Monteserín, de los que además tomé el apellido para dar nombre a personajes de ficción; a Aquilino, por los relatos que me brindó al amor de la lumbre; a Lola, por los momentos compartidos en la cocina de su molino; al compadre Domingo, por ilustrarme sobre la madera en su taller de escultor; a Loli, que me recibió en su casa guardada por ocas; a la memoria de Mayrata, que me hizo partícipe de su pasión creadora; a Bernardo y a Carmen por las charlas mantenidas en su casa de Berango.

OceanofPDF.com

BLANCO

OceanofPDF.com

Grandes nubes blancas se descuelgan del cielo como si fueran las alas de un gigantesco pájaro de algodón. Justa ha evitado la carretera que, desde hace pocos años, atraviesa como una herida el corazón del monte. Trata de descubrir entre los matorrales el camino que partía de la iglesia y conducía a la choza de Amadora, su madrina. Era un camino natural, construido por el ir y venir de las gentes. Ahora, con los nuevos inventos de la civilización: televisores, molinillos eléctricos, coches..., la gente ha olvidado los lugares a los que acudía a recibir calor y energía. La naturaleza se ha ocupado de invadir el camino, de borrar su rastro. Ella ha hecho lo mismo con el hilo que trazaba su vida. Ahora se encuentra perdida, sin saber a qué sujetarse. Le gustaría volver al origen. Pero ¿cómo regresar al lugar que ya no existe? Ha cerrado los ojos demasiado tiempo, ha vivido aislada en su molino sin querer enterarse de las máquinas que horadaban las montañas que rodean el valle de Olmeda para comunicarlo con el exterior, con el resto del mundo. Pero sus hijos ya no quieren vivir el aislamiento que ella se impuso, ellos tienen los ojos abiertos y reclaman los utensilios de los nuevos tiempos. Son hijos de la nueva era y no se conforman con las toscas herramientas que ella les presenta. Por primera vez sospecha que se ha equivocado con ellos. Va armada de un machete con el que intenta reconstruir el camino, salvándolo de las zarzas y las aulagas invasoras. Quiere hacer lo mismo con su vida. Ha tratado de explicar a sus hijos los valores que la sustentan, y no ha podido. Su cerebro se ha encargado de enmarañar los recuerdos que la conducen al pasado: un montón de insignificancias que se juntan, se fecundan, crecen y van cerrando cada etapa sin posibilidad de retorno. Quiere salvar algo de todo ese embrollo y para ello acude a la braña de su madrina. Amadora se salta las reglas de la cronología y juega con el tiempo, como si no perteneciera a él, como si estuviera situada por encima, como

las nubes algodonosas que se van convirtiendo en una capa homogénea y densa.

Ha llegado a un claro del bosque y se sienta en un tronco a descansar. A partir de ahí, la vegetación clarea y el camino ya no ofrece dificultad.

Intenta ordenar sus pensamientos desde un principio para que no vuelen erráticos, para recobrar su identidad y conjurar el pánico a la locura.

Ella es hija de Aurelia, que en un tiempo llamaron «la loca», y de Germán, «el vinatero». Ninguno de los dos supo ejercer en la infancia de su hija la función que les correspondía. De ahí nace su primera confusión. Nadie en el pueblo la llama por su nombre: Justa Prado. La llaman Monteserín, el apellido de su madre, ligándola directamente a su abuelo, el molinero. Ello puede deberse a que Aurelia y Germán delegaron sus funciones paternas en los abuelos molineros. O también puede deberse a que la familia Monteserín lleva generaciones siendo el eje del pueblo, el palo del pajar, como dicen algunos, y se les hace duro soltar ese apellido que tan profundo ha enraizado en la tierra y en los corazones.

A la abuela Lisa no le gustaban las confusiones. En los tiempos que Justa pasaba en el molino, no dejaba de repetirle cada noche: «Tienes que decir a las gentes que tú te llamas Justa Prado. Debes llevar el apellido de tu padre, que es un hombre bueno que tuvo la desdicha de cruzarse con la locura de tu madre».

«Justa Prado», «la locura de tu madre», repetía ella en las noches blancas, tratando de acompasar las frases a los golpes de agua que movían las ruedas del molino.

El humo de la choza de Amadora se eleva hacia el cielo blanco confundiéndose con él. Hace mucho tiempo, demasiado, que no visita a su madrina. Culpa por ello a la intromisión de Juana, una vecina del pueblo que vino un día a instalarse en la vivienda de Amadora, a contaminar con su

presencia un lugar que Justa consideraba sagrado. Y Justa no quiere intrusos que presencien su desmoronamiento, que interrumpan la corriente de intimidad de sus conversaciones con Amadora como hace Juana, que interviene constantemente, imponiendo en el diálogo entre ellas dos su pensamiento irracional cargado de prejuicios pueblerinos.

La temperatura se ha vuelto amable. Seguro que va a nevar, piensa Justa. ¿Se acordará Ignacio de meter las ocas en el gallinero? No puede contar con la colaboración de su marido. Ella y él se han convertido en dos polos opuestos y enfrentados. Al pensar en él vuelve a sentir frío y soledad. Prefiere volver el pensamiento hacia Bernal, el amigo de la infancia y de la adolescencia. Lo imagina ahora abriendo un camino desde la distancia hacia ella. Han pasado muchos años desde que lo vio por última vez. Tienen mucho que desbrozar los dos para volver a encontrarse. La maraña de zarzas con que ella cerró esa etapa de su vida es demasiado espesa para franquearla libremente. Pero él debe de tener un machete poderoso, porque últimamente se le presenta en sueños, a mitad de una conversación o en la letra de una canción. ¿Estará buscando su corazón helado refugio en la ternura de aquellos tiempos?

La puerta de la choza cede a la ligera presión de su mano. La figura enlutada de Juana está de espaldas, afanándose con el fogón de leña. «Pasa, Justa», dice la voz de Amadora, que está sentada en una silla frente a la única ventana, perdida la blanca mirada en el cielo infinito.

La tranquilidad del lugar no colabora al apaciguamiento de Justa. Se sienta en la silla que Juana coloca junto a Amadora y busca las palabras para empezar a hablar. La congoja de los últimos días se agolpa en su garganta y desborda finalmente en una crisis de llanto. Amadora espera en silencio, mientras Juana prepara una infusión musitando oraciones entretejidas de suspiros, como si pidiera perdón a Dios por participar en un rito pagano. La infusión caliente sirve para reconfortarla. No sabe de dónde brotan las palabras que no había pensado antes.

—Quiero irme, Amadora.

La voz de Amadora ha perdido la fuerza de otros tiempos y se ha convertido en un susurro apenas audible.

—Vete.

La respuesta la asusta. A Amadora no se la puede consultar en vano. ¿De dónde le habrá nacido la idea de que quiere marcharse?

Balbucea unas palabras intentando retractarse.

Amadora espera en silencio a que se aclare el pensamiento de Justa.

—La estás mareando, hija, ¿para qué le dices que quieres marcharte si no quieres?

Justa intenta ignorar la intervención de Juana. Sigue dirigiéndose exclusivamente a Amadora.

—Necesito escapar de algo, pero no quiero convertir mi vida en una huida sin sentido.

—¿Por qué buscas un escape?

—Porque ya no sé cómo seguir viviendo.

—Entonces debes marcharte. Vete y averígualo. Alguien de fuera te hará ver las cosas claras.

—No sabría adónde ir, no me siento capaz de hacerlo.

—Sí sabes adonde ir, y sí puedes hacerlo.

Goterones de humedad resbalan por la ventana. Justa no puede apartar la mirada de ellos, sigue sin ver claro. Amadora vuelve a hablar.

—Antes de marchar hay que preparar el equipaje. Deja que te ayude.

—¿Qué equipaje?

—Recoger los cabos sueltos.

¡Cuántos cabos sueltos ha dejado ella colgando a lo largo de su vida! Quizá Amadora la esté entendiendo, quizá ella logre ayudarla.

—La confusión viene de muy lejos.

La anciana se levanta y se coloca detrás del respaldo de su silla. Justa siente sobre las sienes la presión de sus dedos descamados. Amadora sigue hablando, y Justa tiene que hacer un esfuerzo inmenso para oírla. Otras voces aparecen a su alrededor, a las que ella contesta con voz infantil. Ya

está Amadora jugando con el tiempo. Le invade una sensación de vértigo y trata de asirse al presente, pero no puede.

OceanofPDF.com

Está sentada junto al fuego, en la oscuridad de la cantina, balanceando sus piernas flacas que no alcanzan el suelo. Flora, una mujer oscura de la que había perdido el recuerdo, le está contando una historia, y otros hombres y mujeres, que no distingue bien en la penumbra, se calientan alrededor del fuego.

—A las mujeres nos subían al humo...

—¿Y flotabais?

—No, cariñín, no. No flotábamos. Lo llamábamos así, el humo. Verás, estábamos tal que así, como estamos nosotras ahora junto al fuego, y venían unos cuantos jóvenes y te cogían, ¡y arriba! Te ponían ahí en ese cañizo, y te ahumaban lo que querían.

—¿Y vosotras qué hacíais?

—¡A ver qué íbamos a hacer! Pues nada, llorar algunas. ¡Qué vergüenza pasaban, Dios mío! Como no había dinero ni había nada, muchas mujeres no llevaban ni bragas...

Justa pierde en ese momento todo contacto con el presente. Es una niña pequeña, más chica de lo que corresponde a su edad de cuatro años. Gorrión, la llama su abuelo, y más tarde en el colegio los niños la apodarán cara de pájaro, porque tiene unos ojos grandes, que parecen estar siempre alerta, y una naricilla afilada.

No entiende las historias que se cuentan junto al fuego bajo de la cantina, y su mente imaginativa va construyendo monstruos en el humo al hilo de la conversación. En el fuego de la cantina siempre humea un pote de caldo que Antonia, la Candela, ofrece generosamente para reponer al visitante. Según sus posibilidades el caldo es más o menos substancioso. A veces contiene solo berzas y patatas y algún que otro hueso, pero cuando

vienen a verla sus hijos, cargados de regalos, Antonia enriquece el caldo con carne, chorizos y tocino. Nunca la Candela guarda nada para sí. De la misma manera distribuye las ropas: mantas, sábanas, toallas. Siempre encuentra a otro más necesitado que ella.

Flora sigue hilando sus historias. Justa posa la mirada en la pared de la cocina, negra y desconchada. Formados en el vapor y el humo, ve aparecer monstruos y fantasmas de su imaginación. Es una película en blanco y negro, animadas las imágenes por el incesante vaivén de las llamas. Ve mujeres debatiéndose y gritando, mientras hombres perversos las arrancan del escaño para subirlas al cañizo.

—Calla, Flora, esas no son cosas para contarle a una niña, ¿no ves que parece un pajarillo asustado? —interviene Bernarda, la mujer que tiene sentada a su otro lado.

—No, no te calles, Flora, que a mí me gusta. Yo no soy un pájaro.

Las dos mujeres tienen la cara colorada por el calor de las llamas, y unas manos fuertes y callosas. Flora se ríe recio, como los hombres, y le gusta asustar un poco a Justa con sus recuerdos.

—Ellos se ponían debajo del cañizo y miraban para arriba. Y aprovechaban, al subirte, para meterte mano.

—¿Qué es eso?

—Pues meterte la mano debajo de la falda, y tocarte el culo, y pellizcarte, y eso...

Genaro también ríe y su sombra desdentada se proyecta en la pared agrandada por el reflejo de la llama.

—¿Él también?

—¡Pues claro! ¡Mira cómo ríe! Ese es de los de entonces. Pero no vayas a creer que eran peores que los de ahora. Aquello era una forma de divertirse. Era una broma, ¿entiendes, cariñín?

—¿Una broma?, ¿os divertía eso?

—¡Cómo nos iba a divertir eso! —vuelve a intervenir Bernarda—. No nos gustaba, pero había que pasar por ello, porque era tradición. Lo hacían por carnaval.

Justa se queda pensativa; ella creía que las bromas eran otra cosa, algo que se hacía para hacer reír, no para hacer llorar, pero no lo dice. No le

gusta sentirse diferente y no habla por miedo a que se burlen de ella. En la cantina de la Candela las palabras son distintas a las de su casa. Lo mejor es escuchar y aprender.

Están asando castañas. Los hombres y mujeres las pelan y le ofrecen a ella. Tienen todas las manos ásperas y grandes, ella pequeñas y suaves. Quiere ser una de ellos, pero en todo se siente diferente. Las palabras la separan, las manos son distintas, los monstruos siguen bailando en el humo, distorsionándose, y solo ella los ve. Los mayores se ríen de ella, la regañan cuando hace algo que no les parece conveniente. En la pared hay un agujerito que le pertenece, lo ha trabajado con la uña y con un poco de saliva, día tras día. Es suyo. El primer día se asustó y quiso borrarlo para que no lo vieran, pero no se podía borrar un agujero. Nadie lo vio. Es pequeño, como ella, perdido en medio de los grandes desconchones informes. Se va ahumando poco a poco, integrándose a los demás rotos y manchas. Es redondito y suave como su mano.

Afuera se oye cantar. Son los mozos y mozas del pueblo que bajan de la siega.

*¡A mí me dueeele, a mí me duele,
la mano de la segada...
Y a ti te dueeele...
A ti te dueele el culo de estar sentada!*

Risas.

Se abre la puerta de la cantina y entra la Candela. Aparece rebosante de risa y de canto, cargada con grandes brazadas de leña.

Justa corre a su encuentro, liberada. Todo se vuelve luminoso cuando Antonia está presente.

—Deja, deja. No te vayas a herniar.

—Tú también ayudabas cuando eras pequeña.

—Eran otros tiempos. Entonces había que ser fuerte para sobrevivir.

—Yo también lo soy.

Suso y Genaro son feos y se ríen de ella.

—No les hagas caso. Ya lo creo que vas a ser fuerte, para ello tienes que comer mucho caldo.

—Es una canija. Me parece a mí que esta no medra ni aunque se tome todo el caldo del puchero.

—Calla, Genaro, más valiera que te lo hubieras tomado tú a tiempo.

Antonia suelta el montón y Justa se acerca, coge uno de los haces y se pasea con él por la cantina.

—¡Miradla!, podéis reiros, pero es más fuerte que vosotros. Puede que sea pequeña, pero es una Monteserín y eso se lleva en la sangre.

—De Monteserín nada. Esta es una Prado.

—Y también Monteserín.

—Ven aquí —dice Suso, conciliador—. Di que tú eres la reina, ya seas Monteserín o lo que seas, y que vales más que todos nosotros juntos.

Justa no se acerca a Suso y se refugia en los brazos de Antonia, que se ha sentado junto al fuego. Le gusta su cuerpo mullido, los pechos generosos y cálidos, los brazos fuertes que la rodean con amor.

—Cuéntame lo de los carnavales, Antonia —dice con voz mimosa—, ¿os quemaban cuando os subían al humo?

—Os tengo dicho que vigiléis lo que habláis delante de la niña. Vuelve a dormir mal y a gritar por las noches.

—Pues no será por lo que yo le cuento. ¿Verdad, carmín, que no? Otras razones tiene para gritar que no voy a decir aquí. No nos quemaban nunca, cariñín, di que no. Se echaban solo ramas verdes para que hiciera más humo. Y no te creas que los hombres se libraban. A ellos también les tocaba por Reyes.

Ella tenía razones para gritar, aunque no las sabía, y los que las sabían no se las iban a decir. ¿Cómo conseguirían las mujeres subir a los hombres al humo?

Mira a Genaro de reajo. Solo le quedan tres dientes amarillos y grandes.

—No podían con nosotros y tenían que engañarnos —le explica—. Nos decían: súbete y bájame unos chorizos de aquellos *colgaos*... Y cuando estabas arriba, ¡pumba!, retiraban la escalera.

—Pero los hombres llevaban pantalones y ya no era lo mismo.

No era lo mismo porque no se les veía nada. A las mujeres se les veía todo porque no tenían dinero para comprar bragas. Era por lo de la guerra. Antonia se lo contaba cuando ella no quería comer. Le hablaba del hambre de la guerra y de los niños que todavía morían de hambre en otras guerras. Ella proponía a la Candela que mandaran su comida a esos niños hambrientos porque ella no necesitaba comer. Y los mayores decían que no, que eso no era así, y que ella se moriría si no comía y que no tenía derecho a morirse porque la vida se la había dado Dios. ¡Qué ganas de complicar las cosas! A lo mejor se moría hoy porque no había comido ni tenía hambre para cenar. Ella se parecía a su madre y por eso tenía razones para gritar. Las hijas se parecen a sus madres, y Aurelia, la suya, se había quedado por la noche gritando en su alcoba y golpeando las paredes. Por eso su padre, el vinatero, la había llevado allí, para que la cuidara Antonia. La había envuelto en una manta y había cruzado un trozo de noche con ella en brazos hasta la cantina. «Toma, Candela, cuídamela, ya sabes lo que pasa». «¿Qué le pasa a mi madre?». «No le pasa nada, cariño, no le pasa nada». Y Antonia se había metido, vestida y todo, con ella en la cama. Ella sabía que sí, que algo le pasaba a su madre. Gritaba porque se había muerto Raimundo cuando tenía diez años y ella aún no había nacido. Su madre siempre lloraba y hablaba de Raimundo. Si ella se muriera de hambre también hablaría de ella y lloraría y golpearía las paredes gritando su nombre. ¿Dónde estaría ella cuando murió Raimundo? ¿En el pensamiento?, ¿o en la tripa de su madre? Cuando Bernarda tenía la tripa muy gorda le dijo que tenía un niño dentro, que los niños están en las tripas de las madres antes de nacer. Y era verdad, después nació Pedrín, y Bernarda ya no tenía la tripa gorda. Las mujeres de humo de la pared parecen hincharse. Tienen tripas gordas con niños dentro, y tetas grandes como las de Antonia. A lo mejor se caen los niños porque sus madres no tienen ni bragas, porque no tienen dinero. Y los hombres tienen dientes amarillos y ríen como Genaro y les crecen cuernos y patas de cabra, como los del cuadro del libro del abuelo, y las mujeres se deshacen en el humo cuando las suben para arriba.

—Tómate el caldo, cariño —le dice Antonia, sentada frente a ella con un cuenco en la mano.

Justa no puede comer porque tiene una bola dentro que le llena todo el estómago, y cierra la boca para que no entre la cuchara.

La Candela insiste un poco y se levanta. Dice que le va a preparar una torta de harina de esas tan ricas que le gustan a ella. Justa siente ganas de llorar cuando oye el ritmo de los golpes de Antonia amasando la torta, porque la Candela es buena y la quiere, y ella se va a morir y la va a dejar muy triste porque tampoco tiene hambre de comer la torta, y ella quiere hacerse fuerte para que los hombres no la suban al humo y la hagan desaparecer.

—Y ahora —dice Antonia, que ya ha asado la torta en el fuego y le mete un pedazo en la boca—, te voy a contar yo cómo eran los carnavales.

Justa coloca el trozo de torta en el carrillo interno, detrás de los dientes, para que no se note que no traga, y escucha interesada.

—Era una fiesta preciosa, no hagas caso de lo que te cuentan estos. —Le ofrece un trago de leche y Justa logra colar el trozo de torta para dentro—. La fiesta empezaba temprano, cuando los mozos subían al monte a buscar la hoguera. —Se pone en pie para escenificar—. Cortaban todo lo seco y llenaban un carro. —Justa contempla embelesada los gestos de Antonia alargados en la sombra de la pared—. Y luego bajaban por lo más pendiente. Iba el carro cargado hasta arriba de leña...

—¿Y los niños?

—Los niños también. Y los había pequeñitos que apenas sabían andar... A los niños los colocaban detrás, por parejas. Entonces Olmeda estaba llena de niños. Los había de todos los tamaños. La cuerda la ataban para atrás y bajaban en pareja, el palo atravesado, cada dos juntos. Y así iban descendiendo por edades hasta los más chiquitines, se agarraban por detrás y bajaban a rastras. Y empezaban las competencias tirando para adelante y para atrás, los unos queriendo hacer retroceder a los otros. Y el resto del pueblo se reunía abajo, y cada uno jaleaba a los suyos. Y se cantaban canciones. Y cuando llegaban abajo se hacía la hoguera para el carnaval.

—Ahora también.

—Sí, ahora también. Pero ya nada podrá ser igual que antes. Ocurrieron muchas cosas, y aquella inocencia se perdió para siempre.

Todos miran a la lumbre. En sus llamas aparecen la hoguera de carnaval, la música y los panderos.

—Y abajo esperaban las mujeres con la cara tapada o pintada con ceniza...

—Nos ponían como a Jesucristos —dice Flora. Y coge un puñado de ceniza y se acerca a la Candela con intención de pintarle la cara. Antonia forcejea en medio de grandes carcajadas. Al final quedan las dos embadurnadas y muertas de risa.

—Y tocaban panderetas mientras esperaban a los carros, y bailaban en el campo de la feria... Era una fiesta tremenda...

—Y lo de los pínanos, Candela, cuéntale lo de los pínanos.

—¡Y lo de la harina!

—¿Solo pintaban a las mujeres?

—No, las mujeres a los hombres y los hombres a las mujeres...

—E incluso se lo hacían entre ellos mismos. A lo mejor estaba un tío hablando y otro le escuchaba hablar, pero la mano la tenía en el bolsillo llena de harina, y cuando el otro se distraía, ¡paf!, se la metía en la boca.

—La harina era lo de menos, a mí me gustaba lo de los pínanos.

—¡Ah, sí! ¿Te acuerdas de mi suegro, que era tan respetuoso, de aquellos patriarcales...? Él nunca se unía a las juergas, pero el día de carnaval salía a echar la harina y a correr los pínanos.

—¿Qué eran los pínanos?

Sin darse cuenta, Justa ha terminado la torta y la leche.

—Era el lino antes de hilar, el hilo que se cosechaba..., lo llevaban en el bolsillo, y sacaban uno, le prendían fuego y te lo tiraban.

—¿Y te quemaban?

—¡No pasaba nada! Te lo tiraban a la cabeza, por ejemplo, el pelo te lo quemaban, a lo mejor..., ¡pero nada!

—Y el abuelo de esta, por muy Montesión y muy sabio que fuera, eso tampoco se lo perdía nunca.

—Y la Candela cantaba y bailaba mejor que ninguna... Los hombres se la comían con los ojos.

—Y el molinero...

—¡Calla!, que hay ropa tendida.

Justa vuelve a sentir una punzada dentro. Sabe que ella es la ropa tendida por la forma en que la miran, y que no van a contar lo que pasaba con el molinero porque es su abuelo.

—Antonia, tengo ganas de vomitar...

—Aguanta un poco, cariño. —Justa vuelve a sentirse distinta, sola frente a todos. Trata de aguantar y no puede, sale corriendo fuera y vomita.

Antonia le lava la cara en la pila y la coge de la mano.

—¡Venga!, ya lo hemos intentado. Ahora vamos a dormir, que el dormir también alimenta. Mañana comerás, te prepararé un buen tazón de migas de castaña y ya verás qué bien te entra con leche calentita.

La alcoba está helada. Antonia frota el cuerpecito de Justa y le pone el camisón de franela que le hizo la abuela. Se acuesta vestida a su lado y la aprieta contra su pecho caliente. Justa cierra los ojos y se adentra en el sueño.

Cuando los abre, se encuentra en la choza del monte frente a un fuego diferente donde también bailotean las llamas. Han pasado cerca de cuarenta años. Amadora está sentada junto a ella con la mirada perdida hacia el interior. Siente sus dedos descarnados y frágiles palpándole el pulso.

Amadora tiene el pelo blanco, recogido en una trenza. Con la edad, sus pómulos altos y sus ojos rasgados se han acentuado y le dan un aire oriental. Sonríe a la silueta de Justa, que acaba de ponerse en pie. Solo percibe bultos y sombras.

Juana se acerca secándose las manos en el delantal. Tiene la cara regordeta, con mofletes colorados y piel agrietada por el aire frío del monte. Sobre el vestido negro lleva anudado un delantal de rayas grises.

—Bueno, hija, no canses más a tu madrina que no está ella para estas cosas.

—¿Qué ha pasado, Amadora?, ¿cómo he podido revivir un capítulo de mi vida que tenía olvidado? He vuelto a ser niña, a sentir como sentía, a hablar como hablaba...

Amadora le acaricia la cara.

—Te ha llevado ella —vuelve a intervenir Juana—. Tú no preguntes, que a ella no le gusta dar explicaciones. Es como la televisión, ¿no sabes? Ella aprieta un botón y te lleva adonde quiere.

Amadora empieza a hablar. Su voz es como ella, quebradiza y flaca.

—No existe ahora ni antes, todo es lo mismo.

—Ya veo.

Justa se siente desconcertada. ¡Es tan difícil seguir a veces el pensamiento de Amadora! La cabeza le da vueltas y se siente muy cansada.

—Descansa —susurra Amadora.

Justa se recuesta en el banco y contempla a su madrina. No se parece a nadie del lugar. Viste ropas claras y parece desprender una luz blanquecina. Juana se ocupa de ella, y lo hace con un cuidado escrupuloso, como si se tratara de una santa de altar. A Justa, sin embargo, le gustaría que Juana desapareciera cuando ella visita a Amadora. Quisiera recuperar la intimidad de antes, cuando su madrina le pertenecía por completo.

—Yo recordaba una infancia feliz. No sabía que a esa edad ya había aprendido a sufrir, que conocía la angustia...

—La mente selecciona, borra lo que se le antoja. ¿Qué te hacía sufrir?

—La diferencia, las palabras. Me sentía diferente al entorno, veía monstruos en el humo. No sé, era un mundo esperpéntico el que me rodeaba.

—Eso son las barreras.

—¿Qué barreras?

—Las que levantas para protegerte. Ahora mismo lo estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo ahora?

La voz de Amadora va cogiendo fuerza, ya no es un hilillo apenas perceptible. Últimamente parece que necesite tiempo para arrancar a hablar, como si necesitara calentar motores.

—Lo mismo que cuando eras pequeña. Te sientes distinta a Juana. Y no es verdad. Juana es lo mismo que Justa y lo mismo que Amadora. Solo nos separan las barreras.

—¿Y esas barreras dónde están?

—No existen. Solo están en la imaginación. Recupera a la niña que fuiste, y pregúntale por qué ha dejado de amar.

—¿Lo ves, hija? Es una sabia muy sabia, dice unas cosas preciosas que solo ella entiende. —Juana da un mordisco a una manzana y mastica ruidosamente. Ajusta le saca de quicio su presencia. Le gustaría poder gritar: ¡Fuera de aquí!, o por lo menos suplicarle que saliera a dar una vuelta mientras ella está con su madrina. Pero no puede hacerlo, sabe que no contaría con la aprobación de Amadora porque ella nunca contradice a Juana.

—Cuando he venido aquí —se resigna a hablar delante de Juana, que pone el oído atento—, quería morirme. Ya no sé vivir, ya no tengo ganas.

—¡Jesús, qué cosas dices!, con los hijos tan preciosos que tienes y ese marido que no estorba porque nunca está en casa, y lo bien que vendes los palos esos que haces, y el molino que es tuyo y todo... ¡Si te viera mi pobre Francisco!, con lo orgullosa que te conoció...

Amadora respeta el discurso de Juana y Justa se siente mordaz.

—Espero que no hayas olvidado que tu marido, el pobre Francisco, como le llamas ahora, era una mala persona que te hacía la vida imposible, y que no dejaste el pellejo a su lado gracias a la protección de Amadora.

Juana pierde seguridad.

—Yo siempre he querido a Amadora, para mí no hay nadie más, a mí ya nadie me espera. No tiene sentido que me mueva de su lado.

Justa suspira desalentada. De nada sirve meterse con Juana, que ahora parece un animalillo acorralado. Amadora ha dejado de sonreír.

—Perdóname, Amadora. Es que yo no sirvo para acomodar mi vida disfrazando los hechos como lo hace Juana...

—Esos trucos no valen y Juana lo sabe.

Se hace un silencio. Justa tiene un nudo en la garganta, se siente desamparada.

—Te voy a ayudar. Se lo prometí a mi hermano.

—¿Te pidió eso el abuelo?

—Me pidió que fuera tu madrina. Sabía que ibas a sufrir, sabía que yo te podría ayudar.

—Antonia siempre me decía que ella era también en cierto modo mi madrina, porque tú no asististe al bautizo y ella me sostuvo en la pila.

—Y tiene razón. Por entonces yo ya no bajaba al pueblo, y a ti te ha venido bien tener a alguien más cercano. Cada una nos hemos ocupado de nuestra parte.

—Hay un momento, en la escena que me has hecho revivir, que me ha impresionado. Cuando Antonia asomó por la puerta de la cocina, se disipó mi angustia infantil. De pronto he pensado que quizá la llamen la Candela por la luz y el calor que desprende.

—Ese calor es el amor. El amor es poderoso, Justa. Genera un calor capaz de fundir todas las barreras, pero ¡cuidado!, cuando no tiene salida se mete hacia dentro y abrasa.

¿Qué quiere decir Amadora? No se para a descifrarlo. El significado puede llegarle más tarde, en cualquier momento, como le ha ocurrido en ocasiones anteriores.

—¡Qué cosas tan bonitas dice!, ¿verdad, hija? No la hagas hablar más, ¿no ves que está muy cansada?

—He abierto la brecha, Justa. Empieza a circular por ella.

Ha sido un último esfuerzo. Justa toma las manos de su madrina entre las suyas. Contempla sus ojos desvaídos, que han vuelto a retirarse al interior. La sonrisa de Amadora ya no le pertenece, está dirigida a otro mundo.

—Vamos, vamos —insiste Juana.

Justa abre la puerta, presionada por el suave empujón de Juana. Fuera reina una luz extraña, blanca y difusa. Empiezan a caer suavemente los primeros copos de nieve.

—¡Hala!, que no vaya a enfriarse la madrina. —Otro empujoncito de Juana rompe el encanto del momento—. Y abrígate bien que hace frío.

Justa se arrebujá en el mantón de lana. El silencio es una gran paz que se adueña de ella. Una paz que lo abarca todo, hasta la presencia de Juana en la choza. ¿Qué sería de Amadora sin Juana? La mujer empezó a asistirle cuando se percató de que sus ojos, cada vez más blancos y opacos, ya solo miraban hacia dentro. Gracias a ella, Amadora puede permanecer en su lugar, caliente y aseada. ¿Hablarán cuando estén a solas? ¡Ojalá cuaje la nieve! Le gustaría envolver su experiencia en el manto blanco del silencio. Los copos se confunden con la flor temprana del almendro. A punto de cumplir los cuarenta, ha vuelto a ser niña. Cuando iba a cumplir los quince también deseó un cambio y ocurrió. Le gustaría poder descansar en aquel agujerito de la pared...

Sigue nevando. Los copos revolotean en el aire y se deshacen al tocar la tierra. No es tiempo de grandes nevadas. Aquel año que nevó tanto, ¡cuánto disfrutaron Bemal y ella! Habían pasado la noche juntos en el almacén que era el cuarto de Bemal. Toda la noche estuvo nevando, y cuando se despertaron y quisieron abrir la puerta, la encontraron bloqueada por la nieve. ¡Qué felicidad! Tuvieron que venir los hombres con palas para sacarlos de allí. Los depositaron en casa Crispín, que estaba al lado. Para entrar en la casa de Bernal había que dar la vuelta a la esquina y no se podía, tan alto estaba el muro de nieve. Isidra la Crispina, les preparó la cama del cuarto del americano, que lo llamaban así porque un americano lo

ocupó durante un tiempo y dejó un armario lleno de cosas que nunca regresó a buscar. «A lo mejor se murió», había dicho Bernal. «O no encontró el camino de regreso», había contestado ella. Habían abierto el ropero y sacado las cosas del americano. «No sirven para nada —había dicho la Crispina—, quedaos lo que queráis». Para los dos niños, sin embargo, aquello era un tesoro: lápices y cuadernos repletos de escritura, una pila de libros en inglés, unas cartas de baraja distintas a las que ellos conocían, una mochila preparada como para una excursión, con prismáticos y cantimplora de cinc, tubitos de colores que no se podían abrir, aunque estaban blandos al apretar, pinceles de varios tamaños, un frasquito de aguarrás y otro de aceite, y dos telas pintadas. Al principio no dieron importancia a las telas y las apartaron a un lado. Al día siguiente Bernal descubrió una de ellas cuando se despertó. Había quedado inclinada sobre la mochila y fue lo primero que vio al abrir los ojos. «No sé lo que es», dijo. «A mí me gusta». Justa observó el cuadro y tampoco le encontró sentido. También le gustaba. Fue su primera experiencia con el arte abstracto. «A lo mejor está en inglés». Se rieron los dos. «Espera —dijo Justa—, creo que no es así». Le dieron la vuelta. La pintura representaba un camino de tierra que serpenteaba entre prados verdes, morados y azules, y que se abría al horizonte. Sacaron la otra tela y le dieron vueltas. Se podía mirar de cualquier lado. Contenía muchos colores, sobre todo azules, grises y blancos agitados en un movimiento discontinuo que parecía un balanceo. «Es el mar», dijo Justa, que lo había descubierto con la familia de Marga. Era un mar sin principio ni fin, sin playa ni horizonte. «Me gusta», dijo Bernal al cabo de un rato. Bernal eligió el camino, él no conocía el mar. Justa prefería el mar, por donde había aparecido Roberto, el padre de Raimundo. «El camino me puede llevar a cualquier parte —dijo Bernal, orgulloso de su elección—, porque no se acaba». «Al final del camino está el mar —dijo Justa—, cuando acabes tu cuadro te encontrarás con el mío». «A lo mejor es al revés, detrás del mar puede empezar el camino». Y Justa no lo discutió porque también podía ser. Se las quedaron y, cuando pudo regresar a su almacén, Bernal pegó las telas en unas maderas convirtiéndolas en cuadros. El abuelo de Justa les ayudó a hacer los marcos, y cada uno lo colocó en su alcoba delante de la cama. Bernal consiguió una

caja de cerillas, y calentando la pintura adherida a los tapones, consiguieron abrir los tubos de pintura, y durante días se dedicaron a pintar las piedras de la colección de Bernal, siguiendo las formas que las propias piedras sugerían.

Las cosas olvidadas fluyen sin esfuerzo. Tengo que encontrar ese cuadro, se dice, estoy segura de que no lo he tirado. Y luego piensa en Juana y en que no la espera nadie, y le da pena porque es verdad. Los hijos marcharon a la ciudad y el marido murió hace años. No volverá a meterse con ella. A partir de ahora solo le agradecerá su dedicación a Amadora. El bienestar de Amadora depende de Juana, y la vida de Juana pierde el sentido sin Amadora.

Anda tan ensimismada que ha llegado al molino sin darse cuenta, y da un respingo al oír la voz de Ignacio:

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

Había olvidado que su marido estaba en casa. Acostumbrada a sus largos viajes de marino, a Justa le parece que lleva una doble vida: de libertad e independencia cuando él está fuera, y de opresión cuando está en casa.

—Por ahí —contesta con un gesto vago que abarca el infinito.

—¿Sabes qué hora es?

—No.

Ha dejado de nevar. El cielo blanco se ha vuelto gris, cargado de lluvia. Las vacas regresan a los establos. Se oyen las esquilas bajando del monte.

—Deben de ser las siete o por ahí.

—Has estado *por ahí*... Deben de ser las siete o *por ahí*... —El tono es sarcástico. Últimamente Ignacio está siempre malhumorado—. Y tu hijo Lucas enfermo, y yo sin saber qué hacer...

—¿Qué le pasa?

—Pues que al salir del instituto se ha ido *por ahí* y sin chaqueta, y míralo, tiritando de fiebre.

A Justa le invade un enorme cansancio. ¿No podría presentarle Ignacio las cosas de otra manera?

Lucas está sentado en el sillón de orejas, frente a la chimenea. Las brasas se han consumido y el fuego está apagado. Justa se acerca a él y le pone los labios sobre la frente.

—Quita.

Lucas se aparta con un gesto de la cabeza, mirando de reojo al padre.

De nuevo la soledad. El pequeño Lucas siempre pendiente de ella, unidos los dos por mil lazos de sensibilidad y de amor, ha crecido y se aparta. Se aparta para parecerse al padre y al hermano. ¿Por qué no pueden respetarse todos y quererse? Amadora la ayudará a encontrar las respuestas, ella la ayudará a empezar de nuevo, a saber querer y conseguir que la quieran. De momento tiene que ponerse a la tarea, sabe que Lucas, a pesar de su aparente hostilidad, la estaba esperando. Cree en ella y la necesita a su lado aunque no se atreva a demostrarlo. Lo primero es el fuego. No hay una imagen más desoladora que alguien tiritando frente a un fuego apagado. ¿No se le podía haber ocurrido a Ignacio encender el fuego?

Justa sale fuera y entra un haz de leña. Se recuerda de niña, paseando delante de los viejos de la cantina con la leña entre los brazos, y sonríe. ¿Estará empezando a quererse? Quiere a Lucas, le gustaría poder abrazarlo, mimarlo como cuando era niño.

—¿Te has puesto el termómetro?

—No, todavía no.

Sube al piso de arriba a buscarlo. Tiene que encontrar el cuadro, seguramente estará en el desván. Ahora recuerda que Ignacio le pidió que lo quitara de la pared. Decía que cuando estaba en tierra quería descansar del mar. Y Justa estaba de acuerdo en que al mirarlo fijamente producía una ilusión de balanceo. Lo quitó de la pared. El pobre Ignacio necesitaba tierra firme después de tanto mar, eso lo comprendía. Lo guardó en algún sitio, ahora no recuerda dónde, para volver a colocarlo cuando él no estuviera en casa, y luego se olvidó.

—¿Qué os apetece cenar?

—Lo que tú prepares estará bien.

En eso Ignacio no es difícil, le gustan los guisos de Justa. Pero quiere dominarla. No le gusta que visite a Amadora, esa vieja loca, como él la llama, y sabe que ha ido allí. En el pueblo todo se sabe. A Justa no le

importa que se entere, ella no se somete a los caprichos de Ignacio. No están de acuerdo en casi nada. La sumisión significaría una derrota definitiva.

OceanofPDF.com

La lluvia golpea furiosamente la ventana de la alcoba. ¡Qué pena de nieve! Toe, toe... La rama del cerezo parece querer saludarla. Ya no podrá volver a dormirse. ¡Si por lo menos pudiera levantarse a trabajar! No quiere despertar a Ignacio, que ronca apaciblemente a su lado.

Las imágenes se apoderan de su mente. No puede permanecer en la cama mientras crecen las formas dentro de ella como si quisieran ahogarla. Destapa un pie. El aire está congelado. No importa, encenderá la estufa del taller. Trata de levantarse sigilosamente.

—¿Qué pasa?

—Nada, duerme, no pasa nada. Enseguida vuelvo.

Coge a toda velocidad los calcetines de lana, el jersey de marinero de Ignacio y una manta, y sale de la habitación. ¡Por fin libre! Con tal de que Ignacio no la siga. Cada vez soporta menos su presencia. Su ritmo es el otro, el de cuando él no está en casa y puede trabajar y dejar de hacerlo a su antojo. Aunque últimamente tampoco se siente bien cuando él no está. Es como si un vacío creciera dentro de ella; como si asistiera a una fiesta desde una barrera, sin poder participar; o como si la vida se le estuviera acabando sin haberla vivido.

Desde que Amadora la sumergió en el pasado, no puede apartar de la cabeza las formas dantescas que su imaginación de niña creaba en el humo. Ese es el trabajo que tiene pendiente, que no puede esperar. Se siente ardiendo de impaciencia. Sabe que algún día las sombras tomarán cuerpo y se convertirán en una talla de madera, ¿cómo conseguir que la madera pierda peso, que parezca flotar y esfumarse? Porque eso es lo que ella quiere hacer, esa columna de humo ascendente... las mujeres convertidas en humo, las mujeres gordas que de pronto pierden peso y se elevan hacia la liberación, hacia la libertad... tiene que conseguirlo, le parece fundamental hacerlo, como si en ello le fuera su propia salvación. Las formas empiezan a

danzar en su mente convirtiéndose en una espiral ascendente. Sube las escaleras de dos en dos, no quiere que se le escape la idea. Está tiritando. Antes de encender la estufa saca unos leños carbonizados y un bote de ceniza. En esa misma estufa calentaba el abuelo el café. Pone un puchero de agua y café a calentar. La columna sin fin de Brancusi, a ella también la obsesionó cuando estudiaba de noche Arte en la Sorbona, ahora la quiere construir ella, una columna de humo sin fin. Ignacio es grande y últimamente ha engordado bastante. El jersey le sirve casi de abrigo. Se lo arremanga bien para no mancharlo. Ahora tiene que resolver el problema de la luz. No ha querido encender el generador para no despertar a Ignacio. No se trata solo de generosidad. Con la presencia de Ignacio desaparece la inspiración y la fuerza vital que la mueve. Y todo se llena de ese vacío que avanza inexorablemente. Tiende el oído hacia la escalera. Los ronquidos amansan su espíritu.

La luz de la vela crea el ambiente adecuado, pero no es suficiente. Justa se sube a una silla y alcanza de un estante varios cabos de vela polvorientos. Los va colocando estratégicamente para iluminar la única pared que está libre. Corta un trozo grande de papel continuo y lo pega en la pared con chinchetas. La luz de las velas bailotea sobre el papel. Justa admira el efecto. Coge el tizón y empieza a dibujar a grandes trazos. El tiempo pasa sin sentir. Nota un poco de frío en la espalda y se da la vuelta para cargar la estufa. Se enfrenta de nuevo a su obra. Sátiros demoníacos cogen a las mujeres y las suben al aire. ¿De dónde habrán salido esos sátiros cornudos? A partir de una cierta altura las mujeres escapan de las manos alzadas de los hombres y sus formas giran en la espiral hasta disolverse. Acerca una vela al papel y dibuja con el humo. Consigue con ello el efecto deseado, parecido al de las figuras en la pared. Las mujeres van tomando forma. Tienen las tripas gordas y las tetas grandes y van estilizándose a medida que se elevan. Coge un puñado de ceniza. Recuerda a Antonia y a Flora tiznándose la cara y riendo. Ella también se embadurna la cara y corre a mirarse en un trozo de espejo, y se ríe. Ahora pertenece a ellas, al mundo de los adultos. Con los dedos manchados de ceniza termina de difuminar las figuras de las mujeres.

De pronto, una sombra mayor que ninguna cubre todo el papel borrando los reflejos de las llamas. Justa lanza un grito de terror que le brota de dentro, como si arrancara de las entrañas y que la espanta porque no ha confundido la sombra con un fantasma, ni con un sátiro cornudo. Ha reconocido desde el primer momento la figura de Ignacio. Ha sido la presencia de Ignacio la que ha provocado su grito de terror.

—¿Qué está pasando aquí? —vocifera Ignacio tras la reacción desmesurada de su mujer.

Ya se oyen los pasos apresurados de Lucas subiendo la escalera. Ya está ahí, parado en la puerta con los ojos enfebrecidos y el pelo revuelto.

Justa ve la escena que contemplan su marido y su hijo. La ve con los ojos de ellos y se horroriza. El papel de la pared poblado de sátiros y mujeres desnudas disolviéndose en humo; su propia cara tiznada de ceniza; los reflejos danzarines de las llamas de las velas colándose entre las figuras, dando movimiento a la escena.

Allí está su terror infantil que quería conjurar. Allí está desprendiéndose del papel y colándose en la mirada de su hijo de quince años.

—Te dije que no fueras a visitar a Amadora, te lo dije.

—Amadora no tiene nada que ver con esto. Estaba trabajando y me has asustado.

—¿Llamas a esto trabajo?

Ignacio arranca furioso el papel de la pared, rasgándolo por la mitad.

Justa siente impulsos de lanzarse sobre él, de arañarlo, de pisotearlo. La contiene la presencia de su hijo y rompe a llorar.

Ignacio da media vuelta y baja las escaleras a grandes zancadas gritando: «¡Esto tiene que acabar!, ¡esto tiene que acabar!».

Lucas se acerca a su madre y le pone la mano ardiente y temblorosa sobre el hombro.

—Era el mejor dibujo que he visto en mi vida. Comprendo lo que estás pasando.

—¡Lucas! —grita Ignacio desde abajo.

Y el chico da media vuelta para acudir a la llamada.

Justa se queda sola en el taller contemplando el milagro. Después de la noche aparece el día, decía su abuela Lisa. ¿Habrà que pasar siempre un

calvario para sentir alegría? Creía haber perdido a su hijo, y acaba de recuperarlo. Lo demás no le importa. Ha recuperado a su pequeño Lucas, su compañero del alma, al gran Lucas creador, sofocado también por la incompreensión del padre. Lo recuerda de pequeño trabajando junto a ella, con los grandes ojos negros brillando, no de fiebre, sino de pasión creadora; ensamblando los trozos de madera que recogía del suelo y pintaba de colores. Recuerda aquellos collares primitivos y magníficos que nacían de su imaginación y sus manos. ¡Cuánto aprendió ella de la libertad creadora de su hijo en aquellos tiempos!; pero luego aparecía Ignacio y lo echaba todo por la borda: «¡No quiero que el chico haga estas chorradas!, ¡lo vas a amariconar!». Y allí estaban los dos, frente a ella, tan distintos y tan parecidos, con idénticos ojos negros y diferentes miradas. La del hijo, sumisa y conciliadora, y la del padre, prepotente y chispeante de rabia. «Lo que tienes que hacer, ¿me oyes, hijo?, ¡es dar patadas al balón!, y no andar siempre prendido a las faldas de tu madre. Jugar con otros chicos. Se va a acabar esta historia de vivir apartados en este molino. Los chicos no hacen collares, ¿me has oído bien, Lucas?». Y luego desaparecía de la habitación dando un portazo, furioso de haberse metido de nuevo con su hijo favorito. Y ahí se quedaban ellos dos, Justa sin saber qué hacer con sus brazos, que el hijo rechazaba, y Lucas tragándose las lágrimas que le quería ocultar.

Y poco a poco la opinión corrosiva del padre, que el hermano mayor se afanaba en repetir en su ausencia, se apoderó de Lucas y le hizo apartarse de su madre. No quiso volver a subir al taller donde la tentación era demasiado grande. Rechazó el cariño de Justa y sus caricias. Ella encontraba esbozos de dibujos escondidos debajo del colchón de su cama y no decía nada, confiando en que la pasión creadora no se puede sofocar.

No regresa a la cama junto a Ignacio. Enciende la chimenea de la cocina y se sienta en el sillón junto al fuego.

Se recuerda sentada en las rodillas del abuelo en ese mismo sillón contemplando las láminas de un gran libro de Historia del Arte, que José tenía siempre a mano para que su nieta lo pudiera hojear. Cuadros de faunos y sátiros, de grandes bacanales y arrebatos amorosos... De allí debió de extraer su mente infantil la figura de los sátiros persiguiendo a las mujeres, para luego reproducirla en las imágenes del humo. ¡Qué máquina tan

curiosa es la mente! Ese enlace de recuerdos ha salido ahora intacto en el momento de la creación. Había conseguido lo que buscaba: esa mezcla de terror y de liberación, y también el movimiento... Espera volver a encontrar el momento para crearlo de nuevo. No era más que un esbozo, y los esbozos son a menudo lo mejor del proceso creativo porque surgen sin restricciones directamente del interior al papel. El momento había sido perfecto, casi mágico. Probablemente le sea muy difícil volver a encontrarlo.

Hubiera sido mejor que Ignacio no faltara tanto en la casa, su vida le parece dividida en dos tiempos y eso no puede ser bueno, una esquizofrenia. Y para los hijos, lo mismo. Cuando él no está en casa se sienten todos libres, relajados. Se reúnen en la cocina, aunque cada uno esté a lo suyo. Ella cocina algunas veces, y otras se le olvida, y cada cual se prepara algo. A menudo vienen amigos de los hijos a compartir la cena, y luego dice Ignacio que los chicos están aislados. ¡Esto tiene que acabar! ¿Qué es lo que tiene que acabar? Ella también quiere que acabe algo, pero hay que decidir el qué.

Ya no le duele tanto que Ignacio haya destrozado el papel. Valora la vivencia creativa, que no ha podido quitarle, el momento en que se sintió transportada y unida al mundo de Flora y Antonia, y se rio con ellas. Ya estaba a punto de volar en el humo cuando las manos de Ignacio la asieron y la hicieron retomar. Fue una sensación horrible, aunque no es lo peor. Lo que más le duele son los hijos y el daño que la situación les está causando. Pobre Matías, embarcado por ocho meses en un petrolero de mala muerte, solo por querer parecerse al padre. Nunca ha tenido a su padre. Ella tampoco tuvo padre durante muchos años, pero el día en que cumplió los quince años salió al mundo en busca de un regalo y le encontró. Matías anda sin rumbo, a la deriva. Se ha convertido en un chico taciturno, será por lo de los muros y separaciones que dice Amadora, ¿cómo ayudarle a abrirse, a sufrir menos? De pequeño no quería hablar y ello originó el primer rechazo de su padre. A Ignacio se lo llevaban los diablos. ¡Tanta perra por un hijo varón para luego rechazarlo de esa manera! No había forma de hacerle entrar en razón. «Ten paciencia, espera un poco...». De nada servía. Eso le pasaba, decía, por haberse emparentado con una Monteserín. Él no quería tener un hijo mudo como Raimundo. Y si no era

mudo, sino obstinado en no hablar, todavía peor. Lo primero, no habría tenido más remedio que tragarlo; pero lo segundo, no estaba dispuesto a consentirlo. Y era verdad que los médicos habían dado idéntico diagnóstico en un caso como en el otro. La única razón de la mudez era el empeño en no pronunciar palabra. No había más. Y ya no se podía decir, como ocurrió con Raimundo, que la singularidad venía de la familia del padre. Roberto, el padre de Raimundo, fue para todos un desconocido que llegó por mar de un lugar remoto y enamoró a Aurelia cuando esta tenía dieciocho años. Y partió hacia su tierra sin saber que había engendrado un hijo. A él y a su familia se le podían achacar todas las rarezas de Raimundo sin riesgo a ser contrariado. Ahora venía Matías a desmentirlo, a señalar con el puntero a los Monteserín, como si no tuvieran bastante con lo de Amadora, con lo de Aurelia, y quizá con lo de ella misma. Y Roberto quedaba limpio de sospecha. No era justo. A ella siempre le dolió que el padre de Raimundo saliera cada vez triunfante, que hubiera conservado un lugar preferente en el corazón de Aurelia, a pesar de no haber conocido a su hijo, a pesar de haberla abandonado. ¿Por qué no había logrado desbancarlo Germán, que permaneció siempre a su lado? Parecía como si Germán y ella no pertenecieran por derecho a la vida de Aurelia, y fueran solamente el resultado de un acto involuntario. Decían las mujeres de la cantina que la única vez que la vieron revivir, después de la desaparición de Roberto y la muerte de Raimundo, fue cuando quedó embarazada por segunda vez. Se lo miraba de otra forma —decían refiriéndose a Germán—, como agradecida por un favor inmenso. Los ojos le brillaban como ascuas y volvía a ser la mujer más guapa de Olmeda. Él también tenía otro aire: silbaba por la calle y bromeaba con la gente, volvió a ser como siempre había sido hasta que apareció Roberto, como era cuando Aurelia le hacía caso un día sí y otro no, dándole pie a alimentar su esperanza.

El nacimiento de Justa vino a desmontar aquel estado de gracia. Si por lo menos hubiera nacido chico —debió de pensar tantas veces Germán—, ella lo habría ido queriendo con la ilusión de que le regresaba el otro. Pero con una niña no había nada que hacer. Aurelia no quiso ni mirarla. Fue entregada a Antonia para los primeros cuidados, porque tanto Germán como los abuelos tuvieron que dedicarse a Aurelia, que quería dejarse morir.

El abuelo supo entonces que ella iba a sufrir, no era muy difícil adivinarlo. Y por eso quiso que Amadora fuera su madrina, para que la ayudara cuando fuera necesario. Con la ayuda de Amadora resulta fácil hacer marcha atrás, alcanzar la primera barrera, la razón de sentirse diferente, separada de los demás, ¿qué separación puede ser mayor que la de ser rechazada por su madre por no ser quien ella quería, sino otra? Pasados unos meses, cuando pareció que Aurelia ya estaba en condiciones, se fueron los tres a vivir a la casa de Olmeda y fue entonces cuando empezaron a darle a su madre aquellos ataques. Cuando no estaba enferma era una mujer apagada, que no sonreía y hacía las cosas mecánicamente. Solo parecía disfrutar tejiendo en un telar que ocupaba toda una habitación, era un lugar sagrado, adonde no se podía entrar a interrumpirla, mientras ella pasaba horas tejiendo manías y colchas que el abuelo José vendía después en las ferias. Ya se le ha ido la mente por otros derroteros. Quiere forzarse a pensar en lo de Matías, pero Amadora ha abierto una brecha por la que se escapan todos sus pensamientos tratando de conducirla al pasado más remoto, a su infancia, a su nacimiento. ¿Qué sentido tiene rememorar ese pasado en el que ya no puede actuar?

El presente es lo que cuenta, y el presente, ahora, es Matías.

El presente también eres tú, parece que le indica la voz de Amadora convertida en conciencia.

Echa más leña al fuego y se levantan las llamas. Se acuerda de la escena que acaba de vivir y siente resbalar las lágrimas por sus mejillas. ¿Cómo afrontará el nuevo día? Lo primero es llamar a don Damián para que venga a ver a Lucas. Ella no es experta en hierbas curativas, pero su abuela Lisa le hizo aprender las fórmulas que consideraba más necesarias, y entre ellas estaba la de curar las anginas. La visita de don Damián, sin embargo, es un complemento del que no quiere prescindir, porque forma también parte de la curación. Resulta reconfortante verle aparecer con su maletín, y examinar cuidadosamente al enfermo. La descarga de responsabilidad. Después cumplen una serie de ritos del pasado. Don Damián pasa a la cocina, donde se sienta a extender su receta, y charlan un rato con un vasito de orujo delante. Mientras tanto Justa hace el preparado de hierbas, y le comenta: «¿Qué le parece si para empezar le diéramos el preparado de Lisa?». «¿Qué

te voy a decir?», le contesta él. «Lisa era una buena sanadora. No sé para qué me llamas. Haz lo que te parezca, pero si ves que la enfermedad no remite, le das lo que yo he prescrito».

La está venciendo el sueño y el cansancio. Se arropa bien en la manta de lana y cierra los ojos.

OceanofPDF.com

—¿Qué andas buscando? —le pregunta Ignacio.

A él no le importa, y Justa no tiene ganas de contestarle. Lo hace porque Lucas anda rondando como ánima en pena y no quiere que viva situaciones de violencia entre ellos.

—Un cuadro. Aquel del mar, el que teníamos antes en la alcoba.

—¿Y para qué quieres ese cuadro ahora?

—Porque me apetece verlo.

—Justa, tenemos que hablar. —Pone esa voz amistosa que a ella tanto le molesta, como si no hubiera pasado nada, como si tuvieran que hablar como buenos amigos, como marido y mujer que tienen algo que contarse.

—Pues habla.

—No, ahora no, más tarde, cuando estemos solos.

Justa deja de rebuscar en el trastero. Ha visto cosas que le han removido recuerdos, ya volverá más adelante. Todavía no ha encontrado el cuadro.

Entran los dos en la cocina. Lucas se levanta del sillón y se retira a su cuarto. Justa hubiera preferido que se quedara, teme enfrentarse a solas con Ignacio, pero sabe que, tarde o temprano, tendrá que hacerlo.

Ignacio echa leña al fuego y remueve nerviosamente las brasas.

—Quería decirte —arranca finalmente— que lo que ocurrió anoche no es ninguna tontería.

—Por supuesto que no lo es.

—Me refiero a todo el tinglado que montaste, esa especie de aquelarre..., parecía que estuvieras convocando a las meigas o al demonio con aquellas velas encendidas y la cara tiznada... Me pregunto qué pasa aquí cuando yo no estoy. Temo por mis hijos. Sé que es la influencia de Amadora, Justa, te dije que no fueras a verla.

—No hay nada de lo que dices y lo sabes muy bien. Tenía encendidas las velas para tener luz sin arrancar el generador. Todo por no despertarte. Y

estaba tiznada porque se me ocurrió pintar con la ceniza. No hay más.

Justa se calla para retomar fuerza. No quiere permitir que se le quiebre la voz.

—Tú destrozaste mi trabajo, Ignacio, y eso no tiene perdón. Dijiste que querías que acabara algo y estoy de acuerdo contigo. Yo también quiero que acabe esta situación. No permitiré que vuelvas a intervenir en mi trabajo, y menos que te permitas destruirlo.

—¡Tu trabajo! —vuelve a emplear ese tono despreciativo y sarcástico que Justa odia—. Ese trabajo del que hablas es el resultado de una enfermedad. Estás enferma. Solo salen de ti esperpentos como los que tenías anoche dibujados, o como la loca esa con la tripa hueca y llena de trapos. Me dan horror tus tallas. Ya sé que a la gente le gusta eso, les gusta estrujar las mentes enfermas, sacar de ellas toda esa basura, para luego lucirlo en sus casas bien ordenadas, diciendo que justa es una escultora muy interesante, que vive encerrada en un molino, esculpiendo pesadillas.

—Me estás ofendiendo, Ignacio.

—No es ese mi deseo. Lo que quiero es que te des cuenta de lo que está pasando, y por qué me voy siempre de esta casa con el corazón encogido y temiendo por la salud mental de mis hijos.

—Tus hijos tienen mejor salud mental que tú.

—Quiero que vayas a ver a un médico, Justa. Eso sería lo más oportuno.

Justa se debate interiormente para que no funcionen los mismos mecanismos de otras veces. Cuando Ignacio menciona su posible locura, ella cada vez cae en la trampa y siente terror. Ignacio tiene varias cartas en su mano: los ataques de su madre, los poderes de Amadora que los demás no entienden, la singularidad de Raimundo... Todo ello está en la mente de los vecinos de Olmeda. No le sería difícil empezar a correr la voz de que su mujer está loca. Los Monteserín han sido siempre el punto de mira de los demás. Por un lado, dice la gente, son los más cabales, y por otro, corre una veta de locura por sus venas. Ella no irá a ningún médico recomendado por Ignacio, con el que corra el riesgo de ser encerrada. Su salvación es Amadora, ella la va a ayudar. Ignacio tiene que marcharse. Solo le quedan diez días de estar en tierra. Después, cuatro meses en la mar. Tiene que tener paciencia, fingir un acuerdo para que él se vaya tranquilo. A su

regreso ella habrá recuperado las fuerzas, sabrá lo que quiere y lo impondrá. Tiene a su amigo Felipe, él también puede ayudarla. Todo va a arreglarse.

—Si quieres que vaya a ver a un médico, iré solo por tranquilizarte, pero te aseguro que no me pasa nada. Nuestros mundos son muy diferentes, Ignacio, y no puedes comprenderme. Yo a ti tampoco te entiendo. Eso es lo que tenemos que pensar durante nuestra próxima separación.

—¿Me prometes que irás a ver a un médico?

—Sí.

—Tengo el nombre de uno.

—El médico lo elijo yo.

—Tiene que ser un psiquiatra.

—Sé muy bien a lo que te refieres, no va a ser un ginecólogo, aunque no me vendría mal con tanta abstinencia, pero te advierto que en esto también entras tú. Lo primero que hace un psiquiatra es llamar al marido e investigar sobre su desgraciada infancia, su vida amorosa, le tendrás que contar lo de tus múltiples amantes y todo eso..., cómo son tu padre, tu madre, tu hermana...

—Basta ya, Justa.

—Es así. ¿Cuándo quieres que vayamos?

—En estos días no voy a tener tiempo. Vete preparándolo para la vuelta. Yo me ocuparé de Lucas hasta entonces.

—¿Qué vas a hacer, llevártelo en el barco?

—He hablado ya con un internado en Valle. Lo aceptan desde ya.

—¿Qué les has contado?, ¿que su madre está loca?

—No, les he hablado de la vida que lleva aquí tan aislado. El director del internado es amigo mío.

Justa se siente desfallecer. No quiere separarse de Lucas, no quiere que los hijos vuelvan a ser víctimas de su desacuerdo con Ignacio.

—¿Has hablado con él?

—No, aún no.

—No me parece bien sacarle a mitad de curso. Creo que debemos oír su opinión y la de los profesores.

—Él hará lo que se le mande, y en cuanto a los profesores, hablaré con ellos.

De nuevo el cansancio y el vacío inmenso que sigue avanzando comiendo todo terreno cultivable. Ignacio ha cogido la chaqueta y sale de casa. Le gusta decir siempre la última palabra.

Justa se acerca a la habitación de Lucas, le mira la garganta. Tiene unas placas tremendas.

—Enseguida llegará don Damián.

—Cúrame tú, madre.

—Te iré haciendo el preparado, pero don Damián tiene que verte. Solo así me quedo del todo tranquila, y tu padre, no digamos. Ya sabes que no confía demasiado en mis curaciones.

—Lo he oído todo.

—¿Y qué te parece?

—Me parece bien lo del internado, tengo amigos allí.

Justa se siente triste.

—No soporto esta tensión, madre. No sabes cómo duele.

Sí lo sabe, sí. Ella habría querido evitar todo dolor a sus hijos.

—Él se va dentro de diez días.

—Pero luego vuelve. Y aunque se vaya, ya no es lo mismo que antes. Me encuentro mal también contigo. No sé quién tiene razón y quién no. Es agotador.

—Ahora estás enfermo. Cuando te pongas bueno, podrás decidir mejor.

OceanofPDF.com

AMARILLO

OceanofPDF.com

Justa se retira a la cocina a preparar el caldo. Por la ventana ve los verdes encendidos por un rayo de sol. Están brotando las flores amarillas, los narcisos perforan la tierra, el jaramago invade las praderas y los bordes de los caminos, la mimosa ilumina la entrada, y bajo la ventana de la cocina levantan sus ramas dos macizos de forsitia.

Le gustaría ser pintora y embadurnar lienzos de amarillo; brincando, ondeando, como en los paisajes de Van Gogh, como la ginesta que flamea en la ladera del monte.

A falta de pincel toma la cuchara de madera y remueve la sopa en el puchero. Las patatas, los trozos de zanahoria, la cebolla, el pollo se convierten en alegres pinceladas girando en espiral. Echa un chorro de aceite de oliva que flota en el agua sin fundirse con ella. Como Ignacio y yo, piensa. ¿Se estará volviendo loca? Hasta la sopa de enfermo, como la llaman sus hijos, parece cobrar vida e intervenir en sus ideas. Los guisos son los únicos mimos que los hijos siguen aceptando. Justa no quiere que le quiten a Lucas, su niño querido. ¿Quién va a mimarlo en el internado, así como lo hace ella, tan discretamente que solo él puede percibirlo? Por otro lado le dice el corazón que es necesaria esta separación para pensar los temas sin interferencias. Y él parece haberlo elegido. Quizá ella se exceda en su tarea de madre. Por eso Matías y Lucas se van apartando a medida que crecen, porque ella no sabe apartarse.

Necesita estar sola para preparar el equipaje. Es una tarea delicada que requiere mucha concentración. Y cuando consiga tenerlo listo, marchará: «Después del camino viene el mar...». Amadora dice que ella sabe adónde quiere ir, quizá sí lo sepa, pero todavía es pronto para decidirlo. ¡Hace tanto tiempo que no ha estado sola, totalmente sola! Cuando se va Ignacio, quedan los hijos, que en algunos aspectos se han convertido en una prolongación del padre, y siempre están cuestionando su actuación: por qué

habla lo que habla; por qué calla lo que calla; por qué cuida a animales inútiles; por qué visita tanto a Felipe y a Erik... Y, sin embargo, ella no puede meter baza en sus vidas ni darles un consejo. Se está produciendo un desequilibrio. No le va a venir mal la soledad. Todas esas preguntas las sabrá contestar cuando nazcan de ella. Y a sus hijos también les vendrá bien plantearse ellos mismos las preguntas que ella se cuestiona: ¿Por qué Matías se enrola en un barco sin vocación de marino?, ¿por qué Lucas se va a un internado donde no va a poder vivir la libertad que tanto disfruta?, ¿por qué todos quieren alejarse de ella?

Ignacio intenta relegarla a la locura, pero ella está aprendiendo a defenderse. Empieza a saber aplicar pequeñas estratagemas, como la de decirle que el médico también hurgaría en su interior..., el caso es ir ganando tiempo. Es importante conseguir que se vaya sin que haya pasado nada, postergar decisiones.

Entonces ella recobrará la calma para pensar. En Ignacio hay todavía más cabos sueltos que en ella, más cosas que resolver. Le cuesta hablar de su vida pasada, de los suyos, y del tiempo que pasa fuera de casa. Tiene miedo que aparezca la mediocridad, la farsa en la que vive. Él no quiere terapias para sí. Le basta con que la encierren a ella y pasar directamente a ser la víctima a quien todo se le permite: ¡Pobre hombre, la mujer enloqueció, no le quedó más remedio que encerrarla! Puede que ella esté ahora distorsionando las cosas, empujándolas al límite, pero tiene que andar con cuidado. Si la metiera en un psiquiátrico, perdería su voluntad, su razón no valdría para nadie. ¿Cómo demostrar que se está ahí por error? ¡Es tan sutil la barrera entre demencia y cordura! Si deja sus pensamientos vagar por esos derroteros va a acabar mal, ¿y si el psiquiatra se enterara de que ella se sintió siempre diferente, separada de los demás? Le consta que a Ignacio también le pasaba, ella siempre le compadeció por la familia tan remilgada y absurda que tenía, e imaginó que entre todos ellos habían destrozado la originalidad de Ignacio, su diferencia. Y seguramente estaba equivocada, estaba queriendo convertir a Ignacio en otro que nunca fue. Lo mismo que hizo él con ella. ¿Cómo justificar entonces que ella se hubiera enamorado de un ser así? ¿Cómo era posible que hubiera abandonado a Bernal y todo ese mundo que tenían organizado de complicidad y aventura

para entrar en una relación tan absurda y vacía? Ignacio al principio le hablaba de su infancia, del niño que él fue. Y ella lo imaginaba desvalido y perdido entre los miembros de esa familia que no le comprendían. Y le conmovió aquella historia tan bonita de cuando se encontró por primera vez frente al mar. Él era un niño de tierra adentro, de secano. Vivía con sus padres en un pueblo castellano, y se sentía ajeno a su entorno, distante, como buscando algo que nunca encontraba. En su familia se hablaba poco, eran severos y austeros, y empleaban la palabra solo para dirigirse reproches. Cuando tenía doce años, la escuela organizó un viaje para llevar a los niños a conocer el mar. Tuvo que argumentar durante todo un mes a su familia para que le permitieran ir. Ni él mismo sabe de dónde sacó la fuerza y el entusiasmo. Y era que la mar tiraba de él como un cebo de su presa. Del viaje no recordaba nada; los demás chicos de la clase no le interesaban ni tampoco los juegos. Y de pronto se encontró con aquella fuerza viva que arrastraba; se encontró con una fiesta de color en movimiento; con el silencio y el estruendo; con la inmensidad... Tardaron en poder arrancarlo de allí. Los demás muchachos bromeaban a su costa, pero a él ya nada le importaba, tenía una fuerza dentro. Había encontrado lo que buscaba. Se había enamorado de la mar y le había jurado fidelidad eterna. Lo mismo le había ocurrido con ella, le dijo aquel día. Y, sin embargo, no supo conservar ninguno de los dos amores. Tanto de la una, como de la otra, siempre andaba despotricando.

Parece que el caldo esté a punto. Justa introduce en el puchero la cuchara y prueba un sorbo.

Unas conclusiones la conducen a otras. Empieza a vislumbrar cuándo la felicidad se introdujo en su infancia. Nació con la amistad de Bernal. Él aportó a su vida una energía nueva. ¿Será eso el amor del que habla Amadora?, ¿pueden amar unos niños tan pequeños? Pueden amar tanto como sufrir. Y el amor lo funde todo, aunque también puede abrasar. Abrasa cuando no se le puede dar cauce, cuando no tiene salida para fundir los muros de hierro, y se mete para adentro y quema, y duele. Es lo que le ocurrió a su madre cuando perdió a Roberto y más tarde a Raimundo. Nunca quiso a nadie tanto como a ellos. Empezó a contárselo a Justa

cuando apenas tenía edad de comprenderla. Y Justa creció para ella, para convertirse en su confidente, para ser algo a los ojos de su madre.

Cuando regresaba del colegio, Aurelia le hacía una señal con la cabeza y se retiraban las dos a la cocina para preparar la merienda. No recuerda Justa cuánto tiempo duró aquello. Lo relaciona con una temporada de caza, porque por las tardes, Germán reunía a los amigos en casa y se contaban las proezas del fin de semana. También acudía algunas veces el abuelo José a echar la partida, y don Enrique, el maestro, también cazador. Entraban todos directamente a la sala, secándose las botas en la alfombrilla del zaguán, donde también dejaban las zamarras colgadas, y nadie se acercaba a echar una ojeada a la cocina, como hacían en otras casas, porque temían la ferocidad en la mirada de Aurelia, que protegía su rincón como una perra a su camada. No quería a nadie allí, solo a Justa, a quien ese privilegio llenaba de orgullo. Ningún libro de cuentos podía ser más apasionante que el relato de los amores de Aurelia con Roberto, porque además eran historias que le dolían un poco, quizá por no estar ella incluida ni tampoco su padre. Era como una puntita de dolor que le gustaba, que le hacía, en cierto modo, partícipe del relato. Germán cargaba de leña el fogón de la cocina por las mañanas antes de salir, y cuando regresaba al mediodía, volvía a atizarla. El calorcillo que desprendían las brasas a esa hora favorecía el relato. A Aurelia le gustaba amasar la harina para las tortas. Se notaba que había aprendido de Antonia, y también que llevaba dentro el ritmo de las aspas del molino. Contaba sin mirar a Justa, como si contara para sí misma. Pero Justa sabía que su presencia era imprescindible para convocar a los espíritus. La cocina se convertía en un país de maravilla, y Roberto y Raimundo en dos héroes legendarios. A veces Justa tenía que abandonar la cocina para llevar a los hombres el café con orujo, o algo con que entretenerles mientras se asaban las tortas, ¡corre!, le decía su madre, sabiendo que, sin ella, el relato quedaría en suspenso. Los hombres celebraban su llegada, y su padre le lanzaba miradas de cariño y orgullo, porque finalmente estaba cumpliendo la misión para la que la había traído al mundo: consolar a su madre. Justa se apresuraba en atenderles a todos, para correr de nuevo hacia la historia que sabía de memoria.

«Tenía la mirada colmada de horizontes y la piel curtida por el aire marino», narraba Aurelia con voz soñadora. «Lo llamaban Roderick, pero a mí no me gustó y siempre lo llamé Roberto...». Llegó a Olmeda en busca del rastro de sus ancestros y la gente lo envió al molino para que José lo orientara. Así se conocieron. Cuando ella abrió la puerta, no hicieron falta palabras para saber la fatalidad que el destino les deparaba. Aurelia, que por aquel entonces tenía los dieciocho años más bellos de la comarca, no volvió a tener un instante de calma. Vivieron unos meses de amor desbocado, dándose cita en el monte, en los bosques, en cualquier lugar apartado, jurándose amor eterno. Roberto tuvo que partir, como ocurre con tantos héroes, y aunque no supo que había engendrado a Raimundo, prometió regresar antes de un año. ¿Qué le habría ocurrido a Roberto?, se preguntaba Justa sin cesar en sus desvelos nocturnos. Quizá se había perdido en ese inmenso mar al que ella se acercaba de vez en cuando en el camión del padre de su amiga Marga. ¿Cómo puede un barco encontrar el camino de vuelta si el mar no tiene referencias? O quizá fuera cierto el temor de su madre de que el barco hubiera naufragado y las olas lo hubieran arrastrado a las profundidades, o bien depositado en alguna isla desierta. El amor empezó a introducirse en las entrañas de Aurelia y la hubiera abrasado por completo de no tener salida. Pero la tuvo. De los encuentros con Roberto nació Raimundo, y Aurelia volcó su amor desesperado en él.

Las proezas de Raimundo eran menos comprensibles para la imaginación de Justa, por eso ella las hizo crecer y las adornó para contárselas a sus amigos, y con ello perdió el privilegio de seguir escuchando, y ganó otras cosas.

Cuando diez años después murió Raimundo, Aurelia creyó enloquecer. El amor la abrasaba de tal forma que deseaba la muerte. Solo un amor inconmensurable, que todo lo daba sin pedir nada a cambio, como el de Germán, logró reblandecer alguno de los muros que ella alzaba obstinadamente frente a los demás. Germán le habló del hijo que podrían traer al mundo y que la consolaría de la pérdida del anterior. Y Aurelia concibió la descabellada idea de volver a la vida a Raimundo, y por esos intrincados caminos llegó Justa a la vida.

Otro hecho sorprendente para Justa fue que Aurelia recuperara el sosiego con la muerte de Germán, como si el padre de Justa hubiera representado para ella el escollo que impedía el retorno de sus dos amores. Desaparecido el falso culpable, Aurelia tomó conciencia de la realidad y supo con certeza que sus dos seres más queridos nunca regresarían. Despertó de un largo letargo y se decidió a vivir. Abandonó la casa de Olmeda y alquiló un pequeño piso céntrico en Valle. El telar quedó olvidado desde entonces. Había dejado de ser Penélope esperando a Ulises, para convertirse en un ser anónimo en una pequeña ciudad de provincias. Adoptó las costumbres de las mujeres de Valle: compra, casa (televisión encendida para ahuyentar la soledad), peluquería una vez por semana. Al principio Justa no podía dar crédito a lo que veía. Contemplaba a su madre como a una desconocida que hubiera surgido a la vida de repente. Ahora ya no queda ni rastro de aquella mujer enloquecida que gritaba su dolor y golpeaba las paredes. Si no llega a ser por Amadora, Justa casi la habría olvidado. ¿Por qué ese interés en rescatar viejos recuerdos? En el fondo conoce la razón. Son recuerdos que no están borrados, que se mantienen agazapados en un rincón del alma en espera de ser atendidos. Tendrá que resolverlos y liberarlos.

La nueva Aurelia empezó a mostrar un interés creciente por los nietos, como si su descendencia comenzara a partir de ellos. Justa quiere entenderlo, se dice que sus hijos son una prolongación de ella y que el amor que su madre les profesa le está en parte dedicado. Hace un esfuerzo por ver el lado positivo, y en el momento actual, considera una suerte que Aurelia viva cerca del internado donde va a estar Lucas. Ambos se quieren y sabe que su madre será un apoyo para él.

Prepara la bandeja con la comida y se la acerca a Lucas, que está entretenido con un juego y no levanta la cabeza.

¿Y a mí quién va a quererme?, piensa, regresando a la cocina. Deja correr las lágrimas por sus mejillas, cálidas y libres, como si no le pertenecieran. Yo también quiero amar y ser amada. Quizá con la soledad solo consiga esto: la libertad de sentir correr las lágrimas y no retenerlas.

¿Por qué le diría Amadora que ha dejado de amar? ¿Ha amado ella alguna vez a Ignacio? ¿Qué significa amar? ¿Es algo que se puede hacer por

decisión propia, o algo que recae involuntariamente sobre uno?

Las ocas arman alboroto. Se asoma a la ventana. Don Damián se ha bajado del coche, y está de pie, frente a la cancela, con su maletín en la mano. Tiene un aspecto cómico, con su bigote blanco tan tieso. Ya se le notan los años.

—Enciérralas, hija, que no ando yo como para que me acribillen a picotazos. ¡Hmmm, qué bien huele! ¿Dónde están los perros? —Mira con recelo a su alrededor.

—Andan encelados por el monte. Por estas fechas siempre pasan unos días así y luego regresan exhaustos.

—¡Ay!, ¡quién pudiera ser como ellos!

Justa no siente ninguna envidia de los perros. Le espanta que el instinto domine la vida de las personas. Piensa en la mujer de Deva, aquella que representó en una escultura con el vientre abierto lleno de trapos, ¿no fue el deseo lo que la condujo a la locura? Un día de estos irá a Pradairos, a visitar a su viejo amigo Saturnino, para que le cuente otra vez la historia. Saturnino es un buen contador. A veces, nada más terminar un relato, vuelve a comenzar lo con nuevas variantes. Y ella, como oyente, intuye que la verdad está en el conjunto de todas las versiones y no en una en particular, y eso hace que mantenga su interés siempre despierto.

—¿Dónde está el chico?

—En su cuarto, Damián.

A veces le llamaba solo Damián, sin el don, para establecer un vínculo con el amigo de otros tiempos, que la había sostenido de niña en las rodillas, y había pasado tantas horas en aquella cocina filosofando con sus abuelos.

Don Damián quiere a Lucas como si fuera su nieto.

—Yo te traje al mundo, bandido, y hasta eso lo hiciste bien. Te escurriste así como un pececillo, sin darle faena a tu madre, y sin embargo tu hermano fue retorcido hasta para eso. Me hizo sudar la gota gorda.

—Porque era el primero, don Damián, y el cuello de la matriz estaría más duro —interviene Justa.

—Deja de disculpar siempre a los demás y querer cargar con todo. Te digo que fue culpa del muchacho, que cuando ya estaba saliendo decidió hacer marcha atrás.

Lucas se ríe. El viejo médico le hace abrir la boca, le mira la garganta iluminándola con una linternita que sostiene con pulso tembloroso.

—Tú, cuando haces algo, no te quedas corto. ¡Menudas placas! Te tomas estos antibióticos. Esta vez no quiero saber nada de hierbas. Y descansas tres o cuatro días. Cuando te levantes chocarás con el quicio de la puerta y nos mirarás para abajo.

Sale de la habitación y se dirige a la cocina. Se sienta frente a la mesa esperando el orujo que siempre llega. «¡Qué bien se está aquí!». Lucas se acerca arrastrando la manta. Se sienta en el sillón. Disfruta con la compañía del viejo médico y sus historias. Justa echa leña a la lumbre. Sabe que las llamas favorecen la charla, el fluir de los recuerdos.

—Pues sí. Esto no es lo que era. ¡Y lo que ha de cambiar! Eso no lo he de ver yo, pero tú sí, Lucas, y te parecerá un sueño lo que has vivido, a medida que te vayas adentrando en lo que has de vivir...

Palabras misteriosas y proféticas con las que le gusta prologar sus historias. Don Damián da un sorbo al orujo.

—Es bueno, muy bueno.

Hace una pausa para saborear, para dejar pasar el ardor hasta el estómago.

—Te voy a contar una historia de cuando llegué yo aquí al acabar mis estudios. No sabes tú cómo venía yo, hinchado como un pavo real, con mis conocimientos recién adquiridos. Mi padre tenía la consulta en casa, en una de las habitaciones. Todo me parecía antiguo y obsoleto, pero entonces se tenía un respeto tremendo a los mayores, y más todavía a mi padre, creo que tú lo conociste, Justa. Era un verdadero coloso. León se llamaba, y le iba que ni pintado el nombre. La gente lo quería como a un fetiche. Parecía que su inmensa humanidad curara todos los males. No tenía más que entrar en una alcoba para que el enfermo empezara a mejorar. Entonces yo no creía en esas cosas. Yo creía en la Medicina con mayúsculas y en nada más. Pronto me di cuenta de que no era así y que al enfermo había que conocerlo por dentro, como los conocía mi padre, y que cada uno tenía su remedio

según su condición, no solo según la enfermedad. Es como lo de tu abuelo, Justa, que también quiso estudiar las Leyes y se dio cuenta de que de nada le valían. ¡Qué te voy a contar! Tú asistirías a sus juicios y escucharías sus sentencias. ¡Era un hombre único!

Efectivamente, Justa recuerda muy bien aquellos episodios de su vida, aunque sabe que no es el momento de sacarlos a colación. A don Damián le gusta llevar la voz cantante y ya recupera la palabra.

—Te voy a poner un ejemplo de lo que estamos hablando. Cuando terminé la carrera de medicina me volví al pueblo y me coloqué de asistente de mi padre. Venía yo muy vanidoso y me costó adaptarme a sus métodos. Y aquí viene la historia: Era un día de verano de esos de calor y chicharras, el viejo León se había tumbado la siesta porque no andaba ya demasiado católico. Lllaman a la puerta y salgo a abrir. Me encuentro con una mujerona de aspecto tremendo, casi salvaje. Venía de Torzón, una barriada de casas en la montaña. Aquello estaba entonces totalmente incomunicado. No hace mucho los forestales abrieron camino y ahora se puede acceder en *jeep* o incluso en coche. Pero en aquella época solo se podía llegar a caballo, en burro o a pie. Ella llegaba a pie, desafiando el calor de agosto. Todos los habitantes de aquel barrio eran gente muy primitiva. Allí no había luz, ni agua corriente, ni teléfono, ni nada...

—Vamos, más o menos como aquí en el molino.

—Para de lamentarte, no sabes tú lo que era aquello.

Don Damián aclara la voz y lanza una mirada cómplice a Justa. Sabe que la lucha por incorporar los adelantos técnicos al molino es un contencioso abierto entre Justa y sus hijos. Sigue su relato:

—La mujer buscaba con los ojos a mi padre. Le hice saber que yo era su sustituto y me miró con desconfianza. «Vamos a ver si me entiendes», me dijo. «Yo tengo un hijo haciendo la mili en África, y ahora vienen las fiestas de San Roque, que son las fiestas de nuestro barrio. Yo quiero que este pobre chico venga a pasar las fiestas, que baile y que lo pase bien, y luego que regrese otra vez a la mili. Para eso me tienes que dar un certificado médico de que yo estoy grave». A mí se me llevaban los demonios. Yo estaba allí para curar, no para decir mentiras, y en aquel tiempo, además, se me podía caer el pelo por una cosa así. «Mire usted», empecé a decirle, «yo

eso no lo puedo hacer...». Entonces salió un rugido de la alcoba del viejo León: «¡Házselo!». Acostumbrado a obedecer, se lo hice sin rechistar, y la mujer marchó tan contenta con su certificado. Cuando se fue, me dirigí a la alcoba de mi padre: «Pero, padre, ¿cómo me ha mandado hacer eso? ¡Menuda responsabilidad! ¡Ya verá en qué lío me he metido!». «Ni responsabilidad, ni nada», me contestó él. «Esa mujer no te va a fallar. Yo conozco muy bien a esa gente porque llevo cuarenta años de médico por esos andurriales». Y efectivamente, así fue. La mujer regresó a su casa e hizo ver como que el médico había ido allí a visitarla y que la había encontrado muy grave. Mandó con un vecino el certificado a la guardia civil, y la guardia civil subió a verla y la encontró en cama con aspecto de moribunda. Hicieron un atestado certificando que estaba muy mal. Hasta la llegada del chico pasaron unos quince o veinte días y la mujer todo el tiempo en cama. Vino el chico, bailó todas las fiestas sabiendo que su madre estaba bien, aunque en la cama. Y la madre, para no levantar sospechas, siguió fingiéndose enferma hasta que el hijo se hubo marchado. Entonces se levantó poco a poco y aún tardó unos días en aparecer.

Vuelve a dar un sorbo al orujo.

—Excelente, ¿lo preparaste tú?

—Yo le puse los arándanos...

—Muy bien, sí señor. Pues mira, chaval, en los años que compartí consulta con mi padre aprendí todo lo que no había aprendido en la facultad. La vida no son hechos aislados, sino un conjunto de cosas entramadas, y las has de tener todas en cuenta si quieres obtener resultados.

OceanofPDF.com

El amor y el deseo son cosas distintas. Justa se pregunta en qué medida puede influir la voluntad en cualquiera de ellos. Su deseo de Ignacio, el nexo más fuerte que los unió, ha muerto definitivamente.

Durante mucho tiempo quiso que esto ocurriera, porque él ejercía su fuerza de atracción como un chantaje. Y ella sucumbía y se odiaba por ello. Porque sabía que ya no le quería a pesar de desearle. Y ahí quedaron todas esas noches de insatisfacción y pena, engranándose una con otra hasta lograr esa indiferencia que ella reclamaba al cielo para sentirse en paz. Cuando la consiguió, le duró poco tiempo, y enseguida dio paso a la aversión. Ahora le gustaría que el cuerpo de Ignacio no le produjera un rechazo tan fuerte, casi repulsión. Quizá habría sido bueno conservar un poco de deseo, aunque solo fuera por no tener que apartarse cada vez que él, en sueños, alarga la mano hacia ella. Le gustaría poder vencer la repugnancia de ser confundida con otra, con otra a la que habría amado en el último puerto. ¿Y qué importa? Sí que importa. Se trata de un respeto hacia su cuerpo. Por suerte él viene al molino cansado de otros amores, y siempre medio enfermo y sin defensas. Otros marinos llegan igual. El aire demasiado puro del mar los deja desprotegidos al contacto con los microbios de la tierra. Llega sin deseos, agotado. Al principio incluso parecía sentirse culpable por no tratar de vencer la resistencia de ella, que creía falsa. Pero no lo era. Entonces tuvo ella que haber dado el paso definitivo de separar las alcobas. A menudo había pensado hacerlo mientras él estaba lejos, y no se había atrevido. Esas pequeñas cobardías e inseguridades van sumándose de forma imperceptible y acaban creando el vacío devorador. Lo mejor son las actitudes claras, bien definidas. Ello habría evitado el meterse cada noche en la cama enfrentados como dos enemigos, con ánimos retadores. Ahora que no siente necesidad, no logra entender su deseo de entonces, cuando él se hacía el ofuscado y se daba

media vuelta sin tocarla. ¿Fue su voluntad la que mató al deseo? ¿O fue una sucesión de experiencias insatisfactorias? Siempre la penetró con urgencia y ansiedad, sin darle tiempo a culminar su propio placer. Solo una vez logró sentir, y no fue precisamente el resultado de una noche de amor. Fue el resultado de una pelea, de una conquista a la fuerza. Él venía de la taberna cargado de vino y quiso poseerla, y ella se resistió. Y por primera y única vez en su vida, Ignacio la forzó. Fue un acto involuntario que no respondía a su forma de ser, y él nunca se perdonó lo que había hecho empujado por el alcohol. Paradójicamente esa fue también la única vez que ella alcanzó la plenitud del placer. Por eso piensa que la voluntad y el placer no van unidos. Ha buscado muchas explicaciones a este suceso y cree que las ha encontrado. Cada vez que se entregaba a Ignacio sentía que estaba traicionando una parte de su ser, la parte que quería permanecer intacta para salir al encuentro del amor verdadero. Le parecía mal el deseo por el deseo, y también, aunque le cuesta reconocerlo, sentía que estaba traicionando a Bernal. Eso era lo principal. En aquella ocasión, al no estar su voluntad implicada, no tuvo sensación de culpa. Ella no se entregaba, era tomada contra su voluntad, y disfrutó.

Como fruto de aquella noche nació Lucas, lo sabe con exactitud porque al día siguiente Ignacio se marchó de nuevo a la mar. Se marchó carcomido de culpa, y ella se quedó esperándolo con ilusión renovada. Así habían sido sus desencuentros. Nunca llegaron a encontrarse de verdad. Y al cabo de algún tiempo, murió el deseo, del todo y para siempre.

Se liberó de una amenaza de locura. Ya no enloquecería de deseo como la mujer de Deva. ¿Y si su deseo no estaba destinado a Ignacio? ¿Y si dejara fluir lo que realmente vivía dentro de ella? Quizá ya era demasiado tarde.

Justa acaricia su frente con dedos temblorosos. Hay algo ahí, en su recuerdo, que le dice que no, que no es demasiado tarde. Estaba escrito en un artículo de prensa que leyó hace tiempo, ¿qué hizo con él? ¡Ah, sí, se lo pasó a Felipe!, porque en él también se refería al amor homosexual de forma liberadora. Era el artículo de una monja de Betania, que trataba el amor en todas sus formas. Hablaba de un amor de verdad, como la justicia que impartía su abuelo; un amor al alcance de todos. Decía esta monja que

la sexualidad es nuestra capacidad de entrar en relación con los demás, y con ello se refería también a la sexualidad de las monjas. Y a Justa le pareció que se dirigía a ella para quitarle los temores que la asaltaban, de no volver a sentir nunca más, de secarse para siempre. Aquella mujer consideraba que la castidad supone un gran respeto hacia el cuerpo, no su mortificación ni su desprecio, que la castidad hace crecer y madurar la sexualidad, y que, tras una decena de años en un convento, una se siente preparada para hacer bien el amor. Y Justa sintió que aquello era cierto. Lo sintió dentro de sí, dentro de su cuerpo. Supo que la castidad que se había impuesto era una parte del rito amoroso; que se estaba reservando para algo, y que ese algo llegaría.

Además tiene bien comprobado que su sexualidad no ha muerto. La savia corre dentro del tronco y, a veces, sale a flote de la forma más inesperada e incluso inoportuna. Como el otro día le pasó con Víctor, el veterinario, que había acudido a ayudarla en el parto de la burra, y se quedaron de pronto los dos frente a frente, celebrando el final feliz con un vasito de orujo. Y no sabe cómo sucedió, pero leyó en sus ojos el deseo y ella también lo sintió. Fue como un relámpago. Le acompañó apresuradamente hacia la salida, y después se quedó largo rato apoyada en la puerta jadeando de ansiedad. No era demasiado tarde, pero no quería que fuera de cualquier forma. Para eso se ha estado preparando y no va a renunciar a la fiesta. El momento de participar llegará, lo sabe. Amadora la va a ayudar.

A veces siente que roza la Verdad, como si fuera un ave que acaricia con la punta del ala la superficie del agua, y luego se va. ¿Qué es la Verdad? Algo así como que el Amor no depende de la Voluntad, pero la Voluntad sí es capaz de destruir el Amor. Algo así.

Ella ha destruido el Amor por Voluntad propia. Y a pesar de saberlo, de haber dejado aflorar ese conocimiento a la superficie de su vida, también sabe que, cuando eso ocurrió, su Voluntad no le pertenecía.

¡Cuánto habían sufrido Bernal y ella en su desencuentro! Después del primer intento frustrado, demasiado temprano para ella, decidieron

abandonar el camino del amor por el de la amistad. Y poco después despertó su sexualidad. ¿Era amor lo que sentía entonces cuando su cuerpo temblaba con solo verle aparecer en lontananza? La vida les separó en aquel tiempo, él se fue a estudiar a Santiago y ella marchó a París, donde su padre le había conseguido trabajo por mediación de unos clientes, en un taller de alta costura. Después de dos años, Justa tuvo que interrumpir bruscamente sus estudios y su estancia en París por la muerte repentina de su padre. Regresó a Olmeda y se le cayó el mundo a los pies. Olmeda sin Bernal se le hacía insoportable. Fue cuando apareció Ignacio, y cuando llegó Bernal ya era demasiado tarde. Entonces empezó la agonía de Bernal en Olmeda, sin Justa. Ella se había trasladado a vivir a Valle, cerca de su madre. Cuando se enteró de la decisión de Bernal de partir para América volvió a Olmeda a despedirse de él.

¿Cuántos años lleva sofocando el recuerdo de aquel instante?

«Justa, estás a tiempo, vente conmigo».

«No puedo, Bernal».

«Te equivocas, Justa. Ignacio no es lo que tú ahora piensas. No es el aventurero audaz, ni el novio que abandonó a tu madre...».

«No puedo, Bernal».

El cuerpo de Bernal temblaba de emoción. Justa sintió los músculos de su brazo moreno palpitando mientras la abrazaba fuertemente. Algo ocurrió en ese instante, como si un imán gigantesco les empujara el uno hacia el otro. Se abrazaron y se besaron con pasión, y después de ese instante ya no pudieron seguir siendo amigos. Eran amantes que errarían por el mundo sin haber culminado su amor. Amantes que iban a desprenderse el uno del otro, quedando divididos para siempre. Que quedarían separados en el puerto de La Coruña convirtiéndose cada uno en un punto diminuto a los ojos del otro. Un punto diminuto que quedó incrustado en cada uno de sus corazones, y un mar inmenso que crecía entre ambos.

Pudo haber sido ella la que cruzara el océano antes que Bernal. De hecho, había estado a punto de hacerlo. Lo impidió el destino. ¿Qué habría sido de ella de haber sucedido? A veces tiene la impresión de que las opciones que no se siguen en la vida discurren por otro canal, que en realidad estamos viviendo varias vidas al mismo tiempo, todas las posibilidades, y que tenemos acceso a esas otras vidas en sueños, o en alucinaciones.

Sí, ella pudo haber cruzado el océano antes que Bernal, estaba a punto de hacerlo cuando le llegó a París la noticia del infarto de Germán. Sintió entonces como si le cortaran las alas que estaba a punto de desplegar. Germán la había impulsado y Germán la hacía parar bruscamente. O quizá era ella la que no estaba preparada para volar, como dice Amadora, ¿por qué no volvió a intentarlo?

Cuando andaba desesperada por salir de Olmeda, por alejarse del lugar y del país, Germán el vinatero se desvivió por ayudarla. Consiguió que la esposa de uno de sus mejores clientes escribiera a Chardin, su modisto en París, hablándole de las dotes de Justa para la costura y del arte de sus manos.

No fue fácil el inicio de su vida parisina. Ella era una chica de pueblo, deslumbrada por el esplendor de la ciudad, que solo tenía las nociones de francés que había aprendido en el bachillerato, y que llegaba con el poco dinero que le había dado su padre para ayudarla a arrancar.

No quiso utilizar al principio la carta de recomendación, sabía que sus dotes de costura eran mínimas y le daba apuro presentarse con ellas y su francés chapucero a un gigante de la moda. Buscó trabajo en los anuncios y no tardó en encontrarlo. La contrataron en la consulta de un dentista para recibir a los pacientes, a cambio le daban comida y alojamiento en una *chambre de bonne*. Así estuvo un mes, encerrada en su habitación después del trabajo, con un diccionario y una gramática francesa. Cuando se sintió

más segura decidió probar suerte con su carta de recomendación. El señor Chardin apenas repasó de una ojeada la carta. Solo la miraba a ella y sin dirigirle la palabra, se levantó de su asiento, cogió un chal colgado en un perchero y se lo echó a ella por los hombros, luego le colocó un sombrero en la cabeza. *Merveilleuse!*, se dignó pronunciar al fin, y la hizo desfilar delante de él y dar unas vueltas. Justa se sintió intimidada y molesta. Se despidió del modisto con la sensación de que había sido objeto de burla y solo le disculpaba por su avanzada edad. Al día siguiente, sin embargo, le comunicaron en la consulta del dentista que habían llamado preguntando por ella de la casa Chardin para anunciarle que tenía trabajo.

Fue contratada como modelo. Entró a formar parte de un mundo de rivalidades, amistades, rencores, cariños, tan distinto de lo que había vivido hasta entonces que le parecía un sueño. Se hizo amiga de Claudine, una chica de pueblo como ella, y dejó su cuarto para trasladarse a un diminuto apartamento que alquilaron entre las dos. Iban al cine, a ver museos, a bailar algunas tardes. Pronto Justa se dio cuenta de que soñaba en francés y ya no le costaba ningún esfuerzo comunicar con la gente. Se apuntó entonces a unos cursos nocturnos de Historia del Arte en la Sorbona. La vida le parecía maravillosa.

Una tarde, en la que esperaba en el taller de costura a que le probaran el vestido para su próximo desfile, se entretuvo ensamblando botones de distintas formas y colores y haciendo con ellos graciosos diseños de collares y pulseras. A la costurera le gustaron tanto que se lo enseñó al modisto, al cual le parecieron muy ingeniosos y los utilizó como complementos en el siguiente desfile. A partir de ese momento le llovieron encargos de las casas de moda.

Salía con Claudine por las calles de París en busca de mercerías que tuvieran material antiguo. La señal, decía Claudine, es un gato castrado apostado en la puerta o en el escaparate de la mercería. Un gato castrado, decía, significa tranquilidad para los dueños, por lo tanto una pareja de ancianos detrás del mostrador y material de fin de siglo. Claudine y Justa se reían tanto que a menudo despertaban la desconfianza de los tenderos. Aunque muchos las comprendían y reían con ellas: *C'est le fou rire*, decían, *le fou rire de la jeunesse*.

Cuando desfilaba por la pasarela, Justa tenía la sensación de que el cuerpo desfilaba solo mientras su mente volaba a otros lugares. Solo así podía vencer la timidez y la sensación de ridículo. Había aprendido a caminar con elegancia, a mover los brazos, las manos y hasta el cuello largo que el señor Chardin tanto apreciaba. Y un día le comunicaron la noticia de que a la siguiente temporada viajarían a Nueva York a presentar la colección, y que Claudine y ella estaban entre las elegidas. Justa no cabía en sí de gozo, y junto a su amiga inició los trámites de los papeles para su futura salida. Fue entonces cuando recibió el telegrama de Aurelia anunciándole la gravedad de su padre. Y después de su regreso a Olmeda ya no tuvo fuerza para volver a marcharse, para intentarlo de nuevo. No estaba preparada para volar, y se quedó en tierra.

OceanofPDF.com

Justa no trata de conciliar el sueño, se da una vuelta en la cama y sigue pensando. A lo mejor no es cuestión de voluntad ni de amor, se dice, y es solo cuestión de *sobrante*.

Recuerda cuando vino a pedir justicia a su abuelo aquel hombre de mar. Era un vecino de Olmeda, de los que parten hacia la costa para embarcarse cada temporada en la pesca del bacalao. Parten por dos o tres meses, y así los despidieron sus mujeres. Pero ocurrió que en aquella ocasión, les pilló una barrena tremenda y tuvieron que regresar a puerto. Vieron que el temporal iba para largo y en espera de que amainara, el hombre regresó a su casa. Se encontró entonces con que su mujer lo engañaba. Fue un duro golpe, porque él la quería y no podía concebir la vida sin ella. Siempre la había tenido por una mujer sin tacha, y cuando estaba embarcado mareaba a sus compañeros con la nostalgia de sus recuerdos. Imaginaba las chanzas de los demás, cuando se enteraran de lo sucedido. Tenía dos alternativas: ahogar sus penas en la taberna, con lo que al día siguiente todo el pueblo conocería su desgracia, o subir con ella al molino, antes de perder la compostura, para que José dictaminara sobre lo que debían hacer. Optó por lo segundo.

El abuelo siempre escuchaba lo que venían a contarle, luego lo repetía, matizando algunas partes, para que la descripción de los hechos ganara en objetividad.

—Me he enterado de que esta mujer me engaña cada vez que salgo a la mar, don José.

—Dices que tu señora te engaña, ¿quieres decir que se ha acostado con otro hombre?

—Sí, eso es, que cada vez que salgo a la mar, ella me pone los cuernos.

—Y cuando tú la requieres de amores, ¿se niega ella alguna vez?

—No, eso no. ¡Solo faltaría!

—Pues si ella cumple con lo que tiene que cumplir, es buena esposa, y con el sobrante puede hacer lo que le venga en gana.

Así eran los juicios del abuelo, y los demandantes salían contentos, porque les daba la solución que ellos deseaban, y no se habían atrevido a decidirla por sí mismos. ¿Qué había hecho el abuelo? Un simple cambio de palabras. En vez de hablar de cuernos, de traición, de engaño, lo había llamado sobrante. Sobrante es una palabra amiga, fácil de comprender, que no implica culpa alguna. La mujer cumplía con su deber de esposa, pero necesitaba más. Quizá incluso lo necesitara para poder seguir cumpliendo bien como esposa. Utilizaba el sobrante para llenar la soledad, y cuando el marido regresaba de su viaje, la encontraba satisfecha y bien dispuesta. A lo mejor a Ignacio le ocurría lo mismo. Quizá hubiera debido ser más comprensiva. Pero no había podido. Él no era buen esposo ni cumplía con lo que tenía que cumplir. Aunque es verdad que un mismo hecho cambia solo por la forma de nombrarlo. No es bueno ni malo en sí. Las palabras se ocupan de clasificarlo, de colocarlo de un lado u otro de la barrera. La grandeza de Raimundo nacía de no haber utilizado la palabra como forma de expresión. No había levantado muros y, por lo tanto, era libre. Cuántas veces se había preguntado si su hermano fue un sabio, o simplemente un niño mudo. Un niño con una tara, como decía su abuela Lisa. Hablaba así, quizá, por aliviarla a ella, para que no intentara imitar a ese niño al que su madre había querido tanto. «No hagas tonterías —le decía cuando ella se empeñaba en enmudecer—, la palabra es un gran don. A mí lo de tu hermano me parecía una tara y nada más que eso, hay que buscar la normalidad». «¿Raimundo no era un niño normal?». «No, no lo era». «¿Solo por la mudez?». «No, no solo por eso». La abuela lo reconocía con pesar, como si le doliera explicarle algo que ella misma no entendía. ¿Cómo podía explicarse lo de las hierbas? Nadie le enseñó a reconocerlas y, sin embargo, le traía a ella hojas frescas, que colocaba, sin vacilar, junto a los botes de las mismas hojas secas y trituradas. Y había sabido encontrar la Celedonia, que se cría en lugares sombríos, y la hierba de Santa María, que crece en las corralizas, y el gordolobo, que nace en laderas y montañas... Y

sabía cuáles había que recolectar en días serenos y con el sol bien alto, cuáles en la noche de San Juan; y en qué casos se cortan al empezar la floración, y en qué otros cuando el fruto está a punto de madurar. Y ese conocimiento a ella le venía de su madre, que a su vez lo había recibido de la suya. Pero a ese niño nadie, que ella supiera, le había enseñado. No era cosa normal, como tampoco aquello de que bajara del monte a pelo sobre un caballo salvaje, y luego lo despidiera con una palmada en el lomo. Era como si Dios, al amasarlo, hubiera utilizado otra clase de arcilla.

No había sido fácil para Justa tener por delante ese modelo inalcanzable. Aunque ahora intuye que el tiempo no existe, y que Raimundo está presente con ella, conviviendo, que no se ha marchado, que forma parte de su ser porque ha recibido su mensaje de forma indirecta, así como también le pertenecen los mensajes del abuelo y de la abuela, más todo lo que ha visto y oído y sentido desde que nació, y quizá incluso antes de que naciera.

Ignacio se da media vuelta y empieza a roncar. A Justa no le molestan sus ronquidos, nunca le han molestado. Cuando los oyó por primera vez le hizo ilusión. Le faltaba algo en ese apartamento desnudo de espíritus en el que no se oía ni el volar de una mosca. Le faltaba el traque-traque del molino de los abuelos, el murmullo del agua debajo del entablado, el zas-zas continuo de la lanzadera de su madre, la música y el ritmo de los golpes de Antonia trabajando la masa de la torta, y aquellos suspiros y jadeos en el cuarto de al lado cuando dormía en la cantina, que ella confundía con fantasmas.

Cuando se marchó Ignacio la primera vez, ella no pudo soportar el silencio, ni las ventanas que asomaban a otras ventanas de enfrente. Echó de menos el ritmo de sus ronquidos, aunque no su presencia, pues ya desde un primer momento había sido hostil y agotadora. En cuanto Ignacio la consideró suya, quiso moldearla, convertirla en la imagen que él se había hecho de lo que tenía que ser la mujer de un capitán de barco. ¿Por qué se casó con ella si sabía que era diferente? A lo mejor no lo sabía, y además en aquel tiempo también él era diferente. O pudo pensar que una mujer cambia solo por el hecho de casarse. ¿Por qué no escoger a una de las que ya estaban cambiadas, dispuestas?, ¿por qué eligió a Justa la campesina, la

molinera, la salvaje? Quizá lo confundió el hecho de que ella hubiera vivido en París, de que hubiera sido modelo de alta costura; o le impresionaron los trajes que se confeccionaba ella misma y que le daban un aire diferente. Pudo pensar entonces, desde su inseguridad, que aquello era elegancia; y después, cuando ascendió a capitán y se codeó con la alta sociedad de la marina, cambió su gusto, y ya no consideró adecuados aquellos trajes. Lo siento, querido, piensa Justa, te has equivocado de mujer.

Toc-toc, llama el viento a su ventana. ¿Cómo estará Matías, pobrecito, en aquel petrolero? Pronto llamará, lo sabe, en cuanto lleguen a un puerto. Quiere ser hombre, valiente, temerario, para ganarse la admiración de su padre, para que lo reconozca como hijo. Ella sabe cómo se siente por dentro, deshecho, sin construir, lleno de inseguridades. ¡Qué importante es la seguridad que puede aportar un padre, una madre! Y ellos, ¿qué habían hecho con sus hijos? ¿No era su deber construirles, ya que los habían traído al mundo? Ella ya no sabe cómo hacerlo, se le han escapado de las manos. Ya no quieren sus mimos ni sus caricias. A veces escuchan sus consejos, empiezan a seguirlos, pero luego llega él y lo destruye todo. Es como Atila, que por donde pasa, arrasa. Toc-toc. El cerezo la transporta a aquel otro cerezo que se erguía espléndido y solitario en medio del patio delante del almacén de Bernal. Y ¡cómo lucía la luna entre sus ramas cuando la contemplaban desde la cama! Con Bernal había experimentado por primera vez la sensación de unión, se había sentido parte de algo a lo que ella pertenecía. Tenían la misma edad y sentían las mismas cosas. Habían avanzado de forma pareja en el uso de la palabra. En su primer año de escuela habían sido los más pequeños, los únicos con cinco años. Los demás tenían de seis para arriba, y todos compartían la misma clase.

Justa, tan preocupada por el significado de las palabras, escuchaba con gran interés aquel día que don Enrique hablaba de ellas. Había muchas clases de palabras que los chicos mayores sabían distinguir y nombraban de forma extraña. Don Enrique siempre empezaba por hacer preguntas fáciles a los pequeños. Y Justa y Bernal se preparaban para contestar. «A ver, Justa, nómbrame una palabra larga». «El árbol», dijo ella sin titubear. «¿Por qué el árbol?», inquirió el maestro. «Porque tiene muchas hojas». Don Enrique sonrió y los mayores de la clase se partieron de risa. «¡Silencio! Es

interesante la respuesta de Justa, después volveremos a ella. ¿Me puedes decir tú una palabra larga, Bernal?». «El tren», contestó orgulloso. ¡Ah, claro!, pensó Justa con admiración, mientras los mayores reían con más estruendo todavía. A don Enrique también le pareció interesante la respuesta de Bernal y dijo que las palabras eran diferentes para los que sabían leer y escribir y los que aún no sabían. Y Justa había descubierto que también eran diferentes las palabras de la cantina a las de sus padres, y a las de sus abuelos. Pero las palabras de Bernal y las suyas eran iguales y siempre se entendían con ellas.

La primera amiga que tuvo Justa en la escuela se llamaba Marga. Era un año mayor que ella pero abultaba el doble. Era grande y buena, y torpe para los estudios. Marga era su complemento, la había protegido en su pequeñez y acogido como una madre. Se enfrentaba a los niños cuando la llamaban gamusino y cara de pájaro, y la buscaba para compartir todos los recreos. Sentada en los bancos de la escuela, Marga resultaba muy desmañada, pero fuera de allí era la dueña del patio de recreo. Y en su casa actuaba como una verdadera madre. Cuidaba de sus tres hermanos pequeños y ayudaba a su madre en todas las faenas del hogar. Al salir de la escuela, Justa la acompañaba y entraba en aquella casa sórdida donde siempre se oía gritar a un abuelo demente al fondo del pasillo. «Está encerrado en su cuarto —le decía Marga—, porque si sale nos muele a palos con su bastón. A mi madre le dejó un día todo el cuerpo lleno de moratones». A Justa no le gustaba entrar en la casa de Marga. A veces la esperaba fuera hasta que salía ella arrastrando a los tres hermanos y la acompañaba a hacer los recados. Más tarde, cuando se lo pidió don Enrique, la ayudaba con los deberes de clase y, mientras iban de un lado a otro con los tres pequeños, le contaba las lecciones en forma de cuento y así se les quedaban fácilmente grabadas a las dos.

Con Marga conoció el mar. Para Justa el paisaje del mar no supuso un impacto novedoso, porque el mar siempre estuvo, de alguna manera, presente en su vida. Ella conocía el mar sin haberlo visto. Ni siquiera recuerda exactamente cuándo fue la primera vez que Quínín, el padre de Marga, la subió a ella y a sus cuatro hijos al camión y los llevó hasta la costa, entre cajas vacías que olían a pescado. Quínín era camionero y

cantaba con voz aguardentosa, y hacía cantar a los niños con él, para que no se marearan:

*¡Con el vino se engrasan las vieiras,
¡Ay las vieiras,
ay las vieiras!,
con el vino se engrasan las vieiras,
y se suben las cuestas mejor!*

Tardó años en saber que Quinín decía bielas en vez de vieiras. Lo recuerda despidiéndose de la mujer con la promesa reiterada de no quitar la vista de encima de los muchachos, pero la realidad era muy distinta. Una vez llegados al pueblo, donde él tenía que cargar el pescado, los soltaba en la playa y se iba de tascas al puerto. Marga los vigilaba a todos como una gallina a sus polluelos, y más de una vez salvó a alguno de morir ahogado. La tarea de Marga como vigilante era peliaguda, porque a todos, incluso a ella misma, les gustaba tantear el peligro del mar. Eso era lo que diferenciaba a aquellos baños de los de la alberca del molino. Eso y lo pegajoso de la sal y la arena, que todos querían conservar, para chupar de vez en cuando el brazo y revivir el día de aventura. Por eso, aunque a veces permanecían horas en la playa tiritando de frío a la espera de que Quinín se acordara de acudir a recogerlos, siempre se apuntaban cuando este volvía a invitarlos.

Un día el padre de Marga desapareció y no lo volvieron a ver. Decían los del pueblo que se había largado con otra mujer, y Marga tuvo que salir de la escuela para ocuparse de la casa mientras su madre se puso a trabajar en una fábrica de embutidos en Valle.

Bernal era hijo del maestro. Su familia había llegado al pueblo en verano. Habían alquilado la casa que fue de los padres de Crispín, y también el almacén, porque la casa les quedaba pequeña. Bernal quiso que el almacén fuera su cuarto, aunque era grande y destartado. Crispín, cuyo nombre real era Bienvenido, aunque todos le llamaban Crispín (quizá por su apellido: Crespo), tenía una tienda de ultramarinos que además era cantina. Aquel almacén había dejado de cumplir su función cuando Crispín se deshizo de las vacas y empezó a utilizar el establo, más cercano a su negocio, para guardar las mercancías.

Como era un niño muy simpático, el hijo del maestro no tuvo problemas para integrarse en el pueblo. Tenía dos hoyuelos profundos que le marcaban la risa, y un pelo rebelde que se levantaba en múltiples remolinos. Su madre lo peinaba con agua y un poco de fijador, y cuando se sentaba en el banco de la escuela parecía un repelente niño Vicente. Esa imagen duraba poco. Muy pronto, los mechones de pelo engomado saltaban como pinchos hacia arriba. Los chicos se reían y enseguida lo apodaron Puercoespín. Lo que maravilló a Justa fue que Bernal, en vez de llorar o sentirse desgraciado, se reía con los demás. Con su risa daba vuelta a la situación, la cambiaba de nombre. Ya no se trataba de una burla sino de una broma divertida para todos, él incluido. Era fuerte y ágil, y a pesar de su corta edad y corta estatura, hacía buen papel con el balón, y lo que era más importante: él mismo traía un flamante balón de reglamento metido en una red. Don Enrique, conocedor de las pasiones de los muchachos, debió de entrenarle antes de entrar en la escuela. «¡Eh, tú, chaval! ¿Cómo te llamas? ¡Pasa la pelota!». «¡Puercoespín, me llamo Puercoespín!». «¡Chuta, Puercoespín! ¡Pasa, Puercoespín!». Y así Bernal, a pesar de ser el pequeño de la clase e hijo del maestro, conquistó su propia gloria.

Jacinta, la madre de Bernal, había nacido en Olmeda, y vivió allí hasta que se casó. En el pueblo no le quedaba familia ni casa porque sus parientes, en un momento de penuria, vendieron sus posesiones y emigraron a Barcelona. Ella también era maestra, aunque solo ejercía para ayudar con clases particulares a los niños que iban más retrasados en la escuela. Cuando regresó a su pueblo natal con su marido y tres niños (además de Bernal, tenían dos gemelas que acababan de cumplir tres años), llegaba llena de ilusión por recuperar las antiguas amistades. Tenía especial interés en contactar con Aurelia a quien siempre admiró por su valor y belleza. Cuando Jacinta salió de Olmeda, Raimundo era un niño pequeño. Se enteró de la desgracia de Aurelia por las gentes del pueblo y se propuso rescatarla de su lamentable estado, y devolverle la alegría de vivir. Puede que Aurelia también concibiera ciertas esperanzas al recuperar su imagen de mujer fuerte y luchadora en el recuerdo de Jacinta. En cualquier caso, para sorpresa de todos, aceptó salir de su encierro e ir a merendar con su marido y su hija a casa del maestro.

Justa llegó por primera vez a casa de Bernal cargada de emoción y de miedo. Era todavía una niña tímida e insegura y la idea de enfrentarse al maestro fuera de la escuela la atemorizaba un poco, sobre todo por ir acompañada de su madre.

No se había atrevido, como hacía con Antonia, a rechazar que la vistieran con el traje de domingo que había confeccionado para ella su abuela y con el que se sentía disfrazada. Sintió con inquietud la tensión de su madre haciendo y deshaciendo veinte veces el lazo del traje como si en ello le fuera la vida. Se culpabilizó por haber deseado en todo momento que el lazo no se levantara tieso como quería Aurelia, porque a ella no le gustaba parecer una mariposa, ni tampoco le gustaban esos zapatos de charol que le hacían daño y crujían a cada paso. Se sintió santa tragándose las palabras, como si fuera Raimundo, sacrificando su propia seguridad a la de su madre, y rogando que acabara pronto el día, y su madre se comportara correctamente.

Bernal abrió la puerta. Justa suspiró de alivio al ver que también lucía galas de domingo, con el pelo repeinado hacia atrás. Saludó ceremonioso, y acto seguido lanzó una sonrisa cómplice y furtiva a Justa. «¿Eres el hijo de

Jacinta?», preguntó Aurelia. «¿Cómo te llamas?». «Me llamo Puercoespín». Y como obedeciendo a un resorte, dos mechones de pelo se dispararon hacia arriba. El rostro de Aurelia, hasta entonces tenso, se dulcificó y sonrió. ¿Fue por ese milagro que Justa miró al niño con adoración y lo adoptó como amigo o hermano desde ese mismo instante?

Ese pudo ser el principio, pero hubo mucho más.

Crac-crac, caminaron hacia el salón. Los padres delante y los niños detrás. Bernal no dio muestras de oír el crujido de sus zapatos. En el salón estaban Jacinta y Enrique, los padres de Bernal, y las gemelas de tres años, muy almidonadas, lo que no les impedía subirse y bajarse sin parar de los sillones. Jacinta estaba radiante por haber conseguido traer a Aurelia a su casa. Bernal y Justa se sentaron juntos en un sofá. Los mayores conversaron sobre el tiempo hasta que Germán habló de la próxima temporada de caza. Enrique resultó ser tan apasionado cazador como él, y a partir de aquel momento cayeron las barreras y las frases convencionales. Jacinta lo tenía más difícil con Aurelia, pues esta ya debía de estar arrepentida de haber aceptado la invitación. Contestaba con monosílabos a las entusiastas preguntas de Jacinta, cuyo fin era resucitar viejos recuerdos: «Tengo grabada la imagen —decía—, de cuando íbamos al prado a buscar leitadas para los cerdos, y las pequeñas nos sentábamos alrededor de vosotras, las mayores, tratando de captar el sentido de vuestras frases pronunciadas a medias: Fulanita conoció a tal chico en el baile, le hizo esto y lo otro... y nosotras sin saber lo que queríais decir...».

El rostro de Aurelia se endureció de pronto. Jacinta calló en seco, asustada, al darse cuenta del terreno en que se estaba adentrando. Debió de recordar las primeras confidencias de Aurelia sobre Roberto, ¿cómo había podido ser tan torpe? Inés, una de las gemelas, vino a rescatarla de su azoramiento. «¿Verdad, mamá, que Bernal se hace pis en la cama?». Jacinta quiso hacerla callar. «¿Y por qué tiene que callarse Inés?», intervino don Enrique. «A lo mejor eso es lo que necesita tu hijo para avergonzarse de una vez y aprender a controlar. A lo mejor no está mal que se entere Justa de lo que ocurre, y que se lo cuente al resto de la clase». Justa miró a Bernal con el rabillo del ojo. Esta vez Bernal no reía. Le dolió ver la humillación del niño al que ella admiraba tanto. Con disimulo deslizó la mano que tenía

modosamente colocada sobre su vestido y cogió la de Bernal. Era suave y redonda como la suya. Justa reconoció hasta la humedad en la palma, idéntica a la que notaba ella en los momentos de angustia. «No lo voy a contar», le dijo, sin atreverse a mirarle a la cara.

Jacinta no discutió con su marido, pero el ambiente se volvió tenso, como si flotaran en él las notas de su desacuerdo. Apareció Ramona, la criada, con una bandeja de pasteles que dejó sobre la mesa. Antes de que las gemelas se abalanzaran sobre los pasteles, Jacinta le pidió a Ramona que condujera a los niños al cuarto de Bernal y que les sirviera allí la merienda. Ramona cargó con las gemelas, y los cinco salieron del salón y, para sorpresa de Justa, también de la casa. Dieron la vuelta a la esquina y entraron por el patio del cerezo. El cuarto de Bernal era el almacén. ¡Qué felicidad! Justa volvió a admirar a aquel niño que no tenía miedo de dormir solo en un hangar lleno de trastos. Ramona se ocupó de las gemelas mientras merendaban y después se retiró.

Aquella tarde el lazo de Justa quedó hecho un guiñapo, y el pelo de Bernal recuperó su color amarillo dorado y se disparó en todas las direcciones, como un campo de cebada ondeando al viento. Los zapatos de charol saltaron por los aires, y Justa y Bernal brincaron en la cama hasta ver quién llegaba más alto; y las niñas se caían al tratar de imitarles, y rieron y lloraron hasta quedarse dormidas. Cuando llegaron los mayores a buscarles encontraron a Bernal y a Justa hablando en voz baja para no despertarlas. No los riñeron por estar tan desaliñados: la felicidad que resplandecía en sus caras debió de romper las barreras y resistencias de sus corazones de padres-educadores.

Toc-toc, vuelve a saludar el cerezo. Y el pensamiento de Justa regresa a la cama que comparte con Ignacio. Ya no le importa no aprovechar su desvelo para trabajar. No volverá a subir al taller hasta que Ignacio haya desaparecido. Mientras, está cumpliendo con el encargo de Amadora. Casi sin darse cuenta está avanzando. No es ella quien dirige sus pensamientos hacia atrás, son ellos los que se disparan solos, recorriendo caminos que voluntariamente ella no quiso recordar durante muchos años. «Recupera la

niña que fuiste —le dijo Amadora—, y pregúntale por qué ha dejado de amar».

OceanofPDF.com

Una prueba de que el tiempo es producto de la mente es que una misma medida puede eternizarse o durar un instante. Los diez días que Ignacio pasó en Olmeda hasta que se fue a la mar se le hicieron a Justa eternos, a pesar de que él no paraba en casa. Él le dijo que se estaba ocupando de la entrada de Lucas en el colegio, y que además buscaba piso en Valle.

«Yo no iré», le había dicho Justa. «No pienso moverme del molino. Aquí tengo una vida por resolver y aquí tengo mi taller de trabajo».

«Eso ya lo veremos. El piso ya está apalabrado. Tienes cuatro meses para pensártelo. Toma la dirección, por si quieres ir a verlo mientras yo estoy fuera».

No se molestó en recoger el papel que Ignacio depositó en la mesa de la cocina.

Mira a Lucas y no puede creer que vaya a dejar de tenerle a su lado.

Ya no estará aquí para esconderme las tijeras cuando me siente a coser.

Yo no estaré allí para entrar a taparle en las noches heladas.

No espíará mi trabajo con disimulo aguantándose las ganas de intervenir.

No me sentaré junto a él a velar sus pesadillas.

—¿Qué piensas, madre?

—¿De verdad quieres marcharte?

—Déjalo estar, madre. Ya está decidido. ¡Joder, madre! No me lo pongas difícil. Está decidido y quiero irme. Quiero marcharme de aquí.

Él no sabe lo que es la pérdida de libertad. Veinticuatro horas sometido a la disciplina de un colegio. Él es un pájaro como ella, que necesita las ventanas abiertas para entrar y salir a su antojo.

«Quizá sea conveniente —le dice Justa a Ignacio—, aprovechar la cercanía de Aurelia para que Lucas vaya a comer a su casa, les puede venir bien a los dos y nos ahorraríamos el gasto del comedor».

«¿Desde cuándo te ha importado a ti el dinero?».

Ignacio acaba por adoptar la idea como suya, después de consultar y echar cuentas, porque ya le está escociendo el importe del internado.

Los fines de semana Lucas es libre de ir al molino o quedarse con su abuela. Ignacio quiere dejar bien claro que no se trata de castigar al muchacho, sino de darle una oportunidad mejor.

Justa considera que el saldo es positivo. No le importa cómo lo ha conseguido, pero está hecho. Lucas no pagará por culpas de sus padres. Ya bastante está sufriendo con vivir las tensiones de este momento, sin poder compartirlas con Matías. Está nervioso, como si notara algo nuevo en el ambiente, algo más definitivo, como si se diera cuenta de que la cuerda que llevan estirando durante años estuviera a punto de romper. Y para colmo está enfermo, sin poder escaquearse.

Justa lee todo eso en la actitud retadora con que se dirige a ella:

—Adiós, madre, voy a salir. No pongas esa cara, lo quieras o no, me marchó. Me siento bien y tengo que salir.

—Aguanta un poco, Lucas. Don Damián va a venir hoy para ver si te da el alta.

—¡Joder, madre! No necesito a ese viejo chocho para que me dé el alta. Me encuentro bien y sé que puedo salir. ¡Estoy harto de ñoñeces, de ti, de papá, de don Damián...!

Hubo un tiempo en que la felicidad eran aquellos ojos mirándola con adoración. No es ahora el momento de recordarlo, ni de evocar aquella carita menuda inclinada sobre sus trabajos de creación, ni aquellos brazos alrededor de su cuello. Era un tiempo en que la felicidad consistía en sentirse adorada sin límites ni reservas. El sentimiento es libre, no se puede enlatar, envasar para siempre. Lucas sigue queriéndola, pero están las dichas palabras, y está su debilidad en consentirlas, primero en boca de Ignacio, después de Matías, y ahora de Lucas. Y las palabras son creativas, alzan muros, crean situaciones. Quizá sea mejor cortar el clima hostil que está creciendo entre ellos. Dejar reposar las palabras, atajar la mala hierba que se está apoderando de las ruinas de su familia.

—Yo también deseo que te vayas, Lucas. No quiero oírte hablar así. Ahora vete a tu cuarto y espera allí hasta que llegue don Damián.

Lucas sale de la cocina dando un portazo. Si se dejara llevar por el sentimiento, Justa se sentaría a llorar hasta vaciar su pena. Pero ahora necesita ser fuerte y permanecer firme. Ya vendrán los días de soledad para dar rienda suelta a sus estados de ánimo.

No siente la alegría de otras veces al oír a las ocas anunciando la llegada de don Damián.

—¿Cómo está ese tunante?

—Me temo que está mucho mejor, por lo insoportable que se ha puesto.

—Pues dile que venga.

Don Damián ha pasado directamente a la cocina y se ha sentado frente a la mesa esperando el orujo.

—¡Lucas! —llama Justa mientras abre la botella. Y Lucas aparece con cara de aburrido, con cara de decir A-ver-lo-que-me-va-a-contar-este-ahora. Don Damián ignora su malhumor.

—Siéntate ahí, grandullón, y abre la boca. ¿No te dije que crecerías? Ya mides dos palmos más.

Lucas no sonríe. Le cuesta delante de su madre deponer su actitud, y ella sale de la cocina para permitir que se restablezca la armonía. Cuando regresa, don Damián parece satisfecho después de haber dado unos sorbitos al orujo.

—Le estoy preguntando a este zascandil si sabe quién fue Sansón.

Lucas pone cara de aburrimiento, como si estuviera al borde de perder la paciencia.

—Sí, lo sé.

—Pues cuenta, cuenta... —Don Damián está dispuesto a ceder la palabra a Lucas para relajar el ambiente.

—Era uno de los jueces de Israel —dice Lucas, contento de poder lucir su conocimiento—, un forzudo de pelo largo, que perdió la fuerza cuando Dalila...

—Bueno, ya veo que lo sabes. Pues ahora te voy a contar yo una historia. ¿Sabes tú por qué al de la Juliana le llaman el Sansón?

—Será por lo de la fuerza... —contesta Lucas aburrido, levantando los hombros.

—Mucha fuerza, sí, y poca cabeza. En parte me debe a mí ese sobrenombre.

A Lucas ese día le molestan los preámbulos. Vamos, suelta ya, piensa malhumorado. Le esperan los amigos en el castañar, está deseando ir a reunirse con ellos.

—Pues resulta que a la Juliana se le torció el parto, y la mujer que la ayudaba a parir no se hacía con ello. Consiguió sacar al crío, pero la Juliana se iba en sangre. Y mandan a un mensajero a avisarme. Ya sabes dónde viven ellos, allá arriba, pasado el Tejar. Y subo yo con la mula, que entonces no tenía otro medio de locomoción. Me encuentro al Juanelo, que así se llama, retorciéndose los nudillos de desesperación, y a la mujer tan blanca como la almohada, y la sábana toda roja, como un campo de amapolas. —Lucas da pataditas de impaciencia por debajo de la mesa. Justa le pone la mano encima para que se esté quieto—. Paré la hemorragia, ya no te voy a explicar cómo, porque no viene al caso, y cuando fui a escribir la receta del medicamento, me percaté de que, con las prisas, había olvidado la pluma. En aquella casa nunca habían necesitado un lápiz. —Sorbo de orujo, se relame los labios antes de seguir—. Allí nadie sabía leer ni escribir. Traté inútilmente de hacer memorizar al Juanelo el nombre del medicamento. Me alargó la navaja y me dijo: «Escríballo usted en esa puerta, don Damián». ¿Y sabes lo que hizo? A la mañana siguiente, arrancó la puerta de cuajo y se presentó cargando con ella a la farmacia. Desde ese día le llaman Sansón.

—¿Puedo salir, don Damián?

—Sí, anda. Que si no te dejo salir vas a reventar, y sería peor el remedio que la enfermedad.

—Gracias.

Lucas sale precipitadamente de la habitación, sonriendo por primera vez en toda la tarde.

La vida de los hijos no le pertenece, sus emociones tampoco. Ya acabó el tiempo en que Lucas no apartaba la mirada de ella para adivinar su pensamiento. En cierto modo es mejor así. Ha llegado el tiempo suyo, y va a tener cuatro meses para prepararlo.

Por la noche, antes de irse a la cama, sube al taller y se encuentra con el papel de los sátiros, perfectamente unido y colgado en la pared. Acaricia el papel con amor, pasa los dedos suavemente por la herida cicatrizada. Sabe que lo ha recompuesto Lucas, que sigue manifestando, como puede, su amor por ella, y su interés por el arte.

OceanofPDF.com

El apartamento de Aurelia es aséptico, no tiene adornos ni fotos expuestas, nada que dé una pista sobre la vida de la persona que lo habita. Como si fuera un piso piloto, piensa Justa.

Ignacio está nervioso, siempre parece intranquilo delante de su suegra.

—He pensado que es preferible no esperar al año próximo para llevar a Lucas al internado, abuela. Me gusta que conviva con los chicos de su edad.

—Yo no soy tu abuela.

Justa no puede reprimir una sonrisa.

—Perdone, Aurelia. Ya sabe que me equivoco, es una costumbre que no logro quitarme.

En otro tiempo a Justa le hubiera molestado la brusquedad de su madre, la falta de flexibilidad. Ahora le hace gracia. Le gusta ver que su esencia no ha cambiado, como tampoco cambian las cosas impersonales e impolutas que la rodean. Le conmueve de una manera extraña que quiera tanto a sus nietos. Entre los dos, le dijo un día, tienen algo de Raimundo. Sigue Raimundo por ahí, rondando en algún rincón privilegiado de su mente, aunque casi nunca lo mencione.

—Los nietos me dan alegría. Si queréis que se quede también a dormir, ya sabéis que tengo una alcoba para ellos...

—No —contesta precipitadamente Ignacio—. Quiero que esté con los chicos de su edad. Es demasiado mayor para andar entre las faldas de la madre o de la abuela. Si yo estuviera en casa, sería diferente.

Las dos mujeres se miran asintiendo. Complicidad sin conversaciones previas, nacida probablemente del instinto femenino.

—Bueno, pues... ¿queréis tomar algo?

—No, gracias, abuela..., quiero decir, Aurelia, tenemos prisa.

—Se va dentro de dos días, madre, y tiene muchas cosas que hacer.

—Entonces no os retengo más.

Se levanta y se dirige con ellos hacia la puerta. Ignacio sale con prisa. Aurelia se entretiene acariciando el pelo de su hija. Cuando Ignacio ya no la puede oír, le dice:

—¡Qué bien que se vaya pronto! Así podrás trabajar tranquila. Tengo ganas de subir a ver tus cosas.

Un calorcillo agradable se cuela en el interior de Justa.

Sube una vecina por la escalera y se para en el rellano.

—Le traigo sus encargos, Aurelia.

—Gracias, Julia. Después me los da. Bajaré usted a ver la película, ¿verdad?

—Sí, claro. Vamos, si no molesto. Ya veo que tiene visita.

—Es mi hija, pero ya se están marchando.

Justa saluda a la señora Julia. No sabía que su madre tuviera amigas. Siente alegría por ello, una especie de liberación. A menudo le ha pesado la soledad de su madre, como si ella tuviera la obligación de remediarla.

Quiere retener aquel calorcillo que sintió y que parece luchar por escaparse. ¿Reconocería por fin su madre algún valor en ella? No debe hacerse ilusiones. Tanto Aurelia como Antonia reviven en sus esculturas el rastro de los seres queridos que ya desaparecieron, y solo a ellos otorga Aurelia el mérito divino de recuperar la forma. La mujer de Deva, sin embargo, había dejado a Aurelia desconcertada. No hizo preguntas ni quiso saber, pero Justa sospecha que confundió aquella mujer hueca, con el vientre lleno de trapos, con la mujer que ella fue y que dio a luz a una niña a la que no quiso mirar. Un montón de trapos. Eso es lo que ella fue para su madre, un montón de trapos inútiles que venían a sustituir al niño prodigioso por cuyo regreso tanto había rezado.

Cuando conoció a Felipe, Justa solo esculpía pájaros. Quizá se buscaba a sí misma en aquellos pájaros de cuellos largos entrelazados, con el pico señalando al vacío. «No te dejes llamar gamusino —le había dicho un día Bernal cuando eran niños—, gamusino no es nada, es el nombre de algo que no existe. Lo de pájaro está bien. Si eres pájaro, algún día aprenderás a volar».

Sus pájaros no habían aprendido a volar. Permanecían patéticamente enganchados por el cuello en un intento de querer ser a partir del otro.

Se encontró por vez primera con Felipe en el taller de Pedro, el curtidor, que había sido compañero de ella en la escuela y muy amigo de Bernal. Junto con Marga se habían revolcado los cuatro por las praderas, se habían tirado del pelo y cumplido pactos de amistad en la castañeda, habían leído los mismos cuentos, o más bien los leían Justa y Bernal y se los contaban a los otros dos. Habían estudiado juntos, inventando Bernal y ella divertidos sistemas para que los otros se interesaran. Habían sido hermanos de infancia y algo quedaba de todo ello a pesar de la enorme distancia que ahora les separaba. En otros tiempos, el patio del cerezo y el almacén habían sido los espacios catalizadores que los unían. Allí, todas las habilidades cobraban la misma importancia. Justa y Bernal representaban las mentes creadoras mientras Marga y Pedro les superaban con creces en inteligencia práctica. Todo era válido y formaban un buen equipo. Cuando Bernal quiso construir en el patio un estanque para albergar a los peces, renacuajos y piedras que recogían en el río, la experiencia de Pedro como peón albañil junto a su padre fue utilísima, y también la fuerza y el entusiasmo de Marga. Todavía Justa sigue aprendiendo de ellos dos y envidia sus actitudes desenfadadas: la constancia de Pedro en el trabajo, su

tenacidad y su falta de ambición; y los alegres embarazos de Marga, que ha parido ya cuatro hijos sin obsesionarse por la trascendencia de traer un ser humano al mundo.

Justa la recuerda recibéndola a su llegada de París, sujetando la enorme barriga de nueve meses, convulsionada por los ataques de risa. Seguía viviendo, día a día, un amor desenfadado y alegre por Vicente, al que indudablemente consideraba el hombre de su vida, y con el que reñía a grandes voces, y hacía el amor casi todas las noches. Justa admira la vitalidad de Marga y el tesón de Pedro, y se conforma con ese intercambio de fuerzas.

Ha adquirido la costumbre de pasar de vez en cuando por el taller de Pedro y, mientras charla con él, recoge los recortes de cuero y les da vueltas hasta adivinar en ellos una forma. Pedro se ríe de sus aficiones, aunque acabe por confesarle que ahora, cuando observa el montón de recortes, se ve asaltado por ranas, lagartijas, escorpiones, murciélagos...

—Llegas como caída del cielo —le dijo Pedro aquel día—, precisamente estábamos hablando de ti.

Ella miró con extrañeza al desconocido. No le decían nada su abrigo largo de cuello subido, poco habitual en aquellas tierras, ni su descuidada elegancia, ni la sonrisa un poco tímida, ni las grandes orejas que se hundían en un pelo abundante y canoso. Pero los ojos le trasladaron a un niño solitario y misterioso que conoció en la infancia. Siempre le había atraído ese niño por lo diferente que era de los demás y porque aparecía por Olmeda solo de cuando en cuando. «Es muy guapo», le decía ella a sus amigas. «¡Ay, hija, no sé!, parece que tiene la cara muy blanca, y está estudiando para cura».

—Ya sé quién eres —le dijo—, el hijo de Victoria, que estudiaba en un seminario. ¿No te hiciste cura?

—No, la vocación de que yo me hiciera cura la tenía mi madre, y así no funcionan las cosas. Yo también me acuerdo de ti. Eras una niña diminuta que bebía aguardiente en la cantina de Antonia.

—Yo no bebía aguardiente.

—Me lo puedo imaginar, aunque te aseguro que lo parecía. Estabas sentada, balanceando las piernas flacuchas y con los ojos abiertos como

platos mientras escuchabas las historias, a menudo obscenas, que se contaban allí.

—Recuerdo muy bien tus ojos, me dolía tu mirada porque era triste. Alguna noche soñé que te salvaba de la tristeza, debía de estar en una fase de vocación maternal. Ibas vestido de negro por la muerte de tu padre. Eras mayor que yo, seis o siete años más, que para esa edad es muchísimo, pero a pesar de ello despertaste mi instinto maternal.

—Es terrible despertar los instintos maternales. Mi madre me machacó con el suyo, y para colmo la opinión de mi padre, que ya de por sí no contaba demasiado, desapareció por completo. No sé realmente si yo era un niño triste, pero a la edad en que me recuerdas me sentía descentrado, desarraigado, mal a gusto con mi cuerpo zancudo y mi voz cambiante. Una edad atroz.

Se hizo un silencio y Pedro reanudó su trabajo. Se notaba que a Felipe le costaba regresar al pasado, pero hizo un esfuerzo, como si quisiera cumplir con una promesa y volvió a relatar: Él no había vivido mucho en Olmeda. Siendo muy pequeño lo llevaron a estudiar a un seminario. Su madre estaba muy orgullosa de sus capacidades y quería hacer de él un sacerdote ilustrado. En cualquier caso, el seminario era la única posibilidad, decía ella, que tenía para salir de la ignorancia, porque su familia era muy humilde y no podía permitirse un colegio privado. Regresaba al pueblo en vacaciones. Era un niño solitario, no tenía recuerdos de vivencias de amistad. Después dejó el seminario y prosiguió sus estudios en la universidad.

Aquel niño zancudo, como él se describía, se había convertido en un hombre atractivo, quizá porque habitaba en él una seguridad descuidada, un aire diferente, una forma de hablar mirando al infinito, sumergiéndose en el pasado, que cautivó a Justa. Recordó su regreso forzoso de París, donde había estado a punto de iniciar el primer vuelo, y se vio instalándose de nuevo en su tierra como quien regresa a enterrarse en vida. Recordó aquella añoranza sin nombre que ahora se personalizaba, añoranza de gentes diferentes, que hubieran vivido otras experiencias, que hubieran viajado, y cuya percepción del mundo fuera más amplia. Añoranza de esas miradas

que contienen mucho más que el relato presente, que se pierden a ratos en la penumbra de los recuerdos.

Felipe hablaba de su madre, de su dominante y castradora madre, cuya presencia molesta se había convertido, paradójicamente para él, en el motor de arranque para cada nuevo viaje, en un afán de huir de ella y de su protección despiadada. Después de su muerte, había tardado dos o tres años en regresar a su lugar de origen y en tomar posesión de la casa heredada, tras despojarla de cualquier vestigio que le trasladara al pasado. ¿Por qué volvía —le preguntó Justa asombrada— a un lugar de tan tristes recuerdos, por qué no vendía la casa y se instalaba en cualquier otra parte, él que conocía tanto mundo? Felipe tardó un rato en contestar. No parecía incómodo en el silencio, ni tampoco Pedro, que aprovechó para arrancar de nuevo la máquina y reanudar su trabajo. Justa temió haber sido excesivamente indiscreta, quizá la conversación acabaría así en un punto muerto y no habría retomo a la comunicación anterior. Se culpó por ello, como si le hubieran dado la oportunidad de pulsar el botón adecuado para adentrarse en la magia y ella, deliberadamente o por descuido, hubiera pulsado el contrario. No era para tanto. Sencillamente, Felipe estaba meditando la respuesta, y tenía que hacer un pequeño recorrido por su interior para saber a qué había obedecido su impulso de retorno.

—Creo que ha sido la mayor conquista de mi vida —dijo finalmente, quitándose el abrigo y soltándolo descuidadamente sobre una silla. Justa suspiró, no se había cortado el hilo que empezaba a unirles—. Este lugar fue mi primer reino, del que fui destronado contra mi voluntad. Cada vez que regresaba a él de vacaciones después de meses de encierro en aquellos seminarios que odiaba, me sentía desplazado, fuera de lugar. Mi madre no me dejaba participar en las correrías de los demás niños, y yo envidiaba más que a ninguno a Raimundo, que representaba para mí la Libertad con mayúsculas, el rey de la naturaleza, que conocía las plantas y los animales y que, por no hacer uso de la palabra, no tenía que razonar ni justificar sus actos frente a los demás. Varias veces él y yo nos cruzamos, y siempre me dedicaba una sonrisa o una mirada llena de ternura, y yo imaginaba que él, que no hablaba, tenía el don de leer en la mirada y que adivinaba el dolor y la impotencia que me dominaban. Era un niño pequeño, pero parecía un

sabio, y para colmo, mi madre me lo ponía de ejemplo cuando yo intentaba rebelarme y negarme a regresar al seminario. ¿No querrás convertirme, me decía, en un salvaje como ese Raimundo? Yo quería convertirme en un salvaje como Raimundo, pero cobardemente lo negaba. Por eso he regresado, he venido a vivir aquí a mi manera, ya nada ni nadie puede imponerme un estilo de vida. Y tenía que ser aquí. Todo lo que he vivido fuera no cuenta en mi conquista personal. La casa en que nací es hoy mía, y todo lo que ocurre en ella me pertenece.

Había tanta firmeza en su voz que Justa se preguntó cuántos demonios habría vencido para sentirse tan seguro.

—El mismo impacto que ejerció Raimundo sobre mí en aquel tiempo lo ejerciste tú años más tarde. Él me hizo saber que la libertad existía, y tú me comunicaste que el poder está en la voluntad.

Justa le miró asombrada, pero no pronunció palabra. Le gustaba la sonrisa de Felipe que anunciaba un nuevo regreso al pasado.

—Era un día de primavera muy caluroso —rememoró Felipe como hablando para sí—. Yo estaba convaleciendo de alguna enfermedad y por eso me hallaba en Olmeda. Salí a pasear, y vi aquel horizonte. Me paré a mirar la lejanía que parecía moverse con las ondas del calor, que parecía avanzar. No me encontraba bien y creí que alucinaba —las manos de Felipe eran largas y cuidadas, las de Bernal anchas y fuertes, ¿cómo serían ahora?—, aquel horizonte seguía ondeando y una mancha oscura se dibujaba en él, se hacía y se deshacía. No era una persona, ni un animal. No sabía lo que era, pero avanzaba y se iba perfilando. Y cuando finalmente pude distinguirlo resultó que eran una persona y un animal. Diana la Cazadora, te llamé desde entonces. La aparición se convirtió en una joven esbelta, una adolescente, que transportaba en los hombros a un ciervo gigante. Muerto. Dejaba una estela de sangre detrás de sí. Y aquellos ojos tan grandes, que miraban pero no veían, que veían más allá. Y un ciervo gigante que no pesaba sobre sus hombros, que vaciaba su sangre en las trenzas de la muchacha, en su vestido de primavera...

Felipe parecía un cuentacuentos. Pedro dejó de trabajar y escuchó con igual atención que Justa, como si la historia no les perteneciera a ellos tanto

como a él. Justa hizo un esfuerzo por reconocerse. Recuerda, pero no recuerda.

—No recuerdo haber encontrado a nadie en el camino —le dijo.

—Yo fui el primero que encontraste, luego te vieron muchos otros, todos te seguimos, y tú no nos veías.

—Yo solo vi a mi padre. Aquel día cumplí quince años y encontré a mi padre.

—Y ¡menudo susto se dio! —intervino Pedro, reconociendo por fin la historia y a Justa dentro de ella—. Aquello fue apoteósico, no se habló de otra cosa durante mucho tiempo en el valle de Olmeda.

—Aquel encuentro fue para mí muy importante —dijo Felipe—. Creí por primera vez en la palabra de Dios.

—¿De Dios?

—Sí, de Dios. Él había dicho: la fe mueve montañas. Tantos años en un seminario y a mí aquello no me decía nada. A partir de aquel encuentro empecé a comprender. Lo que tenía delante de mis ojos no se correspondía con ninguna ley física. Desde entonces lo supe. La voluntad es lo que cuenta, la voluntad y la fe. Ella pudo cargar con aquel ciervo, yo también puedo cargar con este nuevo desafío. Y con ese estandarte he vencido muchas dificultades que me parecían insalvables. Por eso te andaba buscando, tenía muchas ganas de conocerte por mí mismo, aparte de la insistencia de Bernal en que te localizara.

Estaban los tres sentados en las sillas. Pedro había vuelto a dejar el trabajo.

—¿Bernal? —preguntaron Justa y Pedro a la vez y con igual intensidad—. ¿Viste a Bernal?

—Sí, me dio muchos recuerdos para todos, especialmente para vosotros dos. —Felipe añadió caritativamente a Pedro en el encargo de Bernal.

—¿Recuerdos sin más? ¡Joder!, ¿y no dice nada de regresar a su tierra, o de una visita o algo por el estilo?

Justa callaba, ella no tenía derecho a unirse a la indignación de Pedro.

—Seguro que algún día volverá. Ahora le retienen muchas cosas, trabajo, familia, amigos...

—La familia de allí no cuenta. Creo que se casó y que ya anda separado. La parentela la tiene aquí. Y en cuanto a amigos...

—Tiene un hijo de doce o trece años que es majísimo. Él vive solo, pero ya lo conocéis, su casa parece la posada de los Crispines.

—Me alegra que en eso no haya cambiado, pero insisto en que debe volver. Aquí se le necesita para enderezar las cosas. Lo nombraríamos alcalde...

—Déjate de alcaldes. Te digo que sigue siendo el mismo, un seductor nato, aunque no trata de que nadie le siga ni de imponer sus ideas. Tiene un pequeño apartamento en San Francisco y una casa de campo en la montaña. Sería difícil sacarle de allí. Los alumnos lo adoran, las mujeres lo adoran y los animales también. Ha creado en torno a sí una especie de cosmos independiente donde no hay reglas ni estructuras. Todo parece funcionar solo. Ha montado en la casa de campo un laboratorio de investigación biológica. La puerta está siempre abierta, incluso cuando él no está, y los alumnos lo utilizan a su antojo. También tiene allí montada una fragua y hace unas esculturas de hierro muy curiosas, figuras extrañas, que van poblando el bosque cercano. No las vende, pero la gente está empezando a peregrinar hasta allí solo por verlas. Por suerte el acceso hasta su casa es difícil y solo se puede llegar a pie, e incluso se requieren algunos conocimientos de escalada. Eso le ayuda a preservar un cierto grado de intimidad. Te gustaría ver aquello, Justa.

Me ha dicho Bernal que te está esperando, que lleva años esperándote. Y a ti también, Pedro, por supuesto.

—Me parece más fácil que venga él —dijo Pedro—. Aquí en España tiene a su familia, los padres en El Sillar, las hermanas casadas —una en Barcelona y otra en La Coruña—, y aquí en Olmeda sus antiguos amigos.

Justa pensó que prefería que Bernal no viniera. Ella no se sentía aún preparada. Todavía no se había convertido en un pájaro de los que saben volar. Le gustaría ser ella la viajera, la que llegara cargada de historias al mundo de Bernal. ¿Sería eso posible algún día?

Fuera se estaba fraguando una tormenta. Felipe se ofreció a acompañar a Justa hasta el molino, tenía el coche a la puerta. Salieron sujetándose el uno al otro para resistir la fuerza del viento.

—Me dio esto para ti —dijo cuando estaban en el coche, sacando un paquetito del bolsillo—, y me pidió que me hiciera amigo tuyo. Yo estoy dispuesto a cumplir el encargo con sumo placer, aunque se necesita la voluntad de ambas partes.

La tormenta estalló por fin estrepitosamente seguida de abundante lluvia. Justa abrió la ventanilla y respiró hondo. «Me encanta el olor de la tierra mojada», dijo. Y sonrió hacia Felipe sellando la amistad.

Cuando se despidieron, Justa llevaba el paquetito de Bernal en la mano sin abrir.

Desde entonces se vieron con frecuencia. Él vivía en la casa de la Oliva y ella en el molino, cada uno en una punta del pueblo, alejados de los demás. Él había viajado por el mundo, y ella había soñado con hacerlo. Tenían mucho de que hablar, muchos libros que prestarse, muchas músicas que compartir. Bernal le había enviado a un amigo, un amigo que la estaba ayudando a restaurarse, a recuperar la imagen de cómo era ella cuando alguien estaba a su lado queriéndola de verdad. La casa de la Oliva ejercía un poder de atracción tan grande sobre Justa que al principio llegó a creerse enamorada de Felipe. Después se dio cuenta de que la afición que le tenía no nacía del amor, sino de una amistad cada vez más profunda, que llenaba muchos huecos de su vida solitaria. La pasión de Justa le ayudó al principio a vencer todos los obstáculos, a desafiar las miradas y los critiquéos de los vecinos, que cada tarde la veían cruzar valientemente el pueblo hacia la Oliva, y también tuvo que enfrentarse a Ignacio, porque no interrumpió las visitas, aunque sí la frecuencia, cuando él estaba en casa y se pasaba el día en la taberna. La casa de la Oliva era para ella una isla en medio del valle de Olmeda. Una isla internacional, porque Felipe había creado en ella un mundo diferente. Llegaban visitantes de todas partes y se quedaban largas temporadas. Felipe se llevaba moderadamente bien con la gente del pueblo, y fue el primero en romper las reglas y en prescindir de la aprobación de los demás para crear su vida. Y milagrosamente fue aceptado. Tenía un gran amigo, Erik, que se instaló allí casi de forma definitiva. Erik era francés,

chapurreaba el español, y se hizo amigo de los hombres de la taberna, al compartir con ellos la afición a la bebida y al juego del cinquillo. Con esas dos distracciones necesitaba pocas palabras. Viajaba mucho, siempre con el saxofón a cuestas, y se unía temporalmente a grupos de *jazz* con los que tocaba en países europeos y a veces en América. Luego regresaba a la Oliva, y parecía que no tuviera otra vivienda. Erik y Felipe formaban una extraña pareja. Uno era alto, delgado, delicado e intelectual, y el otro pelirrojo, recio, de corta estatura y esencialmente vitalista. Además de músico, Erik era un excelente cocinero y de vez en cuando Justa cenaba con ellos, aprovechando que Ignacio estaba en la mar. Cada vez que Justa iba a visitarlos, atravesando el pueblo entero o acortando por atajos, le parecía que cruzaba muchas fronteras, rompía tabúes y saltaba muros hasta llegar a un país libre donde se respiraba tranquilidad y cultura, donde podía apoyar tranquilamente la cabeza sobre el pecho de su amigo y llorar lágrimas de felicidad.

Ignacio no podía comprender el cambio que se iba produciendo en la escultura de Justa, cada vez más audaz, menos sometida al criterio ajeno. El cambio en su forma de expresión iba parejo al cambio en su carácter, que se volvía indomable, y él rechazaba ambas cosas. Odiaba a los amigos de Justa, incluso a los compradores que le proporcionaba Felipe y que la animaban a seguir en la nueva línea. Siempre que, en presencia de Justa, se refería a Felipe y Erik, los llamaba «ese par de maricas». Sin embargo, cuando los encontraba en el pueblo o en la taberna, procuraba hacer buenas migas con ellos y demostrar a los demás que eran sus amigos, y se comportaba con una especie de sumisión que a Justa le dolía tanto como su desprecio. Era como si los demonios de su infancia no lo hubieran abandonado, y volviera a sentirse inferior y pequeño frente a algo que él consideraba inalcanzable. Justa se pregunta a veces qué será ese algo que a Ignacio le duele tanto no poseer, ¿cultura?, ¿buen gusto?, ¿o simplemente seguridad? Piensa que si hubiera sabido descubrir a tiempo dónde nacía exactamente el complejo de inferioridad de Ignacio, quizá hubiera podido ayudarlo a superarlo. Ahora ya es tarde.

Durante mucho tiempo intentó introducirle en su mundo íntimo, hacer de él su cómplice, su compañero. Pero fue inútil y terminó por desistir y

hasta por no desearlo. Las conversaciones con sus nuevos amigos le permitían avanzar en su camino, alejándola paso a paso del estrecho mundo de Ignacio. Y se le abrían otros mundos en los que no estaba loca, a los que debería salir, y en los que podría contrastar su obra con la de otros artistas. Sus amigos, como Amadora, la están ayudando a desatascar el pasado. Por fin todo va a fluir y ella va a encontrar el camino que la conducirá al mar.

En el paquete encontró un pedazo de madera de enebro y un trozo de hierro pulido. La madera y el hierro, ella y Bernal. Pero Bernal era todo o nada. No podía ser todo, por lo tanto tenía que ser nada. Bernal y el abuelo, dos recuerdos que se superponían y la astillaban por dentro. Cada vez que asomaban, cerraba a cal y canto la tapa de los recuerdos. Corrió al molino y escondió las dos piezas en el armario ropero, una junto a la otra, detrás de las sábanas de la abuela. Y de vez en cuando saca el trocito de enebro y aspira su olor, y palpa con deleite la forma lisa y pulida del hierro, y vuelve a colocarlos juntos, bien unidos, arropados por las suaves sábanas de algodón, lejos de las miradas ajenas, como si no supiera que solo Bernal y ella son los iniciados que pueden entender el símbolo de esa unión.

«Cuando tu madre esté mal —le había dicho Jacinta una noche en la cantina—, no vengas aquí. Vete a casa. No importa la hora que sea, tú entras directamente en el cuarto de Bernal. Tiene una cama grande, suficiente para los dos».

La Candela la había mirado con fiera. «¿Y qué le pasa a la cantina?». «Nada, Antonia, por Dios. Usted ha sido una bendición para esta niña. Pero los niños tienen que estar con los niños, y Bernal y ella se entienden muy bien».

Antonia tuvo que reconocer que Jacinta tenía razón. Además, el Puercoespín no era un niño cualquiera. Le quiso nada más verle. «Las mujeres se van a morir por ti —le dijo sacudiéndole el pelo rebelde—, porque tienes todo lo que hay que tener para rendirlas de amor». Y la Candela sabía de esas cosas. Y del bien que esa amistad estaba haciendo a su niña, que hasta entonces había sido una pizca que no medraba, y que se puso a crecer desde que conoció a Bernal, y los trajes que le iban año tras año se le quedaron, por fin, pequeños; las pesadillas nocturnas la abandonaron; y por las mañanas se moría de impaciencia por salir de casa y encontrarse con su amigo.

Justa sabe que ha seguido creciendo a lo largo de su vida para Bernal, siempre para él, para merecerle el día en que vuelvan a encontrarse. Y cuando las fuerzas empezaban a fallarle, él le envió a Felipe, el amigo que la ayudó a salir del pozo negro en el que se estaba dejando caer. Con Felipe pudo hablar de otros temas distintos a las aburridas comidillas del pueblo, y conoció en su casa a otros artistas, aprendió nuevas técnicas y recibió críticas constructivas sobre su propio trabajo. Así, con la ayuda indirecta del propio Bernal, siguió creciendo para él.

¡Qué obsesión con el cuadro!, por algo será. Justa ha despedido a Ignacio por la tarde. Y de pronto está sola en el molino, completamente sola. Se ha metido en la cama y las sábanas están heladas. Se tumba de costado contemplando el cerezo. Y recuerda: aquella mancha húmeda y cálida que envolvía a los dos en un círculo mágico. «Bernal, nos hemos hecho pis otra vez». No podía ni concebir que aquella mancha no le perteneciera a ella tanto como a él. «No importa, mañana lo solucionamos». Claro que no importaba, la mancha eran ella y él juntitos en aquel círculo en medio de una gran cama. Y la solución fue Isidra, la Crispina, que pidió a Jacinta ocuparse del cuarto del chico, porque la Ramona siempre andaba quejándose y despotricando. Decía que se negaba a meter la escoba por los rincones porque aquello estaba lleno de bichos, unos dentro de los frascos y otros fuera, y que ella no podía soportar ni a los unos ni a los otros.

Al no poder tener hijos propios, los Crispines adoptaron en su corazón al niño, y desde que Isidra la Crispina tomó el mando, el almacén de Bernal se convirtió en un paraíso. Entre Bernal y Crispín se estableció un intercambio continuo de favores. «Toma, guárdame eso en las estanterías de allá al fondo, que a mí no me cabe», y le pasaba Crispín algún saco de patatas, bidones de aceite o sacos de harina recién traídos del molino. A cambio, le apartaba los botes de cristal vacíos de la mayonesa y de aceitunas para que guardara los bichos muertos y las piedras en agua, y le ayudaba a construir anaqueles con la madera de las cajas de sidra. Y además estaba el Canelo, un perro sin amo, que había dormido muchos años en el almacén y que no se acostumbraba a dormir al sereno. Como estaba muy flaco, se colaba por las noches entre las rejas del patio que daban a la calle y rascaba la puerta de Bernal. Dormían juntos en la cama sin que Jacinta se enterara. Por las mañanas, Isidra ponía las sábanas a orear en la ventana para que perdieran el olor a perro vagabundo. Enrique y Jacinta,

que estaban muy ocupados con las clases y las mellizas, aceptaron gustosos la serenidad que llegó con Isidra. No volvieron a oír quejas ni de sábanas mojadas, ni de bichos, ni de nada. Y, aunque sospechaban lo que allí ocurría, decidieron no meter baza en el mundo feliz de su hijo.

La Crispina cuidaba amorosamente de Bernal, y no consentía que nadie le riñera. Si los padres se sentían obligados a hacerlo, procuraban alejarse de ella porque siempre estaba preparada a salir en su defensa, sin atender a razones, como leona con su cachorro.

Cuando Bernal mojaba las sábanas, ella calentaba agua y bañaba a los dos en un barreño redondo. Justa disfrutaba más que Bernal con aquellos mimos que ella también recibía.

De nuevo el círculo y el agua. Bernal y ella juntos en un círculo de agua, ¿el mar? Hasta que un día la abuela dijo que ya eran grandes para bañarse juntos en un barreño, que ya eran grandes para dormir en la misma cama, que ya eran grandes para bañarse desnudos en la alberca del molino. Y rompió el círculo matando la inocencia.

Toda la noche se debatió en pesadillas de agua y de mar. Como cuando vivía con su madre y esta le traspasaba sus sueños de naufragios. Y ella, que apenas conocía el mar, ya sabía de su poder despiadado. Y veía a aquel hombre sin rostro hundiéndose en sus aguas y bajando a las profundidades, y se despertaba sudorosa gritando «¡Roberto! ¡Padre!», y nadie acudía, porque en su casa de Olmeda los muros eran gruesos, y sus padres además estaban rodeados por muros imaginarios que los cercaban en un mundo en el que ella no estaba incluida.

Hacía tiempo que no tenía esas pesadillas. En otras ocasiones, veía a un hombre solo en una barca, rodeado de mar y de angustia, tratando de encontrar el camino de regreso hacia su amada, perdido en la inmensidad.

Felipe también le había contado un sueño parecido que se había repetido muchas veces en sus noches, hasta que logró vencerlo. Braceaba él a contracorriente en medio del océano inmenso. Delante aparecía siempre una

barquita que se balanceaba suavemente sobre las olas. Una voz le decía que se subiera a ella, que era su única posibilidad de salvación, pero él se resistía, y seguía braceando, exhausto, a contracorriente. Al principio no sabía por qué se negaba a subir en la barca, y el sueño seguía repitiéndose, hasta que un día lo supo. Él deseaba llegar a una orilla del mar, a una playa, llena de personas como él. Quería ser igual a los demás, llegar a la orilla y fundirse con ellos. Y sabía que la barca iba a alejarle de aquella orilla, y a llevarle a otros confines desconocidos a los que él pertenecía a su pesar...

Una noche, en sueños, oyó una voz que le decía: «Tú no eres como ellos, como los habitantes de aquella orilla, nunca llegarás a ellos, ni te fundirás con ellos, porque eres diferente. Sube a la barca y asume tu destino». Y subió a la barca y su vida cambió. Nunca volvió a tener ese sueño.

OceanofPDF.com

Por la mañana la despierta el sol, colándose tímido entre las ramas. Ha dormido mucho, ha vaciado su cansancio de los últimos días. Los perros han regresado de sus correrías y están tumbados delante de la puerta aprovechando el sol efímero. Lamen parsimoniosamente los rasguños y heridas que han traído como trofeo de numerosas batallas.

Se siente paralizada, como si todo el impulso reservado para este momento permaneciera a la espera de un motor de arranque. Se levanta de la cama y se mete en la ducha para despejarse. Después baja a la cocina, enciende el fuego y se sienta frente a él. Las faenas de la casa pueden esperar. Ya nada urge, solo los temas pendientes con los que ha de enfrentarse antes de volver a visitar a Amadora.

Las llamas y el humo, el oro de los hayedos y el cielo gris. Tardes de otoño que pasaba junto a Amadora contemplando la marcha de los patos silvestres.

«Me llaman, Amadora. Quiero ir con ellos».

«No te llaman, es solo un saludo».

«Tengo dos vidas, Amadora. Una que quiero vivir y no vivo, y otra que no quiero vivir y vivo».

«Explícamelo».

«Cuando pasan los patos siento que me llaman y quiero ir con ellos, y en vez de acudir a su llamada, sigo sentada en el aula de estudios, donde no quiero estar».

«Solo son sensaciones equivocadas, vives la vida que quieres vivir. ¿Te gustaría realmente marcharte con los patos y no volver a verme hasta un año más tarde, y no volver a ver a Bernal, ni a Antonia, ni a tus padres?».

«No».

«Entonces no te vas porque no quieres. Cuando de verdad quieras ser pájaro y volar, volarás».

Los ojos de Amadora eran muy distintos a los de ahora, ojos rasgados, de un azul claro inquietante; ojos de los que Amadora a veces perdía el control y giraban sobre sí mismos. Cuando la encontraba en ese estado, sentada en el suelo contra el roble y con los ojos erráticos, Justa no se asustaba. Sabía que no debía molestarla y que Amadora no era consciente de su presencia. Se entretenía entonces con la tierra arcillosa de la orilla del río, moldeando figuritas que luego deshacía, conservando una sola que dejaba sobre la mesa antes de marcharse, a modo de saludo.

Un día Amadora le habló del poder.

—¿Recuerdas las ocas que se alejan en el cielo formando un triángulo? Se van protegiendo una a otra con el ala. Sin embargo, hay una que no necesita protección, la que abre el vuelo. Lo llamamos el pájaro guía. No se distingue en nada de los demás, no es más grande ni más bello. Es como todos, pero es consciente de su poder, y los demás, que también lo tienen, lo ignoran. Con nosotros ocurre lo mismo, queremos protegernos bajo el ala del pájaro que nos precede, porque no somos conscientes de nuestro poder.

—¿Qué pasa cuando se descubre el poder?

—Cuando se descubre el poder, se encuentra la libertad. Ya nada cuesta, nada es difícil.

—¿Raimundo lo descubrió?

—Raimundo era un pájaro independiente, pero podría haber llegado a ser guía. Y lo mismo ocurre contigo.

—Yo he sentido algunas veces el poder de los Monteserín.

—¿Qué poder es ese?

—Es como un relámpago, un momento en que lo entiendes todo, y las personas tienen luz, y los colores tienen música... Cuando se lo conté al abuelo, él me dijo que yo tenía el poder de los Monteserín.

—No existe ningún poder que pertenezca solo a los Monteserín. Esa clarividencia de la que me hablas, está al alcance de todos. Existen diferentes formas de llegar a ella. A veces viene dada gratuitamente, sin que sea necesario salir a su encuentro. Eso es lo que ha ocurrido repetidamente, a lo largo de las generaciones, en la familia Monteserín. Cuídate de hablar de ello.

—Ya me lo dijo el abuelo.

Con el primer dinero que ganó con la venta de sus pájaros de madera, Justa compró una pareja de ocas, que fueron multiplicándose hasta formar una gran bandada. Cada año, al paso de los pájaros migratorios, unas cuantas la abandonan uniéndose al vuelo de las aves silvestres. Justa las ve partir con alegría hacia su libertad, mientras Ignacio se exaspera porque no lo puede comprender. No entiende por qué se ha tomado Justa el trabajo de construirles un cercado para protegerlas de la raposa, ni por qué ha tenido él que invertir dinero en ello, para que las deje luego marcharse alegremente. Tampoco comprende que se críe a un animal cuyo fin no sea ir directamente al puchero.

La impotencia de Ignacio frente a la tenacidad de Justa para seguir haciendo las cosas a su manera, ha estallado algunas veces en crisis de violencia, que no la asustan por ella misma, sino por sus hijos, que observan con disgusto los desafueros del padre, y cada vez la culpan más a ella por su insumisión que no les permite vivir tranquilos.

Ignacio no la comprende porque no la ama.

Ella no comprende a Ignacio porque no le ama.

Los hijos quieren salvarse de su desamor.

¿Debería haber intentado dejar de ser Justa para convertirse en la mujer de Ignacio? Su interior se rebela. Ningún sometimiento o anulación de personalidad le parece aceptable. No se trata tampoco de que cambie él, lo que ocurre es que tienen energías contrarias. Seguro que existe la persona que sabría calmar la insatisfacción de Ignacio y hacer aparecer en él sus mejores cualidades. Ella sabe que existe alguien en el mundo capaz de potenciarla.

Las ocas son fieles, conservan para siempre la misma pareja. Quizá ella se haya equivocado por tanto observarlas, porque esa posesión de la pareja las conduce al dolor y a la crueldad. Siempre tiene que proteger a alguna de los picotazos de las demás. Suele ser una oca que ha quedado desparejada y que las demás acribillan hasta la muerte por temor a que les robe su ganso.

La vida es como el Juego de la Oca.
Un recorrido en solitario,
una sola ficha por jugador y dos dados comunes.
Todo está entramado.
El camino interior
es el tablero del juego,
que contiene pruebas fundamentales.
Ella las ha ido recorriendo una a una,
y no ha llegado al final.
El final parece inalcanzable,
es lo bonito del juego.
Su dificultad.

Cuando cayó en la casilla de la cárcel
tuvo que pagar, y quedó retenida tres jugadas
viendo pasar la vida sin poder participar.
También cayó en el pozo,
y pudo salir gracias a su traslado al molino,
donde supo reenganchar con el juego de la vida.
Quien cae en la casilla de la muerte
paga y vuelve a empezar el juego desde el principio.
En la casilla de la muerte la encontró Amadora,
y la hizo retroceder hasta la primera casilla.
Ahora está volviendo a jugar, con la misma ficha
y con distinta suerte de dados.
Si lo hace bien llegará al final,
y se llevará lo acumulado en el bote,
que es la fiesta de la vida que ha ido apartando,
reservando para el final.
Y conseguirá alcanzar la meta,
porque cuenta con la ayuda de las Ocas,
que son el Arte en su vida,
que la hace avanzar en volandas,
saltando varias casillas de una sola tirada,
para caer en otra Oca
donde el tiempo vuelve a suspenderse
en una forma de éxtasis
que la conduce más allá.

DE OCA A OCA Y TIRO PORQUE ME TOCA.

OceanofPDF.com

Desde la ventana ve acercarse a Antonia a la huerta vecina. Ya no es la Candela, fuerte y alegre, que la estrechaba de niña entre sus brazos. La alegría de Antonia se eclipsó con la muerte de José, el molinero, que debió de representar para ella el ave que la precedía en el vuelo. Bajo la protección de su ala había sabido sobrellevar los terribles palos que le había asestado la vida. Desaparecido él, perdió toda referencia con la fuente de ánimo y fuerza que en ella parecían inagotables. ¡Qué mal supo entender Justa toda la historia cuando la descubrió aquella vez! Ese era uno de los temas que la escocían por dentro, por no estar resuelto, por no saber enfrentarse a él sin una carga abrumadora de culpabilidad.

Sale a la puerta de casa para saludar a Antonia. Tiene que gritar para superar el graznido de las ocas. «¡Pásate, Antonia, cuando acabes!». Sabe que no necesita decírselo, la Candela ha reanudado sus tareas en la huerta, solo por obligarse a salir de casa, y sobre todo por acercarse al molino donde vive Justa. Mientras ella remueve la tierra de la huerta, Justa prepara un café de puchero.

—Son ochenta años, hija, y yo ya no soy la de antes. —Antonia se sienta en la silla de enea que fue de la abuela—. A mí los sillones esos no me van. Te quedas hundido y luego no hay quien te levante. Perdí el gusto por la vida, no es más que eso, pero cuando se pierde, ya no hay fuerzas que te sostengan.

Antonia se sirve varias cucharadas de azúcar en el café. Ha depositado unas bolsas sobre la mesa de la cocina. Son berzas para el caldo y nabizas para los animales, se disculpa: ahora no hay otra cosa.

No puede evitar comparar a la Antonia que tiene sentada frente a ella con la que vio hace poco en el viaje que le proporcionó Amadora hacia el pasado. ¿Dónde están la risa y el canto, y aquella energía que parecía

incombustible? No se trata solamente de la edad. La Candela desapareció hace muchos años con la muerte de José el molinero.

Justa va empujando la conversación hacia un terreno en el que lleva años sin querer adentrarse.

—Tu abuelo era mi sustento. Si no hubiera sido por él, de qué habría yo aguantado tanto. Nadie sabe lo duro que es que le arranquen a una los hijos pequeños de su lado, del pecho, como me arrancaron a Santiaguín, y que maten al marido en tus propias narices. Solo lo sabe la que lo ha pasado. Después vinieron los años de cárcel, que pasé sin un desfallecimiento, solo porque le sabía a él luchando por sacarme de allí. Él y Lisa, los dos, recogiendo dinero, hablando con unos y con otros. Año tras año, no dejaban pasar una semana sin venir a visitarme, trayéndome lo que no tenían para ellos. Y trataban de alegrarme, pero también llorábamos muchas veces.

«Cuando consiguieron sacarme, regresé a Olmeda sola y con las manos vacías. Mis hijos estaban internos en aquellos colegios donde los habían metido. Al menos allí algo comían y podían completar sus estudios. ¿Qué podía darles yo, si me lo habían quitado todo? Y allí estaba él, Justa, siempre atento, que con solo mirarle se multiplicaban mis fuerzas. Ahora que ya soy vieja y que nada importa, te puedo contar la historia completa».

Justa respira hondo. Ha llegado el momento de sacar a la luz aquel monstruo de su infancia, para verlo reducirse a cenizas.

—Tú también fuiste un regalo para mí. Cuando José te depositó en mis brazos recién nacida y me dijo: «Cuídamela, Antonia, que Aurelia está muy enferma». Eras tan chiquitina y tan tierna como mi Santiaguín cuando me lo quitaron. ¡Y cómo lloraba la criatura! Pareciera que lo entendiera todo. Y más tarde, un día en que yo te cantaba: «Duérmete niña que viene el coco, y se lleva a los niños que duermen poco...», me puse a llorar y tú me mirabas con esos ojos que se comían el mundo, porque nunca me habías visto llorar, «¿por qué lloras, Antonia?», y yo no podía contestarte. Porque un día había venido el coco y se había llevado a mis niños todos. Y yo tenía el llanto de mi Santiaguín clavado en el pecho, y nunca más pude cantarte esa canción que les cantaba a ellos.

Los ojos de Antonia están secos, pero su voz se ha quebrado.

Justa le sirve un traguito de orujo.

—¿Cuál es la historia completa, Antonia?

—Tienes razón, hija. Se me escapa el hilo del pensamiento. Ya no hay forma de sujetarlo. Pues la historia empezó cuando el principio de la guerra. Yo tenía entonces veinte años. Bajaba todos los días al molino a echar una mano en las faenas de la casa. Empecé a venir aquí cuando nació Aurelia, a quien también críe yo, aunque no quiera recordarlo. No tendría yo más de trece años y ya me apañaba bien con los niños, porque me gustaban con locura. Entonces había mucho trabajo en el molino, porque no había otro en la comarca y bajaban de todos los pueblos a moler, y tus abuelos no daban abasto. Y eso que también vivía con ellos Amadora, porque Amadora y José eran dos hermanos que se querían muchísimo, a rabiar se querían. Eran los pequeños de ocho hermanos, y los mayores emigraron todos y nunca volvieron. Ellos dos se quedaron el molino y lo sacaron adelante. Pues ni entre los tres, y mira que eran trabajadores, podían con todo. Y además la gente había tomado la costumbre de bajar aquí a dirimir sus pleitos, y consultaban tanto a Amadora como a José, y Lisa también intervenía, porque a menudo los que venían enfrentados ya se habían pegado por el camino, y tu abuela los curaba con un preparado a base de raíz de consolda. En esta casa reinaba una armonía muy grande que parecía que no pudiera acabarse nunca. Pero la gente empezó a darse cuenta de que en Amadora había algo más que buen sentido, y ya andaban diciendo que adivinaba el pensamiento y que si esto y que si lo otro. «Ten cuidado», decía José, «ya sabes que la gente rechaza lo que no entiende. Límitate a ver la superficie, no hurgues más adentro». «No puedo remediarlo», contestaba Amadora, «veo lo que veo». A pesar de ello prometió a su hermano tener prudencia.

Antonia mira fijamente a Justa y mueve la cabeza de un lado a otro.

—La guerra empezó a cobrarse los primeros muertos y fueron llegando las listas de los desaparecidos, y entre ellos estaba un hermano de Lisa al que ella quería mucho.

Se limpia los ojos con la punta del delantal.

—Lisa fue entonces y le suplicó a Amadora que hiciese un esfuerzo por ver si descubría dónde estaba su hermano, y Amadora se puso a ello, ya sabes, con ese poder que tiene, y vio.

Vuelve a hacer una pausa para calmar la emoción.

—Le vio desangrándose en un granero y supo dar cuenta exacta de dónde estaba. Lo encontraron y lo salvaron. José, que también tenía el don de la profecía, suplicó discreción para que nadie se enterara de cómo habían localizado a su cuñado Daniel. Pero Lisa no supo hacerlo. Ya sabes, los Sedeño no son como los Monteserín: mucha suavidad, mucha dulzura, mucho señorío, porque fueron de los pocos que se hicieron ricos en América, y al regresar deslumbraron a los vecinos con aquello del piano y la biblioteca de caoba, toda llena de libros, porque al padre de Lisa le gustaba mucho la lectura, y esa fue una afición que compartió con su yerno José. Pero les falta esa fuerza y esa sabiduría, y Lisa no fue capaz de guardar el secreto. Pronto hubo cola delante del molino, y Amadora vio muertos pudriéndose en una zanja y vio huidos por el monte. Y la gente no quería eso, quería héroes de guerra para rescatarlos de una amenaza de muerte, para recuperarlos como habían hecho los Sedeño con su hijo Daniel. Empezó a correr la voz de que Amadora era bruja y tenía ojo de mal agüero, y eso es lo que José había estado temiendo, porque sabía de algún antepasado suyo que había sufrido calumnias de esas. Y a la gente le dio por hablar y por aumentar, y cuando el río se crece es difícil de contener. Y en tiempos tan malos como los que corrían no puede uno andar perdiendo el tiempo, porque la gente busca chivos expiatorios para vengarse del mal que está sufriendo. Así que José salió con ella una noche y la acompañó hasta la frontera con Francia y allí la despidió.

Antonia se queda pensativa y triste. Justa respeta su silencio, aunque siente ansiedad por llegar a la historia que le interesa.

—Cuando regresó, José ya no era el mismo. Llegaba trastocado. También Amadora volvió completamente cambiada años más tarde. Entretanto, nunca se recibieron noticias de ella y fueron años muy duros en el molino. Ya no se respiraba aquella paz. José callaba, pero se le escapaba por los ojos la rabia contenida. Y Lisa se sentía culpable, y tampoco hablaba. Y la pobre Aurelia, que aún era niña, y no entendía, también sufrió lo suyo. Ella estaba muy prendada de Amadora y había llorado en su ausencia todos los días. Y digo yo, que ahí fue cuando empezaron sus rarezas, porque cuando Amadora apareció, a Aurelia le dio por ignorarla, como si no le perdonara que se hubiera marchado. O sea, que el que más o

el que menos, todos sufrimos trastorno. José andaba como desquiciado, no lograba olvidar, y eso le traía loco. Nadie lo había visto antes así.

Antonia regresa a su mirada ausente y Justa la apremia.

—Sigue, Antonia.

—Un día, regresando de uno de aquellos paseos salvajes que se daba por el monte, se encontró conmigo. Tenía yo entonces veinte años, y le quería desde que era niña, desde aquel día que estábamos en la siega y bajé yo a buscar la comida que preparaba mi madre. Eran unas ollas tremendas, qué digo ollas, entonces eso ni existía, que eran unas perolas de piedra que pesaban una barbaridad, y mi madre preparaba allí el arroz para unos catorce o quince, que lo hacía con guisantes y con oveja, porque tampoco era cordero, eran ovejas o cameros ya mayores, que lo tenías que tener cociendo no sé cuánto. Y metía la perola en una cesta y yo tenía que subir toda la cuesta aquella con la cesta en la cabeza. Y yo ya me moría, la cabeza se me rompía, no tendría yo más de quince años. Y me vio el molinero. Iba yo que no podía más. Al molinero le tenía mucho respeto, porque le consideraba un hombre mayor y muy guapo, que sí lo era, y muy señor. Y me dijo: «Te voy a ayudar yo». Y el pobre cogió la cesta y se la puso él a la cabeza y me la llevó hasta donde la siega. Y aquello fue extraordinario, porque los hombres nunca llevaban nada a la cabeza. Y desde entonces me puse a quererlo, le quería porque era bueno, pero después le quise mucho más.

»Bueno, pues entonces, años más tarde, un día lo vi venir de aquella manera, con la mirada sombría y el gesto hosco, que no era él. Sentí un calor por todo el cuerpo, y supe que ese calor tenía que dárselo a él. Y le coloqué la mano así, en el vientre, y le dije: “No es bueno que ande usted así, tiene que desahogarse o le va a ocurrir una desgracia”. Porque cada muerto que venía a sumarse a la lista le enloquecía de dolor, y después estaba lo de su hermana. Y él ahí retenido, decía, porque lo tenían para moler grano para las tropas, para los asesinos, decía él, y un día le iban a oír, y por menos se cargaban a un hombre.

»Fue la primera vez que nos amamos en el monte.

Y, cómo te diría yo, pareció que toda la fuerza que llevaba él contenida me la pasara a mí de un solo golpe, y que mi calor lo calmara a él. Me sentí

a los veinte años la mujer más dichosa del mundo, y la más afortunada. «Gracias, Antonia», me dijo, porque comprendió que lo hacía por él, aunque también lo hice por mí. Y desde entonces yo dejé la ventana de mi alcoba abierta para cuando quisiera venir a desahogarse...

»Así fue, y las cosas fueron calmándose en el molino. José y Lisa volvían a entenderse, y mientras tanto, yo me casé. Y José dejó de venir a visitarme, aunque mi marido estuviera ausente, porque respetaba el matrimonio. Yo me dediqué a criar a los hijos, que venían uno por año, hasta que pasó lo que pasó.

—¿Y cuándo pasó?

—Fue en el cuarenta y ocho. Aquellos años fueron aún peores que los de la guerra. Se mataba a la gente por nada, al amparo de la ley, y con los huidos, pobre gente, fue una persecución a muerte. En nuestra casa acogíamos a todo el que venía y le echábamos una mano. Pero la mala gente nos denunció, y esa fue nuestra desgracia.

—¿Y qué pasó con José cuando saliste de la cárcel?

—Él me debía un favor y supo cumplir con ello. Al poco de llegar yo, vino a visitarme. Después ya nos dábamos cita en el prado, en los montes, donde podíamos. Así, hasta que se murió.

—¿Llegó Lisa a saberlo?

—No sé si lo supo, pero nunca me lo tuvo en cuenta. Cuando José murió, quedamos muy unidas. Como sabes, me vine con ella a vivir al molino. Solo me traicionó al final, la muy tunanta. Lo debió de preparar con mucho sigilo para que yo no me enterara, ni una muestra de enfermedad, ni una mala cara, nada. Quería irse sola con José, ya ves tú lo que podía yo molestarles, dejando el cuerpo en tierra. La mañana que la encontré muerta en la cama, supe que ya estaba con él, por la sonrisa de felicidad que tenía en los labios.

Ya se han recogido las vacas en los establos. Justa está sola y pensando en ponerse a trabajar, cuando ve aparecer al viejo Saturnino. Trae, como siempre, los ojos brillantes de alegría. Aprovecha cualquier ocasión en que un coche baje de su pueblo a Olmeda para darse una vuelta por el molino. Ha perdido fuerza y ya no camina como antaño.

—Es por haber coches que se nos hacen las piernas débiles, si no los hubiera de qué me iba a quedar yo reducido al pueblo. Sírreme un refresco, Justa, que vengo seco.

Se sienta frente a la mesa de la cocina. No prueba el alcohol desde que se lo prohibió el médico. Tampoco fuma. Justa le recuerda en tiempos de su infancia, cuando venía a ayudar en las tareas del molino, colgándole una colilla siempre de los labios.

Hoy Saturnino dispone de poco tiempo porque está pendiente del regreso del paisano, que ha bajado solamente a ajustar el precio de las patatas. Depende de lo que él se entretenga. Aprovecha, como siempre, para sacar a relucir sus buenos tiempos, y contarle a Justa sus devaneos amorosos.

Cuando el paisano pasa a recogerlo, Saturnino se levanta con pesar y abraza a Justa, que los acompaña hasta la cancela, y desde allí los despide hasta que los ve desaparecer en la curva de la nueva carretera. Después regresa a la soledad de la casa vacía. Se le han ido las ganas de trabajar en las esculturas, pero no le preocupa. Es un tiempo de descanso y de silencio.

Abrázame, Saturnino, acaríciame. Mi piel te pertenece. Antes de conocerte yo no sabía que era suave, yo no sabía que era rica, que tenía un tesoro escondido en mi cuerpo. Yo no tenía nada, y apareció este cuerpo mío cuando tú lo tocaste. Tus manos ásperas sobre mi vientre, Saturnino, no las apartes. ¡Entra más dentro, Saturnino!, más fuerte, hasta lo más hondo de mis entrañas. ¡Quiero retenerte, sujetarte dentro de mí! Dame un hijo, Saturnino, dame un hijo que sea como tú y que permanezca a mi lado. ¡Ay!, se me desgarran las entrañas, porque tú te vas a ir, porque tú te estás marchando. Te vas con unas y con otras, y cada una retiene una parte de ti. Ya casi no te siento, ya no pesas sobre mi cuerpo. ¡Un hijo, Saturnino! Si me dejas, se acabaron para mí los hombres. Nunca más me acercaré a ellos. ¡No me dejes!, Saturnino, me muero por ti...

Justa se despierta húmeda y sudorosa. ¿Qué le ha pasado durante el sueño? ¿Se ha convertido en la mujer de Deva, la que abandonó Saturnino y enloqueció? ¿O era otra de tantas historias que él va contando con esa impudencia que casi lo convierte en inocente? La noche de los lobos, y aquella muchacha que quiso retirarse prudentemente antes de caer la tarde porque tenía que regresar sola a su pueblo a través del monte. Él la convenció para que se quedara bailando con él, con la promesa de acompañarla más tarde hasta su casa. Era una noche oscura y se oían los lobos aullando en la lejanía. Justa había vivido la historia como en piel propia cuando Saturnino se la contaba. Y había sentido escalofríos cuando le describió que llegaron a un claro del bosque donde las sombras se hacían más amenazantes y se olía el miedo, ese que ronda por los cuerpos cuando el lobo está cerca. La chica se agarró a su brazo para sentir seguridad, y a él le recorrió una ola de deseo. «Yo te he acompañado porque quiero esto», le

dijo, y Saturnino hizo un gesto significativo que Justa comprendió como también lo había entendido la muchacha. «No quiero —dijo ella—, yo no quiero hacerlo». Y él permaneció tranquilo, pero no se conmovió ante sus súplicas. «La cosa es así —le dijo—, y yo no te voy a forzar. Tú eres libre de hacer lo que quieras. Si no quieres hacerlo conmigo, yo me doy la vuelta y sigues tú sola». La noche oscura, los lobos, el miedo agazapado en el estómago, Justa lo sintió todo como si fuera aquella mujer. «Pero si quieres —siguió hablando él—, lo pasamos bien un rato, y luego yo te acompaño hasta tu casa». Y la voluntad de Justa también había cedido ante el terror a seguir sola. ¿Fue solo el terror lo que la impulsó a ceder? A menudo Justa se lo ha preguntado, como quizá también se lo preguntó la muchacha aquella. ¿Por qué tenía ella esa capacidad de meterse en la piel de las mujeres que Saturnino seducía? ¿Se trataría acaso de una necesidad de su propio deseo insatisfecho? ¿No las estaría, en el fondo, envidiando en vez de compadeciendo?

Saturnino contaba tranquilo porque tenía una conciencia tan ancha como el valle de Olmeda. Había proporcionado placer y dolor en igual medida. ¿Quedará eso en algún lugar compensado?

¿Qué había hecho ella con Bernal, el único hombre que la había amado de verdad, el único a quien ella había amado, a quien seguía amando todavía? Ella no actuó como Saturnino, no le proporcionó placer y dolor. Solo dolor. Fue un desajuste de tiempos. El cuerpo de Bernal estuvo preparado antes que el suyo y cuando su necesidad se hizo urgente, ella apenas empezaba a percibir el despertar de sus sentidos. Y tenía demasiadas historias acumuladas en su cabeza, historias que se instalaron en su conciencia desde la niñez, historias de terror narradas al amor de la lumbre en la cantina y en el molino, cuando ella se sentía única y diferente, cuando entrenaba la fuerza de su pequeño cuerpo para poder defenderse de los hombres. Bernal quiso ser hombre demasiado pronto, o fue ella la que tardó en hacerse mujer. Cuando su propio deseo se convirtió en necesidad, Bernal estaba lejos y apareció Ignacio encarnando a Roberto. Un simple desajuste de tiempos que desencadenó la infelicidad.

—¿Quién se divierte jugando con nuestro tiempo, Amadora? ¿Quién juega con las manecillas del reloj para que las cosas no encajen, para que todo se pierda sin remedio?

—Nadie maneja nuestras vidas. El tiempo no existe. No dejamos encajar lo que no queremos que encaje.

—A mí me habría gustado que encajara.

—Cuando quieras volar, volarás.

Justa apoya la cabeza en el regazo de su madrina como cuando era niña. Siente una gran paz, como entonces.

—¿Dónde está Juana, Amadora?

—Salió.

—¿Tardará mucho en volver?

Amadora sonríe.

—¿Sabías que yo iba a venir?

Amadora alarga sus finas manos y palpa la cabeza de Justa. Suavemente va masajeando la nuca de su ahijada. Un estremecimiento recorre el cuerpo de Justa. Después, una especie de vértigo se apodera de su mente, y la llena de grandes círculos concéntricos que se van empequeñeciendo hasta desaparecer, arrastrándola en un túnel que parece aspirarla.

Camina por un bosque cogida de la mano de Saturnino. Siente una ligera sensación de malestar. Recuerda los lobos, la presencia amenazante del propio Saturnino.

Los árboles son altos, muy altos, y las hierbas también. Por los lugares en que está crecida, la hierba la cubre por completo, le cosquillea en la cara

y no ve. Sigue caminando cogida de la mano de Saturnino, quien ya solo le inspira seguridad. Él también es muy alto, él que nunca lo fue. Ahora Justa comprende que se ha vuelto niña y que de ahí nace su seguridad, su confianza ciega. No puede existir ningún peligro que él no sepa sortear. A partir de ese momento, Justa pierde todo contacto con el presente y se sumerge por completo en un capítulo de su infancia. Juega con la mano que la sostiene, acaricia el anillo reluciente que parece incrustado en uno de sus dedos. «¿Me lo dejas, Satur?». «Pídeme lo que quieras, menos el anillo. Si lo pierdo, Asunción podría matarme». «¿No decías que yo era tu novia?». «Claro que lo eres, mi novia favorita, pero Asunción es mi mujer y ella es la que manda». «¿Se puede tener novia y mujer?». «Se puede tener lo que se quiera, pero hay que saberlo manejar. ¡Mira por dónde te voy a hacer un regalo!». Salen de la hierba a un campo cuajado de arándanos. Se paran los dos a recoger los frutos que Justa come a dos carrillos. «¿Tú no comes, Satur?». «Otro día, hoy son para ti, pero mira cómo te estás poniendo, ¡vaya una novia!, si no eres más cuidadosa, tendré que buscarme otra».

Ríen y se persiguen. «Estoy cansada, Satur, súbeme a cuestras». Saturnino se agacha. «Pon las piernas aquí, sobre mis hombros, como si fueras a caballo». ¡Cómo cambia el paisaje! Saturnino canta mientras camina: «¡Oilalalí, oilalalá!». Justa canta también mientras retira la boina de la cabeza de su amigo y enrosca los dedos en su pelo ensortijado. «¡Ya le veo, ahí está! ¡Para, Satur, bájame, quiero ir andando!». «¡Ah, bribona!, no quieres que el abuelo sepa de tus mimos, ¿eh? ¡Ahora quieres hacerte la valiente!».

Todo cambia en presencia del abuelo. Justa sabe lo que puede hacer con uno, y cómo tiene que ser con el otro. José está serio, con la pipa apagada en la boca, palpando el tronco de un árbol.

—¿Lo vas a cortar, abuelo?

—Sí.

—No le harás daño, ¿verdad?

—No, no le haré daño.

—A mí no me gusta verlo.

—No es fácil al principio, pero quiero que te acostumbres. Quien va a trabajar con la madera tiene que saber de dónde viene.

—A lo mejor yo no voy a trabajar con la madera.

—Sí, sí vas a trabajar con ella. ¿Dónde están los hacheros, Saturnino?

—Están al llegar.

El aire se ha vuelto denso. Ya no hay risas transparentes, ni es tiempo de juegos. El abuelo sigue mirando al árbol. Saturnino se ha quitado la boina y la sujeta en las manos como si estuviera en misa.

—No le voy a hacer daño, Justa. Para ello he esperado a la buena luna, y al tiempo de reposo. Ahora la savia está dormida. No va a sentir nada, y su madera seguirá viva en el arca que haré con ella. Tu abuela necesita un arca, ¿sabes?, para guardar la ropa sobrante. Fabricaré un buen mueble y la madera de este árbol será respetada siempre. Quiero que tú lo sepas, como ya lo sabe él.

—Ahí llegan los hacheros, don José —dice Saturnino con voz ceremoniosa.

—Bien, dispongámoslo todo.

Los hacheros desconocen la importancia del momento. Cada vez se oyen más fuertes sus risas y sus chanzas, pero el aire vuelve a aquietarse cuando se acercan a la presencia callada y solemne de José.

—¿Dispuestos?

—Dispuestos.

—Apártate, Justa —dice Saturnino—. No, ahí no, más lejos. Podría saltarte una esquirra.

El roble se alza inmenso cerca del arroyo.

De pronto, una pregunta se instala en la mente de Justa. Una pregunta que nunca formulará porque teme que se convierta en certeza. Una pregunta que teme que ya se haya convertido en certeza solo por haberla imaginado.

¿Y si el árbol te matara a ti, abuelo?

Un grito que sofoca en su garganta, porque no quiere que se haga realidad.

¿Y si el árbol te matara a ti, abuelo?

La pregunta está en el aire, creciendo como un gigante que los abarcara a todos.

Las hachas empiezan a hendir la madera: toe, toe, toe. Siguen profundizando sin descanso. Saltan las esquirlas alocadamente. Saturnino se da la vuelta para comprobar que ella se mantiene bien alejada. Toe, toe, toe...

¿Y si el árbol matara al abuelo?

Toe, toe, toe... Ya el árbol queda sujeto en un finísimo soporte, a punto de caer.

¡Cuidado, abuelo!, piensa sin llegar a pronunciarlo.

El abuelo coge una cuerda larga atada a un gancho y la lanza hacia las ramas superiores, alto, muy alto. Tira con firmeza hasta sentirla bien enganchada. Justa permanece inmóvil, llena de inquietud. Tres o cuatro hombres tiran de la cuerda hacia el punto que el abuelo señala. Luego corren todos en espantada para evitar los golpes de las ramas.

El árbol está caído y el abuelo se yergue inmenso en su lugar. Justa seca con su vestido las lágrimas calientes que corren por sus mejillas.

—Te dije que no sufriría —dice el abuelo, posando una mano fuerte sobre su hombro.

—Estoy contenta porque no te ha pasado nada.

El abuelo la coge en sus brazos.

—¿Y qué me iba a pasar?

—Nada, abuelo, nada.

—Anda, lávate la cara en el arroyo, estás llena de chafarrinones.

OceanofPDF.com

Regresa lentamente al presente, como si una marea suave la depositara en la orilla con un ligero vaivén. Siente la presencia de Amadora y tarda en abrir los ojos, su interior está en calma y quiere prolongar ese momento.

Amadora está frente a la ventana, pero sus ojos miran hacia dentro. Parece sumergida en otro tiempo y probablemente lo esté. Un rayo de luz juguetea con un mechón de su cabello blanco.

—¿Cuándo llegará Juana?

—Está al llegar. Debes aceptarla, es una buena mujer.

Justa observa una estantería llena de figuritas de arcilla. Las que ella fue dejando a lo largo de años como saludo a su madrina. Juana las limpia regularmente y no se ha roto ninguna a pesar de su fragilidad. Siente una ola de amor hacia Juana.

—Yo también la quiero, Amadora.

A lo lejos un puntito negro va zigzagueando ladera arriba.

—Ahí está Juana.

—No tardes en volver, ya nos queda poco tiempo. Hemos ensanchado la brecha. Vendrán todos a visitarte, los vivos y los muertos. Déjalos pasar.

OceanofPDF.com

Está sentada bajo el emparrado junto a su abuela, con la cesta de costura por medio. Han despertado los primeros moscardones que zumban monótonamente a su alrededor.

—¿Qué debo hacer para dar esta forma a la cintura?

Lisa mira el dibujo que le tiende su nieta.

—Pon la tela sobre la mesa.

Saca del bolsillo una cera azul con la que dibuja en la tela. Justa admira la precisión de su trazo.

—Es preciosa la costura, no sé cómo no lo descubrí antes.

—Sí, hija, estás irreconocible. ¡Quién lo hubiera dicho! Claro, llega la edad de presumir, y ya no sobran los vestidos. Pero tienes que hacer más caso a tu abuelo. Anda triste. Has abandonado tus tallas de madera. ¡Si vieras lo orgulloso que estaba de ti! Hay tiempo para todo, hija. Deberías subir al taller de vez en cuando, aunque solo fuera por contentarlo.

—Ya no me apetece... Además, me gusta estar contigo.

—A ti te ha pasado algo, y por más vueltas que le doy no logro dar con ello.

—De verdad que no, abuela, no me ha pasado nada; con el abuelo ya estuve mucho tiempo, ahora te toca a ti.

OceanofPDF.com

AZUL

OceanofPDF.com

Justa se dirige hacia el molino. Los bordes de la calzada están cuajados de campanillas silvestres. Ha llegado el azul a emparejarse con el amarillo. Ya despuntan en los viñedos los matacandiles, y en las huertas invade la flor de la borraja. Es cerca del mediodía y debería hacer un poco de compra, pero no le apetece acercarse al pueblo. Puede seguir apañándose con los huevos y las patatas.

Por la brecha que ha abierto Amadora acaba de aparecer Lisa, su abuela, pero Justa no está preparada aún para llegar a ese capítulo de su vida. Siente un nudo de culpa enganchado en la boca del estómago. Antes de llegar ahí tiene que recorrer un camino, sanearlo.

Mientras pela las patatas vuelve a pensar en su abuela. Ella ha llamado a la puerta y tiene derecho a entrar, pero debe retroceder en el tiempo, rescatar recuerdos anteriores. Estaba tan feliz con su abuelo recién recuperado, que no quiere llegar tan rápido al capítulo en que ya lo ha perdido.

—«Érase una isla en medio del océano. Y en aquella isla había un pueblo donde nació Manuela la Sabia. En aquellos tiempos no había leyes ni castigos. Los ladrones y los bandidos acampaban a sus anchas y eran ellos los que dominaban a las gentes e imponían su ley. Todos los habitantes estaban atemorizados y entregaban el grueso de sus ganancias a aquellos bandidos por miedo a que los mataran...».

—Todos no, abuela.

—No, todos no, pero aguarda, Manuela la Sabia no había nacido todavía.

A Justa le encantaban los cuentos de su abuela, porque no eran los cuentos corrientes que saben todos los niños y que vienen en los libros. Eran historias traídas del otro lado del mundo adonde muchos Sedeño habían emigrado. Durante un tiempo el cuento de Manuela la Sabia fue su favorito, y le pedía a su abuela que se lo contara casi todas las noches que pasaba en el molino. ¿Cómo no se cansaría su abuela de repetirlo y de contestar las mismas preguntas vez tras vez?

—¿Por qué la llamaban la Sabia?

—Porque nació hablando y desde niña siempre sus palabras fueron justas y sabias.

—Justas como yo.

—Sí, y además siempre habló, como tú debes hacer.

También comprende ahora Justa por qué su abuela eligió ese cuento que sin duda, además, modificó. Era la única a quien preocupaba la ansiedad de su nieta por querer parecerse a su hermano muerto. Y el cuento produjo gran efecto en Justa, no solo porque la heroína hablara, sino por el uso que sabía hacer de la palabra, y sobre todo por la valentía con que se enfrentaba a la vida.

«En el tiempo en que crecía Manuela, dominaba a las gentes el peor bandido que la isla hubiera conocido jamás. Era cruel y despiadado, la parcela de su casa estaba sembrada de huesos triturados de niños, y los habitantes de la isla temblaban con solo oír mencionar su nombre. Los hombres se confabulaban en la taberna y se envalentonaban anunciando que iban a darle caza y captura. Pero la realidad era que ninguno luego se atrevía. Manuela creció oyendo hablar del bandido Borobón, pero nunca dejó que el miedo llegara a dominarla. Cuando cumplió quince años se decidió a actuar, para lo cual antes quiso conocer al bandido con sus propios ojos, y así poder medir sus fuerzas. Acercó un taburete a la fachada de la taberna donde estaba Borobón cobrando el tributo a los campesinos y se asomó al ventanuco. Lo que vio no la impresionó. “Es de carne y hueso —dijo bajándose del taburete—, como todos los demás. Puedo con él. Lo mataré o lo conquistaré”».

Después la abuela narraba con voz serena una serie de episodios sangrientos que dejaban bien asentada la crueldad de Borobón. La historia estaba entretejida por las emocionantes aventuras de Manuela la Sabia tratando de derrotar al bandido. En varias ocasiones tuvo la oportunidad de matar a Borobón y a sus secuaces después de haberlos dormido con una pócima, y Justa se desesperaba tanto como los habitantes de la isla de que no aprovechara la oportunidad. Pero Manuela tenía otros planes: había decidido conquistarlo, a pesar de su maldad. Borobón trató varias veces de asesinarla, incluso después de la boda aceptada por él como stratagema para cazarla. Manuela no se inmutaba por ello y ninguno de esos intentos le causaron el menor daño porque los tenía previstos. Finalmente, Borobón cayó definitivamente rendido a sus pies. Formaron un matrimonio unido y querido por todos, ya que Manuela consiguió que Borobón repartiera el tesoro acumulado en sus saqueos a los habitantes de la isla, y que aprovechara su fuerza para el trabajo y la ayuda a los demás. Mientras él vivió ningún otro bandido pudo adueñarse del temor de las gentes y todos vivieron felices y comieron perdices.

El día en que Justa cumplió quince años se despertó llena de desasosiego. Seguramente Manuela la Sabia la había visitado en su sueño nocturno para comunicarle que había llegado el tiempo de actuar. Pero, actuar ¿contra quién? Ningún monstruo visible rondaba Olmeda. Salió de su casa temprano como acostumbraba, con los libros bajo el brazo, camino de la parada de autobús. Los techos de paja de los hórreos humeaban bajo el efecto del sol sobre la escarcha. Las hojas tiernas de los árboles brillaban cargadas de rocío. Y sintió la llamada. No tuvo el menor reparo en abandonar la carretera y tirar para el monte. En un cruce de caminos cogió el de la derecha, que llevaba varios meses evitando. Y llegó al remanso del río. Mantenía todos sus sentidos despiertos, como un animal al acecho. Bueno, aquí estoy, se dijo, y no pasa nada. Se sentó en la lancha, que era una gran piedra lisa desde la que le gustaba escuchar el rumor del agua. Los recuerdos dolorosos la dejaron tranquila.

Quizá sea esto lo único que va a ocurrir, pensó. He vuelto a conquistar mi piedra, he vuelto a sentir paz en ella. Pero seguía alerta, como esperando algo que había de llegar. Y oyó una especie de lamento, como un ladrido lastimero. Venía del juncal junto al agua del arroyo. Se levantó presurosa y se dirigió hacia allí. Al apartar los juncos se encontró con una mirada húmeda y suplicante. «No te voy a hacer daño», murmuró con voz dulce mientras acariciaba la cabeza del animal. La escena la transportó a otro tiempo, cuando paseando por el monte Saturnino y ella oyeron un vagido lejano. Se acercaron entonces y descubrieron a una cierva joven que acababa de parir y miraba a Saturnino con impotencia y temor. Saturnino también la acarició para tranquilizarla y, de pronto, el cervatillo, que permanecía acurrucado junto al flanco de su madre, levantó la cabeza y lanzó un vagido. «¡Mira! —dijo Saturnino a una niña que no cabía en sí de emoción— ¡es como tú, todo ojos y orejas!».

La escena que tenía ahora frente a sus ojos no era una promesa de vida como aquella. El ciervo que yacía a sus pies reposaba la cabeza en un charco de sangre y el brillo de sus ojos se iba tornando opaco. No hay tiempo que perder, pensó Justa, y sacando fuerzas de flaqueza arrastró al animal hasta el río para lavarle la herida del cuello que ya estaba cubierta de hormigas. Y entonces ocurrió el desastre: al contacto con el agua la sangre manó en mayor abundancia, y Justa, que sujetaba la cabeza del ciervo para mantenerle el hocico fuera del agua, notó que se escapaba de él el último hálito de vida. Primero se apoderó de ella un gran desamparo. De nada había servido querer atender la súplica del animal. Raimundo lo había hecho mejor. Él entendía la naturaleza y habría sabido que aquella no era la solución adecuada. De pronto sus dudas se disiparon y se vio invadida por una fuerza nueva. Ya no se trataba de lo que podía haber hecho Raimundo, sino de lo que había hecho ella. Y quizá había acertado, quizá los ojos del ciervo le estaban pidiendo un poco de compasión y ayuda para acortar la agonía que tanto dolor le estaba causando. Y todavía hubo más, el cuerpo inerte del ciervo dejó de ser un animal sufriente para convertirse en una hermosa pieza de caza, un trofeo de los que su padre se vanagloriaba a veces en las tertulias de la tasca de Crispín. Ella era la hija de Germán, el cazador, y por primera vez sintió que la sangre de su padre corría por sus

venas. Sin dudarle un instante y con una fuerza sobrenatural, que debió de brotarle de su identidad recién adquirida, o del amor a su padre tanto tiempo contenido, cargó el ciervo sobre sus hombros y así recorrió todo el camino hasta Olmeda, cruzó el pueblo sin ver las miradas atónitas de las gentes que se apartaban a su paso, y llegó a la puerta de su casa, donde alertado por los vecinos, y mudo de asombro, la esperaba Germán para recibir el trofeo que ella venía a entregarle.

Tiempo más tarde se enteró de que había puesto a su padre en un compromiso al quedarse un ciervo muerto en época de veda de caza. Pero nadie se atrevió a presentar denuncia y Germán no la recriminó por ello. Muy al contrario, desde aquel acontecimiento la miró con ojos nuevos, como si hubiera sido simultáneo el reconocerle ella a él como padre y él a ella como hija.

Tampoco la riñó por haberse escapado al monte en un día de clase. Esta doble complicidad fue el punto de partida para una relación nueva entre ellos. Desde entonces Germán le pidió que le ayudara de vez en cuando en la bodega. Ya no la veía como una niña molesta, cuya responsabilidad le desbordara. Consciente de la fuerza que había en ella, empezó a contar con su ayuda para trajinar con los barriles y los pellejos de vino, y Justa fue aprendiendo a su lado, de su destreza y su sabiduría.

—¿Por qué compras cada vez alpargatas blancas, padre, si acaban siempre manchadas de vino?

Germán sonrió mientras sumergía las alpargatas nuevas en un tonel de vino y las colgaba luego de unos clavos para que se secaran.

—¿Ves? Ahora ya no le temo a las salpicaduras. Lo mismo ocurre con la vida, y con el dolor. Es mejor sumergirse en ellos de una vez y a fondo, para no andarle temiendo a las salpicaduras.

Tan ensimismada está en sus recuerdos, que Justa no oye la llegada del coche de Felipe y se sobresalta al oír el tamborileo de sus dedos en el cristal de la ventana. Corre a abrir la puerta de entrada y se abraza a él.

—Veo que no te acuerdas de los amigos. ¿Dónde andas metida todo el día? Pasé esta mañana y no te encontré.

—Estuve en la braña de Amadora; tengo muchas cosas que contarte, pero no ahora, necesito un poco de descanso.

—Pues yo venía a buscarte. Ha llegado Erik de París y está preparando una de sus exquisiteces. Dice que se está esmerando para que la compartas con nosotros. Si no vienes, le darás un disgusto.

—Acepto encantada —dice Justa desatándose el delantal—. No conozco mayor placer que el de degustar un plato de Erik en vuestra compañía. Además, estoy deseando verle.

—Me estás haciendo sentir celoso.

—¿De quién, de Erik o de mí?

—De los dos, de la complicidad que existe entre vosotros.

—Toma, consuélate con este vinito mientras subo a arreglarme un poco.

Sube alegremente las escaleras. Necesita el descanso que le brinda Felipe, sumergirse en un presente gozoso. Sabe que bromearán un rato y que después conversarán escuchando buena música y que Erik les narrará sus aventuras con el saxo por los pequeños antros de *jazz* de París. No quiere hablar de sí misma. El tema empieza a agotarla.

Pero Felipe es inflexible, y cuando acaban la comida, después de haberle hecho los honores y haber escuchado los relatos de Erik, la aborda directamente:

—¿Qué pasó en la choza de Amadora? ¿Por qué te encontré tan meditabunda?

—¿De verdad quieres que te lo cuente? Me aburre un montón hacerlo.

—Queremos que nos lo cuente, ¿verdad, Erik?

—No la dejaremos marchar sin su historia.

A Justa le gusta hablar con ellos en francés y Erik lo agradece porque se siente torpe con el español, sobre todo con las expresiones locales que usan tanto Justa como Felipe.

—Está bien, pero seré muy breve y no me hagáis demasiadas preguntas.

—Me muero de curiosidad por saber qué hacéis Amadora y tú en la braña.

—No creas que es fácil de explicar. Amadora me está ayudando y ha abierto una brecha hacia el pasado por la que están desfilando vivencias de mi infancia. Así, me he encontrado hoy con mis abuelos los molineros, con Saturnino de joven y con mi padre.

—¿Y qué te han dicho?

—Saturnino me contó la ternura inmensa que sentía por mí de niña. Debo reconocer que últimamente me tenía enfadada con sus historias y me ha venido bien recordarlo, ahora vuelvo a quererle como entonces. El abuelo volvió a hablarme de la madera y me recordó que era escultora y que tenía que obrar en consecuencia.

—Eso está muy bien, me uno a su consejo.

—Lisa me narró el cuento de Manuela la Sabia, recordándome que no podía permanecer pasiva frente a las dificultades, que tenía que actuar.

—¿Y tu padre?

—Germán me dijo que en el dolor hay que sumergirse a fondo, no andar temiéndole a las salpicaduras.

—¿Y cómo lograron transmitirme tanta sabiduría?

—Lo fueron haciendo a lo largo de sus vidas, y ahora me llegan sus palabras de otra manera. Y hay algo más que Amadora me ha ido transmitiendo de forma sutil. Sus distintas intervenciones sugieren que nosotros inventamos paso a paso nuestra vida. Quizá lo simplifico demasiado...

—He leído hace poco algo parecido. Venía en la prensa, como información de un congreso científico.

La idea venía a ser que la matemática como lenguaje aplicado a la informática podría complejizarse cada vez más hasta poder llegar a calcarse sobre el mundo. De esta forma, llegaría a asumirse como creadora del mundo.

—¿Pretendes que lo entendamos? —pregunta Erik.

—Sin fundamentos matemáticos es difícil de entender, pero la idea es que empieza a haber creación cuando el hombre consigue inventarse la gramática de la creación.

—Es decir, cuando ya está creado.

—Si es verdad que el tiempo no existe, ¿qué más da antes o después?

—Yo tengo una teoría que se parece más a la de Amadora —dice Erik—, aunque no es exactamente igual. Un día se me ocurrió que nos enviaban a la vida individualmente, entregándonos previamente unos cuantos elementos para que jugáramos con ellos. La vida, en ese caso, pertenecería a un solo individuo, y lo demás sería producto de su imaginación, como si ese individuo inventara una película, ¿lo entendéis? En este momento la duda sería cuál de nosotros tres está creando a los otros dos, o si ninguno de los tres existe realmente y somos producto de la imaginación del individuo original, al que suele llamársele Dios.

—Me parece un poco complicado.

—No me digas que te parece complicado después del rollo que nos has soltado tú. Es lo más sencillo que puedas imaginar. El Juicio Final sería como una entrega de oscars. Se llevaría el premio la mejor película.

—¿Y quién puede haberse inventado esta película de terror?

—¿Por qué de terror?

—Lee el periódico y sabrás por qué.

—Bueno, porque de alguna forma la mente creadora tiene que solucionar el crecimiento geométrico de la humanidad en una tierra que no se expande. La tierra no crece y ha de buscar una fórmula para que sus productos sigan bastando a una población que se multiplica, tiene que generar alguna idea para que el mundo siga siendo posible. No debe de ser fácil. Además, hay otra constante: ese mundo tiene que ser dual. Cada elemento tiene que tener su contrario.

—Pues yo no me apunto a ser la creadora de esta película. ¿Cómo podrías tú, por ejemplo, estar generando algo así siendo al mismo tiempo parte de la humanidad?

—No estoy diciendo que sea yo precisamente el creador, ni trato de justificar nada. Aunque te recuerdo que esos horrores que estamos presenciando ahora como testigos pasivos, los están provocando los seres humanos. Y no hace tantos años que en este mismo lugar se dieron semejantes horrores, y todavía hoy tienes entre tus amigos testigos directos de lo que aquí sucedió.

—Tampoco yo me apunto a ser el responsable. De los tres, solo quedas tú, Erik, y te aconsejo que te borres también de la lista porque te

acribillaríamos cada mañana para pedirte cuentas de lo que está sucediendo. Dejémoslo como está. Mientras no nos aportes más pruebas, te hacemos responsable solo de la comida de hoy y de este café, que está excelente.

Justa sigue meditando. ¿Y si Erik tuviera razón? ¿Y si el árbol te matara a ti, abuelo? ¿No había creado ella esa idea que años más tarde se confirmaría?

Felipe ha puesto un disco de música polifónica. Se deja mecer por la armonía de las voces. Erik saca el saxofón del estuche y acompaña los cantos con una melodía improvisada. Justa se olvida de lo divino y de lo humano, y se siente transportada a otro nivel. De oca a oca y tiro porque me toca.

OceanofPDF.com

El día en que al abuelo se le enganchó un pie en la raíz del árbol y el tronco se abatió sobre él, Justa no estaba presente. No fue casualidad. Ella no estaba allí porque había repudiado a su abuelo, lo había abandonado. Y una culpabilidad gigante se cernió sobre ella por aquella muerte. Una culpabilidad que pesaba tanto como el roble que había caído sobre su abuelo. ¡La maldición del roble!, decían los más viejos del lugar, y Justa recordaba que en los cuentos de esperpentos que se contaban junto al fuego abundaban los mitos de lobos y de robles, ambos portadores de desgracias. Pero ello no vino a aliviarla, y siguió viviendo con ese peso a la espalda, y otros añadidos como consecuencia, hasta que al final se hundió en la muerte espiritual, y ahora tiene que volver al inicio para renacer renovada. Siente un resquemor en la garganta como si las lágrimas quisieran subir en tropel para liberarla, pero no lo consiente. Está demasiado acostumbrada a contener las emociones y, a pesar de la soledad, vuelve a retenerlas.

La ventana de la alcoba permanece silenciosa y negra. Ni el viento ni la lluvia la conmueven esta noche. No hay aviso de resplandor de la aurora. Se viste dando saltos para ahuyentar al frío. Baja al sótano a poner en marcha el generador para tener luz y calor. Observa las aspas del molino quietas y mudas desde hace tantos años, y siente nostalgia del traque-traque que antaño las animaba.

La escalera que sube a lo que fue el sobrado y que el abuelo convirtió en taller de carpintería tiene peldaños de madera que él mismo construyó y que crujen a cada pisada: crac, crac, como los zapatos de charol. Sujeta a la pared por unos ganchos de hierro, una maroma sirve de pasamanos, una maroma que en un tiempo debió de ser blanca y que fue adquiriendo un color pardo oscuro. El color del pasado. De arriba le llega el olor ácido del café chamuscado que dejó consumir la otra noche sobre la estufa. Regresan a ella olores de otros tiempos.

Olor de café con orujo, olor dulzón de tabaco de pipa, olor a cola y a resina.

Una pequeña esquirra se le clava en el pecho, en el rincón de la nostalgia culpable: su abuelo está presente junto a ella. Tantos años apartándole y por fin le ha vuelto a recibir. Ya se siente preparada para jugar su ficha de otra manera. La deposita en la casilla de la comprensión, de la tolerancia, de la compasión.

Después de talar un árbol, el abuelo serraba una sección y la llevaba al taller. Unos días más tarde, tomaba a su nieta en las rodillas y le hablaba de la memoria del árbol, mientras Bernal se entretenía abajo, entre la fragua y el banco de herrero.

Eran palabras mágicas las del abuelo contando cómo en aquel tronco estaban grabadas las lunas y los vientos, las primaveras lluviosas, los años de sequía, los accidentes y las inclemencias del tiempo. Luego ella repetía esas palabras a Bernal, las noches en que dormían juntos. Él le contaba cómo había aprendido a herrar los caballos, y ambos hacían planes de futuro y se prometían no separarse jamás. Él trabajaría el hierro y ella la madera y construirían una casa tan grande como el molino para instalar los dos talleres.

Debajo de la corteza está la albura, le enseñaba el abuelo. Hay que tener cuidado con su madera, es la parte más viva del tronco al estar expuesta a los insectos y a la descomposición, y eso es peligroso para la talla. Luego le hablaba del duramen, compuesto de anillos más antiguos, y de cómo el tiempo va rellenando con resinas y gomas los canales que transportan la savia, resultando una madera compacta y duradera, y más fiable que la de la médula, que tiende a agrietarse radialmente.

—No lo voy a recordar, abuelo.

—Aprenderás con la práctica y lo recordarás, especialmente cuando te equivoques. Así se aprende, cometiendo errores y sabiendo por qué se han producido.

Antes de conocer Justa su vocación de escultora, José hablaba de ello como de un hecho consumado. Se pregunta ella ahora si no sería aquella la vocación oculta de su abuelo, que no se pudo permitir y desvió a los fines más prácticos de la carpintería. En sus ratos de ocio, el abuelo siempre tenía entre las manos un trozo de raíz de boj y una navaja, y con ello se distraía tallando pequeñas cabezas de caballo, o las pipas que después fumaba.

«Borobón, Borobón, el malvado gigantón...», canturreaba ella entre dientes mientras tallaba con verdadera pasión su primera figura.

—¿Sabes quién es, abuela?

—No, ¿cómo lo voy a saber?

—Es Borobón.

—Borobón no era un monstruo, te expliqué que era un hombre corriente.

—Borobón era así.

Entra Bernal.

—A ver si adivinas quién es.

—Es Borobón.

—¿Lo ves, abuela?

Días más tarde Borobón aparece con la cabeza abierta en dos por un gran tajo.

Justa se debate entre la desesperación por haber perdido su obra, y la admiración ante un hecho sobrenatural que ha venido a aniquilar al malvado.

—¿Qué pasó, abuelo?

—No hay ningún misterio: la dejaste al sol y rajó. Es natural, la madera hay que cuidarla, debes mantenerla a temperatura estable, de lo contrario raja. Es como las personas, si pasan demasiado frío o demasiado calor, sufre la piel, los pulmones y todo. Hay que pagarlo.

Igual que ha recuperado a su Saturnino de niña, Justa está haciendo reaparecer a su abuelo adorado, y más tarde perdido: el amor, cuando no

tiene salida, abrasa. Está empezando a sanar la herida y siente su interior como una esponja: las células porosas relleniéndose de una paz nueva, como el duramen rellena las suyas de resinas y gomas. Algo sólido empieza a cuajar. Justa se acerca a los dos troncos de roble que permanecen en espera, ocupando mucho espacio del taller, desde hace más de un año. Ahora ya sabe en qué los va a convertir. Uno está de pie, y el otro tumbado. Y así permanecerán. Visitó al árbol y conversó con él antes de encargarse de lo talaran. Esperó a la luna menguante de invierno, y prometió al árbol respeto para su madera, que seguiría viva en su talla. Y después varios hombres lo transportaron en un camión y tuvieron que seccionarlo en dos para poder izarlo con la polea hasta la ventana. Justa dirigió la operación, que discurrió sin percance alguno. Por eso permaneció serena cuando Ignacio montó en cólera a su regreso.

«¡Un día se hundirá el suelo y se vendrá la casa abajo!».

Justa aprovecha las ausencias de Ignacio para poner en marcha sus proyectos. Es inútil explicarle que conoce la estructura de la casa, que no es locura incontrolada lo que la mueve a actuar, que sabe cuáles son las vigas maestras y el peso que pueden soportar, y que en tiempos del abuelo había allí mucha más madera almacenada de la que ella se ha atrevido a acumular por respeto a los temores que él expresa. Ignacio no escucha los argumentos porque su insatisfacción es constante e inamovible, y necesita nutrirla con cualquier pretexto.

¡Ojalá algún día madure su compasión hasta abarcar a Ignacio por completo! El día que esto ocurra se sentirá liberada del fardo más pesado. Intuye que ese momento está aún lejano, y no trata de acelerar ningún proceso. Se está dejando llevar por un mandato interior.

Tampoco respeta Ignacio el tiempo que ella necesita para madurar una nueva obra, y la acusa de pereza y falta de productividad. No sabe que los troncos van madurando en esta espera, y que ella no ha dejado de trabajar desde que llegaron al taller. Primero eliminó la corteza y la albura y trató la madera con un insecticida. Prácticamente no ha pasado un día sin que subiera a visitarlos y pensara en ellos. Seccionó un trozo de madera, que talló para ver cómo respondía con el paso del tiempo. Los troncos están ahí para que ella se empape de su presencia. Están trabando conocimiento

mutuo. Ya ha «leído» su historia, y sabe cuáles fueron las inclemencias a las que el árbol estuvo sometido. Y ahora está empezando a intuir las formas que van a nacer de ellos: «Lucha entre titanes», «Encuentro de titanes». El primero representará la batalla noble e igual del hombre y el árbol abatiéndose mutuamente. El segundo, la unión de dos fuerzas comunicantes: hombre-mujer, José y Antonia, traspasándose la savia de la vida, la savia de la fuerza que les permitirá resistir los hachazos y las agresiones para seguir adelante.

Va a trabajar en estas dos tallas antes de meterse con la columna de humo. En estas no tiene que resolver problemas técnicos, solo dejarse llevar por la inspiración. Las figuras de humo seguirán madurando en su interior hasta que llegue su momento.

Justa no ve el cielo teñirse de rosa en el tragaluz del taller. Tampoco le avisa el apetito a la hora de comer. Ha caído en una oca que la ha elevado más allá del tiempo y del lugar. El suelo del taller queda inundado de papeles garabateados. Ha amasado la arcilla que mantiene húmeda en un cubo. Están naciendo las formas que más tarde guiarán a la gubia por la madera desbastada.

Al atardecer siente el cansancio que regresa a sus huesos. Oye a los animales alborotados reclamando el alimento. El cielo se ha teñido de violeta y, sin mirar alrededor para contemplar el trabajo realizado, baja a atender las tareas más apremiantes.

Hay vientos que silban dulces canciones y secretos entre las hojas de los árboles; vientos que mecen las ramas a un ritmo cadencioso como abanicos de verano, o que empujan la lluvia contra los cristales, dibujando regueros mágicos que estimulan la imaginación. Y hay vientos feroces que bajan del monte profiriendo amenazas, tronchando ramas que en su caída bloquean los caminos; vientos furiosos que desenraízan alisos, desviando el cauce de los ríos, que levantan tejas de las casas, y que siembran el entorno de desolación.

Esta noche el viento llora y gime a la ventana de su alcoba. Justa piensa en Matías y siente deseos de abrazarlo, de cobijarle junto a ella, como cuando vivían los dos solos en el molino y afrontaban juntos, durante las largas ausencias del padre, las noches de tormenta y los vientos huracanados que batían el monte y lo poblaban de lamentos.

Matías era un niño valiente, que gustaba de resolver solo sus dificultades. Vivía como una debilidad vergonzosa el miedo que se apoderaba de él en esas noches borrascosas, y muy pronto aprendió a afrontarlas sin temor. Justa, que intuía su lucha interna, dejaba sitio preparado para él, y cuando oía los pasitos pararse delante de la puerta de su alcoba, cerraba los ojos como si estuviera dormida. Matías se colaba a su lado y, con la confianza recobrada, se dormía apaciblemente. Entonces ella le besaba y abrazaba tiernamente, con cuidado de no despertarlo. De madrugada, le oía deslizarse furtivamente de la cama y cerrar despacito la puerta al salir.

¡Qué muros férreos había levantado Matías entre su sensibilidad maltrecha y los demás! ¿Cuándo empezarían sus primeras demarcaciones?

Las suyas le empezaron al momento de nacer, cuando su madre no quiso mirarla. Las de Matías debieron de empezar incluso antes, cuando aún habitaba el útero materno. Recuerda Justa, con culpabilidad infinita, el

rechazo que sintió cuando se supo embarazada. Llevaba un año y medio casada y ya había tenido tiempo de percatarse de su error. Ignacio obtuvo permiso durante un año para trabajar en tierra firme, en la administración, y juntos montaron entonces aquel pequeño apartamento en Baranda, cerca del mar. Justa había estado conforme en salir de Olmeda, donde la ahogaban los recuerdos dolorosos de situaciones no resueltas, donde todo le parecía estrecho y mezquino, pero nunca se encariñó del piso de Baranda, que Ignacio se empeñó en llenar de muebles baratos con pretensiones de lujo; muebles muertos, fabricados con tableros aglomerados, recubiertos por finas capas con apariencia de roble o de castaño. Recuerda aquellas esperas sentada frente a un radiador añorando la lumbre del hogar. Y los frustrantes regresos de Ignacio a casa después del trabajo. Él también descubría que Justa no era la mujer de sus sueños. «¿Qué has hecho durante todo el día?», le preguntaba, y ella no podía darle la verdadera respuesta: soñar y leer para escapar de allí; preparar una comida insípida en la cocina de gas, imaginar la llegada de Roberto, el marino aventurero que venía a rescatarla a ella en vez de a su madre; añorar a Bernal y tratar de apartarlo de su mente. ¿Qué le podía contestar a Ignacio, cuyo deseo era encontrarse con una mujer que le tuviera las camisas repasadas y planchadas, que organizara juegos de cartas con las mujeres de otros marinos, que se arreglara para acompañarle a pasear por el malecón con el abrigo de pieles que él le había regalado y que ella nunca se puso? De haber sabido exactamente lo que quería, habría tomado en aquel momento la determinación de separarse de Ignacio, y esto habría sido lo mejor para ambos. Pero se sentía rota y vacía por dentro. No sabía entonces cuántos huecos tendría que rellenar para adquirir consistencia. No, no había sido culpa de Ignacio el fracaso de su matrimonio. Los dos habían llegado a él en pésimas condiciones, buscando la salvación en el otro. En realidad, nunca se quisieron. Justa confundió al forastero que venía del mar, con el marino que adoró su madre y cuyo recuerdo elevó a categoría de mito. Es posible que aquel Roberto solo existiera en la mente de su madre. Es posible que en distintos rincones del mundo haya mujeres esperando el regreso de Ignacio con la misma pasión creadora de Aurelia.

Ignacio también se confundió en el primer encuentro. Aquel día en que llamó por error a su puerta, y Justa le abrió vestida con uno de aquellos modelos que ella misma confeccionaba utilizando visillos antiguos para las blusas, y, para las faldas, telas de viejas casullas moradas y verdes que había encontrado arrinconadas en una iglesia sin culto. Al verse, los dos se quedaron sin habla. Aclarado el error (el amigo que buscaba Ignacio vivía en la puerta de al lado y no estaba en ese momento), Justa hizo pasar a «Roberto» para que esperara allí el regreso de su amigo. Ignacio estaba deslumbrado y volcó toda su energía en conquistar a aquella mujer a la que él consideró elegante y de mundo, con la que podría presumir en sociedad, y cuyos ojos grandes y profundos le mantenían atrapado en un juego continuo de seducción. Justa tiene que admitir que también ella se propuso no dejarlo escapar. ¡Qué mundos tan diferentes imaginaron aquellos dos en ese primer encuentro! Ambos se olvidaron del amigo que vivía al lado y pasaron la tarde charlando apasionadamente. Justa le contó que acababa de regresar de París y que se había instalado provisionalmente en aquel pequeño apartamento de Valle, próximo al de su madre, a la que iba a ayudar a liquidar los negocios familiares. No, no podían vivir juntas porque sus caracteres eran incompatibles y sus mundos casi opuestos. Ella tenía un molino, le dijo, que le habían regalado sus abuelos, y lo estaba arreglando con la idea de trasladarse allí pronto. A Ignacio le hizo gracia entonces la originalidad del piso de Justa. Apenas tenía muebles: una mesa grande compuesta por dos borriquetas y una tabla, sobre la que reposaban sus herramientas de trabajo, y estanterías repletas de telas clasificadas por texturas y colores. El resto eran montones de cajitas apiladas, que Justa abrió para satisfacer su curiosidad. Contenían botones de distintos tamaños y formas. Y le enseñó las creaciones que hacía con ellos: collares, broches, cuadros abstractos.

«Es solo una manera de rellenar un tiempo de soledad y de espera —le dijo—, de acallar voces que no quiero oír. Esto que estoy haciendo ahora me divierte y me entretiene, pero no es lo mío. Sé que pronto lo voy a dejar y que surgirá otra cosa que está gestándose dentro de mí y que aún desconozco».

Ignacio parecía emocionado, y le dijo que estaba seguro de que sería algo maravilloso y que él se brindaba a ayudarla a encontrarlo. Pronto tuvo que regresar a la mar, y se separaron cargados de expectativas para el siguiente encuentro. Ella evitó a propósito mencionar a Bernal, a pesar de la importancia que tenía en su vida. Bernal era casi un hermano, se dijo, el amigo del alma con el que podía compartir su mundo íntimo, mientras Ignacio era el desconocido que venía a completarla, a sacarla de la confusión, a alejarla de los recuerdos y las tristezas que se acumulaban en su interior. Para Ignacio iba a ser una mujer nueva, sin pasado, que nacía en el mismo momento de su encuentro con él.

Quiere regresar al sufrimiento de Matías, que es su máxima preocupación. Lo demás es un entramado de justificaciones que a nada conducen. Quizá está dando tantas vueltas alrededor del tema por miedo a encontrarse con el dolor agudo de la culpabilidad. Matías ha sido y sigue siendo más desgraciado que Lucas. Y ella no ha conseguido evitar su dolor.

No puede culpar solo a Ignacio. Ella sabe que rechazó a su hijo antes de conocerle. Supo que estaba embarazada cuando empezaba a coger fuerza para separarse de Ignacio. Se sentía estancada, sin saber hacia dónde avanzar. La presencia del marido, siempre cargado de objeciones y reproches, le resultaba paralizante. De sus viajes le iba trayendo piececitas preciosas para que las empleara en sus creaciones de collares: diminutas piedras traídas del Perú decoradas con dibujos pintados con pinceles de un solo pelo; trocitos de coral; pequeños caracoles; dientes de ballena. Justa había valorado su buena voluntad, le parecían preciosas aquellas piezas, pero ¿cómo explicarle sin que le doliera que se había acabado su capacidad creadora, que se sentía incapaz de seguir haciendo collares, que solo podía crear a partir de lo que ella misma descubría?

Fue un tiempo muy difícil. Había abandonado también la costura. A Ignacio empezaron a disgustarle los trajes que al principio le habían deslumbrado. Le traía revistas con modelos de trajes de chaqueta que le parecían elegantes, e incluso le compraba él mismo algún vestido.

Mi pequeño Matías, cuando tú diste la primera señal de vida, me pillaste totalmente desorientada. No sabía entonces lo que quería, solo lo que rechazaba. Y rechazaba todo lo que Ignacio me presentaba para convertirme en otra mujer, en la mujer de sus sueños. Yo no podía ser esa, porque yo era otra. No sé cómo explicártelo. Pero no todo fue negativo en mi sentir hacia ti. En un primer momento, es cierto, representabas solamente el vínculo que hacía las cosas más difíciles, que unía mi vida a la de Ignacio para siempre, y entonces deseé que el embarazo se malograra, que no llegaras a convertirte en persona, que sucediera de forma natural lo que le ocurre a tantas mujeres, que pierden el primer hijo por no estar todavía el cuerpo preparado para recibirlo. Luego empezaste a moverte dentro de mí y te fui queriendo. Ya no deseé perderte, me propuse firmemente ser una madre digna de ti. Quise convertirme en el eslabón de la cadena que uniría tu vida a la de tus ancestros. Me di cuenta de que me estaba perdiendo, y que para encontrarme tenía que regresar al origen. Pensé que sería acertado instalarnos a vivir en el molino. Una fuerza nueva nacía dentro de mí. Y esa fuerza, Matías, me la diste tú. Mi seguridad era tan grande que convencí a Ignacio para que nos mudáramos. Él había reanudado su vida de viajes y no le importaba demasiado regresar a un lugar u otro. Estaba muy ilusionado con tu futura llegada y me miraba con una esperanza nueva. Le dije que el molino era mucho más apropiado para formar en él una familia, y que en el estudio del abuelo podría seguir con mis creaciones; que mi energía allí se multiplicaba y que estaba segura de poder convertir el molino en una casa acogedora. Y fue cierto, no le engañé. Existía además otro motivo que redoblaba mi fuerza: no quería que nacieras en una clínica rodeado de seres ajenos. Llegarías al mundo en la misma cama en la que yo había nacido, y en la que nació tu abuela. Te ayudaron a salir las manos expertas de don Damián y los cuidados de Antonia. Fue un parto difícil. Dice don Damián que no querías salir. Acaso querías atender a mi primer deseo, sin saber cuánto deseaba yo conocerte en ese momento. Aunque ya te quería, tu presencia física en el mundo me hizo amarte aún más. Te coloqué junto a mi corazón para que sintieras el ritmo de los latidos que te habían

acompañado hasta entonces. Se me olvidaron completamente el dolor y el cansancio que acababa de sufrir, y permanecimos así juntos varias horas. ¡Me sentía tan feliz de tenerte conmigo! Solo consiguieron separarte de mí e instalarte en la cuna cuando me quedé dormida. Pero ya el milagro se había producido, un milagro de amor inmenso que me iba a unir a ti para siempre.

Justa se sintió mejor después de recuperar y revivir el sentimiento profundo que acompañó el nacimiento de su hijo. Cada vez que más tarde vio sufrir a Matías, le había agujoneado el recuerdo de su primer rechazo. Amadora decía que no debían nombrarse los sentimientos, pero ella todavía no sabía hacerlo. Prefería adoptar la solución de su abuelo, sustituir un nombre por otro. No es que ella hubiera rechazado a Matías, solo se había asustado ante una pérdida de libertad.

En realidad, tenía razón Amadora, ¿qué más daban los nombres! Ella había hecho lo que estaba en sus manos. Por lo menos había luchado y había resuelto, en vez de esconder la cabeza como su madre negándose a la realidad. La decisión de irse a vivir al molino había sido acertada, y le había proporcionado energía para aguantar unos cuantos años más. Pero no había solucionado el problema principal: su incompatibilidad con Ignacio. En el molino ella había vuelto a ser persona, a tener ilusiones. Había nacido solo el siguiente paso que la aguardaba en su proceso creativo al entrar nuevamente en contacto con el bosque, con la madera. En realidad había reenganchado con su verdadera vocación, la que ella misma había sofocado en un afán de separarse de su abuelo. Había sido un acto de venganza hacia José, una trampa de la vida en la que había caído de lleno como una tonta. ¿Por qué había vivido los amores de José con Antonia como una traición por parte de ambos? ¿Qué tenía eso que ver con ella? Se había dado una importancia tremenda, y no había querido saber lo que ese amor podía significar para esas dos personas a las que tanto quería, y que tanto la querían. Solo había pensado en sí misma y en el daño que le estaban provocando. Lisa, sin embargo, había sido mucho más inteligente, mucho mejor persona. Quería a los dos, y los siguió queriendo siempre. Ella debía

de estar al corriente de lo que pasaba. En el pueblo se sabía y Justa había oído ciertas alusiones en la cantina, aunque no lo aceptara ni se diera por enterada. Los vecinos del pueblo, además, no se habían ensañado con la historia. Antonia, Lisa y José eran tres pilares que convenía mantener erguidos. Y entre ellos no se deshizo el amor. ¡Qué complicado resultaba el mundo! Se sentía incapaz de seguir cavilando sobre el tema.

Sus pensamientos vuelven a Matías. Quiere averiguar dónde nació la siguiente frontera, la siguiente demarcación. El primer error lo había cometido don Damián cuando salió de la habitación y se acercó a Ignacio. «Ha costado lo suyo —le dijo—, pero hay un nuevo Monteserín en el mundo». Ignacio se sintió profundamente herido. «No es un Monteserín, es un Fernández». Don Damián quiso tranquilizarle. «Calma, muchacho, pero los que nacen en este molino, para mí son Monteserín, se llamen como se llamen. Los apellidos se cuelan en los lugares, a veces de la forma más insospechada. Y no te creas que este es de muy larga tradición. El apellido Monteserín llegó a este pueblo a lomos de una mula y en la forma de una mujer que vendía quincalla. Resultó que la mujer andaba necesitada, y se paró a trabajar unos días en el molino y tuvo amores con el molinero. De aquellos amores nació un chaval que llevó el apellido de la madre por ser el molinero hombre casado y no poder pasarle el suyo. Y José me contaba que fue así como se instaló el apellido Monteserín en Olmeda. Y a aquel chaval y a su descendencia los llamaban los molineros antes de que uno de ellos comprara este molino, porque las gentes sabían de quién era hijo el muchacho, aunque los padres no hubieran formado nunca pareja».

«Espero —dijo Ignacio a modo de respuesta al discurso de don Damián, acercándose a la cuna— que de Monteserín no tengas ni un pelo. Ya estoy harto de locos y de tarados. Tú eres un Fernández y se lo demostraremos a todos».

Justa estaba demasiado feliz para tomar en cuenta las palabras de Ignacio. La Candela respetó la tregua establecida por la recién parida, pero la aversión que le tuvo siempre a Ignacio aumentó de forma considerable a partir de aquel día. Aurelia no había sido convocada para el parto por decisión de Justa, y llegó a conocer a su nieto al día siguiente. Había ansiedad en su mirada cuando se acercó a la cuna. «Sí se parece, sí —dijo

conmovida—, aunque Raimundo era más guapo». «Pues espero que no se le parezca en lo del habla», contestó Ignacio profundamente picado. «Ojalá se pareciera también en eso», dijo Aurelia soñadora.

Ignacio salió de la habitación dando un portazo. «No me gusta que tu madre venga a ver al niño —le dijo a Justa al día siguiente—, me parece un pájaro de mal agüero».

Justa empezó a agotarse con tantas historias y a desear que se marcharan todos: Ignacio, don Damián, Aurelia, y Antonia..., y que la dejaran sola con su niño. Aurelia y Antonia comprendieron que sobraban, don Damián juzgó innecesaria su visita diaria, e Ignacio, después de un mes, fue reclamado de nuevo por la mar. Justa se quedó sola con su bebé, con su molino, con su intimidad. Cuatro meses para ella, para retomar su vida. No necesitaba ayuda en el cuidado de su pequeño. Los conocimientos que le faltaban los iba proporcionando el instinto, y el bebé creció fuerte y rollizo. ¡Qué época de felicidad, aquella en que la ausencia de palabras era natural y se entendían los dos con miradas y sonrisas! Cuando el niño cumplió dos años sin haber pronunciado una sola palabra, a Ignacio se lo llevaban los demonios, y se descargaba en ella culpando a Aurelia y a sus augurios. Inició con Matías un recorrido por distintos especialistas que, uno tras otro, le confirmaban que el niño estaba perfectamente capacitado y que solo hacía falta un poco de paciencia. Justa sufría en silencio. No tenía a nadie con quien compartir sus dudas y su malestar. Todos los que habían conocido y querido a Raimundo, le aconsejaban que dejara a Matías tranquilo. Quizá Matías iba a ser un niño extraordinario como su hermano, pero ¿y si no lo fuera?, ¿y si solo estaba cumpliendo unas expectativas familiares sin el apoyo de la capacidad de Raimundo?, ¿qué pasaba en su familia?, ¿de dónde vendría esa rareza de negarse a hablar? Volvió a echar terriblemente de menos a Bernal. Solo él habría podido ayudarla, solo él comprendía las cosas de una forma natural y clara. Le parecía que sin el apoyo de Bernal su propio pensamiento perdía consistencia. Entre los dos habían encontrado siempre explicaciones para todo. Pero Bernal estaba inaccesible y ella tenía que defenderse sola. No le importaba que Matías no hablara, empezaba a

establecerse entre ellos una comunicación diferente, como si Matías, al tiempo que ella trataba de enseñarle, intentara por su cuenta enseñarle a ella algo nuevo. Algo así debió de vivir su madre con Raimundo. Se trataba de una experiencia profunda y nueva, difícil de contar. Pero cada vez sus avances eran interrumpidos por los retornos de Ignacio.

Matías alcanzó los cuatro años sin haber pronunciado una sola palabra. La frustración de Ignacio era enorme, y su carácter violento hacía que constantemente agrediera al niño de una forma u otra.

Justa no soportaba ver sufrir a su hijo, y la hostilidad entre Ignacio y ella creció por este motivo. Ignacio amenazó con que si el niño no hablaba para el inicio del siguiente curso, saldría de la casa e ingresaría interno en un colegio, donde, en caso de mantener su estúpida actitud, sería el hazmerreír de los compañeros.

Para entonces Justa estaba embarazada de Lucas y Matías empezaba a separarse de ella. Había captado el malestar que crecía en torno a él y se encontraba totalmente desorientado. Se empezó a crear, sin embargo, una nueva relación en torno al bebé que crecía en la tripa de Justa. Matías se quedaba muchos ratos pegado a ella escuchando el interior. «Hay un bebé ahí dentro —le decía Justa en un nuevo intento por convencerlo—, un niño o una niña que jugará contigo y al que tendrás que enseñar muchas cosas. A lo mejor te gustaría hablar para poder comunicarte con él o con ella...».

De nuevo el miedo. Ella hubiera preferido que su hijo eligiera, pero le estaba obligando, para cumplir las expectativas de Ignacio. Quizá el ave que precedía a Matías en el vuelo fuera Raimundo y le estuviera enseñando a su manera. Justa sentía que no debían oponerse al camino que su hijo parecía elegir. Ignacio no había vivido lo que ella sí había sentido con Matías, esa comunicación gozosa y plena, similar a la que le describía Aurelia con Raimundo.

Un mes antes del inicio del curso, estando Ignacio en casa, Matías se acercó a la cuna de su hermano y miró con interés.

—Esto no parece un niño —dijo con una dicción perfecta—, parece una croqueta.

Ignacio soltó el periódico que estaba leyendo y se levantó de un salto de la silla.

—¡Por fin se ha roto la maldición de Aurelia! —dijo sin conceder mérito alguno al niño, a pesar de haberle estado culpando hasta entonces—. Te has librado por poco —fueron las únicas palabras que le dirigió.

Ni aquel día ni más tarde, le perdonaría el sufrimiento que le había hecho pasar. Parecía que lo viera como un incapacitado, alguien que no es normal del todo. Justa sintió desde entonces a su hijo perdido.

Andaba siempre detrás del padre reclamando su aprobación.

—¿Qué le pasa a este niño?, ¿no sabe jugar? —preguntaba nervioso Ignacio—. Siempre anda detrás de mí como si quisiera algo. Me saca de quicio.

—Ocúpate de él, enséñale, quiere aprender contigo.

—Debería relacionarse con más chicos de su edad, y aprender juegos con ellos. Nunca he conocido a un niño al que haya que enseñar a jugar. Es un Montesión, y yo no sé cómo se maneja eso —contestaba Ignacio, olvidándose que él también había sido un niño solitario.

El viento ha amainado y en el horizonte aparecen las primeras luces de la alborada. Justa se siente dolorida por estos recuerdos que ya no tienen remedio. Se levanta de la cama y enciende el generador para darse una ducha de agua caliente. Con el agua parecen desprenderse de ella los recuerdos molestos. ¡Cómo le gustaría poder comunicar con su hijo! Se abriga bien y se calza las botas. Los dos perros se estiran al ver los preparativos. Van a salir de paseo acompañados, ese es para ellos el momento más grato del día. Al pasar delante del gallinero abre la puerta a las ocas. A ellas también les gusta pasear acompañadas. El gato les sigue de lejos trepando a los árboles. Justa se dirige a una colina para contemplar la salida del sol. Se sienta en una piedra y observa el espectáculo que cada vez la emociona. Trata de enviar la energía que crece en ella a su hijo Matías.

Han pasado quince días desde la marcha de Lucas. Hoy vuelve al molino por primera vez para pasar el fin de semana con su madre.

—¡Cómo te has hecho desear, pícaro! —exclama Justa, abrazándole—. Cuéntame cómo te va en el colegio, y con Aurelia, ¿te cuida bien?

—En el colegio, regular. Todavía tengo que acostumbrarme. Pero la abuela es genial. Ha comprado un ordenador para mí y me prepara unos guisos exquisitos. No conocía bien a la abuela, ¡sabe un montón de cosas!

—Creo que yo tampoco la conozco bien. ¿Qué cosas te cuenta?

—Me habla del mar, y de la vida, y cosas de esas que a mí me gustan. No sé, lo hace muy bien. También se interesa por mis asuntos y me da consejos. Y me deja rebuscar por sus cajones. Por cierto, encontré un papel que escribiste cuando eras pequeña. ¡Jo, qué mal escribías!, ¡está lleno de faltas!

—No sabía que guardara nada mío.

—Es una tarea del colegio. Dice la abuela que se lo dio el maestro y le gustó guardarla como recuerdo.

—No tengo ni idea de qué puede tratarse. Me gustaría verlo.

—Te lo he traído.

Lucas saca una hoja de papel amarillenta y la entrega a su madre.

Raimundo era mui alto y mui fuerte i tenia un cavallo con crines mui largas i rubias que volaba con ese caballo. Salbaba atodo el mundo y todos lequerian porque era bueno y también los animales porque los entendía atodos y mi su madre lo quería mas que anadie y se murió.

—Debía de ser muy pequeña cuando escribí eso...

—A lo mejor, no tanto. Dice la abuela que yo soy mucho más listo.

—No irás a hacer caso de lo que te dice la abuela...

Lucas cambia bruscamente de conversación:

—¡Joder!, me había olvidado. Hay un bicho ahí, pegado a la enredadera de la ventana de la cocina. Lo está pasando fatal el pobrecillo, está temblando de miedo.

Por muy duros que quisieran ser a veces, sus hijos han conservado una sensibilidad especial hacia los animales y no soportan verlos sufrir. Justa se acerca a la ventana y ve un hurón tratando de esconderse en la enredadera. Su padre los utilizaba para la caza. Le viene el recuerdo de cuando se le enganchó uno al cuello, al levantar la tapa de la cesta donde lo llevaban los cazadores.

—¿Te asustaste mucho?

—No, me quedé muy quieta y los cazadores acudieron en mi ayuda. Lo desprendieron sin dificultad, en realidad no quería hacerme daño, solo estaba muy asustado.

A ella también le gustan los animales y siempre ha disfrutado con ellos.

—En una ocasión —le cuenta a Lucas—, el abuelo José me regaló una marta pequeñita que había quedado abandonada a la muerte de su madre. La críe con biberón y la llamé Melisandra, era monísima. Tenía unas manitas muy ágiles con las que descolocaba todas las cosas de los estantes. El abuelo decidió atarla por las noches con una cadena, para que no andara zascandileando. Y verás lo que sucedió: una noche me desperté sobresaltada. El viento crujía en los alisos junto al río, y en todas las maderas de la casa. Era una de esas noches revueltas, que ya de por sí te intranquilizan, y en medio de todo aquello creí oír un arrastrar de cadenas, seguido de una música misteriosa. Me puse a rezar para ahuyentar a los espíritus o serenar mi imaginación desbocada, pero no funcionaron los rezos y aquello seguía repitiéndose. Entonces pudo más la curiosidad que el miedo, y me levanté de la cama. No me hizo falta llegar hasta abajo de las escaleras. Desde el rellano dominé el panorama de la entrada y descubrí a Melisandra. Con esas manitas tan ágiles que tenía, había conseguido deshacer el nudo que la enganchaba a la pared, y andaba paseando por la casa arrastrando la cadena. El piano de la abuela estaba abierto, y en las teclas aparecían las huellas de sus patas. Como tenía el cuerpo tan largo, cada vez que paseaba sobre el piano, apoyaba las patas delanteras sobre las notas agudas, y las traseras, sobre las graves. Esa era la música que yo oía.

La atrapé y la metí conmigo en la cama. Desde entonces dormimos siempre juntas.

—¿Qué pasó con ella?

—Era una aventurera. Un día se escapó y no volví a verla. Imagino que murió atacada por otro animal. De lo contrario, estoy segura de que habría regresado.

Lucas mira a su madre con cariño.

—Me habría gustado conocerte de niña —le dice—. Estás temblando, madre, pareces el huroncillo pegado a la hiedra...

—¡Pobrecito! Se le habrá escapado de la garigola a algún cazador. Alcánzame la chaqueta de tu padre, la que está colgada en la entrada.

Justa intenta apaciguar el temblor de sus manos, de su cuerpo entero. Junto a Lucas, las decisiones que ha tomado sobre su vida se tambalean.

Atrapan al hurón echándole la chaqueta encima y entre los dos preparan una caja de zapatos con algodón mullido para cobijarle. Justa tritura un trozo de carne y lo coloca en el suelo de la cocina.

—Debemos estar alerta con las ocas, porque el hurón es voraz y podría matar a más de una con un mordisco en el pescuezo.

—¿Puedo tenerlo en mi cuarto?

—No te lo aconsejo. A veces desprende un olor muy fuerte.

—Pues aquí huele riquísimo.

—He preparado tu plato favorito. Ahora eres un privilegiado, te mimas la abuela y te mimo yo. ¿No será demasiado?

—Para mí es perfecto.

Después de comer, Lucas coge la bicicleta y sale en busca de sus amigos. Está sano y alegre. Ha escapado del círculo de angustia. Justa enciende un fuego para esperarle. Le siente comunicativo y quiere aprovecharlo. Quiere hablar con él de esas «cosas de la vida» que parece que le gustan y de las que habla con su abuela. Al pensar en Aurelia, vuelve a sentir inseguridad. Está claro que ha pasado a amar a sus hijos sin aceptarla a ella.

Cuando terminan de cenar y se sientan frente al fuego, a Justa se le ocurre contarle a Lucas la teoría de Erik.

—No está mal —dice Lucas—. Yo, de pequeño, pensaba algo parecido. Se trataba de los sueños. Empezó a torturarme la idea de si lo que vivíamos de verdad eran los sueños o la otra vida. Si la vida era la de los sueños, la otra era la soñada. No sé si me explico.

—Sí. Te entiendo. Son pensamientos que nos asaltan sobre todo en la infancia, o en momentos de soledad. Matías también le está dando vueltas a la vida, tantas horas enfrentado al mar...

—¿Has hablado con él?

—Sí. Me escribió una carta muy profunda y muy bonita. Está notando cambios fundamentales en su vida. Creo que va a encontrar su camino. Luego me llamó por teléfono desde Cartagena. Le expliqué lo que estaba pasando en casa y la decisión que he tomado de marcharme por un tiempo.

—¿Marcharte?

—Sí, no pongas esa cara de susto. ¿No os habéis ido todos? También yo necesito dar un paseo, ventilar mi vida.

—Pero ¿marcharte adónde?

—Aún no lo sé. Necesito estar sola.

—Pero si aquí estás sola.

—Quiero ser otra, romper los moldes que construí aquí, entre estas cuatro paredes. Estoy repasando situaciones que viví con mis abuelos, con mi madre, con vosotros. Después, libre de ataduras, necesito salir al mundo.

—No lo entiendo, pero tú sabrás. ¿Qué va a decir papá?

—Ya se lo he anunciado por teléfono. De momento está furioso, como siempre. Se le pasará. Tiene un piso alquilado en Baranda, puede irse a vivir allí y disfrutarlo mientras tanto.

—Estás bromeando...

—No, no lo estoy. Ya es hora de que comprendáis que yo también tengo una vida propia y que tengo que vivirla.

—¿Qué ha dicho Matías?

—Acabó entendiéndolo. Al principio le costaba. ¡Tenía tantas ganas de regresar a casa y encontrarse con sus guisos preferidos, su cama hecha, su ropa planchada...! ¡Lo ha estado añorando tanto!

—¿Lo ves?

—Pero después comprendió que yo quiero ser para vosotros algo más que eso, que un guiso a punto, que una cama hecha, que una presencia en la que descargar las insatisfacciones y las iras contenidas. Me pidió disculpas por los últimos tiempos en los que había estado tan irascible conmigo. Eso me confirmó que mi decisión era acertada. Tiene que haber una reacción a las actitudes para que estas se hagan manifiestas. No quiero decir con ello que se lo tenga en cuenta, ni tampoco te lo tengo a ti ni a tu padre. Pero no es bueno para ninguno que yo siga representando solo eso.

—¿Y qué piensas hacer por ahí fuera?

—Buscarme y encontrarme.

—¿Y si no encuentras nada?

—Entonces sabré que merezco el papel que estoy representando y me resignaré a vivirlo hasta el final.

—Todo eso son excusas. Si quieres marcharte, vete, pero no nos culpes a nosotros. Te gusta hacer dramas de todo...

—¿Quién hace dramas? ¿Quién habla de culpas cuando yo ni siquiera las he mencionado? No existen culpas. Estamos todos en un momento de búsqueda, es una situación interesante.

—Papá te dijo que fueras al médico y tú le prometiste ir.

—Lo voy a hacer a mi manera, tal como le dije. Matías me habló del mar y del vaivén de sus olas. Dice que frente al mar se siente primero impotencia y rabia porque parece indiferente y mudo, que no da respuestas. Pero que si tienes paciencia y sigues contemplándolo día tras día, al final te llega la solución a lo que buscas. He elegido al mar como curandero, prefiero enfrentarme a sus olas que tumbarme en el sillón de un psicoanalista.

—Me gustaría acompañarte, te sentirás muy sola.

—Es lo que necesito, y tú necesitas profundizar en el camino que acabas de emprender. Además, tú siempre estarás conmigo, te llevo muy dentro, como si no te hubieras desprendido de mi cuerpo. ¡Mira!, parece que el hurón también se ha decidido a pasear.

Lucas acerca un trocito de carne al hurón, que ha salido de la caja.

—¿Qué pasaría —dice pensativo— si el hurón se enterara de que somos igualitos a las ocas por dentro?

Justa ríe. Le encanta su hijo Lucas, que tiene un don especial para romper las tensiones emocionales. Sabe colocar el humor hasta en los momentos más graves. Pero pronto le ve recuperar la seriedad.

—Yo también hablé con Matías. Llamó un día a casa de la abuela.

—No me lo habías dicho.

—Porque no sabía que había hablado también contigo.

—Pensaste que me dolería que se acordara más de la abuela que de mí.

—No exactamente eso, pero...

—¿Y qué te dijo?

—Debió de llamar después de hablar contigo, porque sabía que yo estaba allí. Llamaba para hablar conmigo. Estaba triste. Me contó una historia sobre las golondrinas de mar que se posan en los mástiles de los barcos cuando llegan al puerto. Me dijo que eran sus únicos amigos y que él les ponía comida y agua, y que, hacía poco, un marinero había matado a una de ellas para comérsela. Matías vomitó por la noche y se sintió enfermo de soledad y de pena.

—Siempre fue muy sensible con los animales. Tu hermano ha sufrido mucho, por no poder expresar el amor que lleva dentro.

—¿Por qué se mete tanto papá con él?

—No lo sé. Creo que no cumplió las expectativas que él tenía para su primer hijo, igual que yo no cumplo las que tenía previstas para su esposa. Tú tuviste más suerte, eres el único al que acepta.

—Querrás decir la versión modificada. Tampoco yo pude hacer lo que quería, cuando me ponía a pintar o a crear objetos me llamaba marica. Además no me gusta nada el papel de favorito. Me parece injusto para Matías, y creo que eso ha hecho que mi hermano me odie.

—No te odia. ¿A quién ha llamado cuando se sentía triste y solo?

—¡Mira, madre, qué cielo tan bonito! ¿Salimos a revolcarnos en la era?

Corren los dos colina arriba, como hacían cuando Matías y Lucas eran niños. Desde la cima se tiran rodando hacia abajo.

—¡Qué triste es la vida!, ¿verdad, mamá?

Han quedado los dos abrazados en el suelo, exhaustos.

—¡Qué va!

Y ambos ríen muy fuerte para disimular las lágrimas que no quieren dejar correr.

La hierba está húmeda y empieza a refrescar. De vuelta al molino encienden la chimenea.

—Me alegro mucho de que no vayas al médico, porque tú no estás enferma. En todo caso, quien debería ir es él.

Las llamas encandilan sus pensamientos y un viento ligero comienza a mover las ramas de los árboles.

OceanofPDF.com

¿Por qué de repente esa angustia en el alma y ese ardor en el centro del estómago? ¿Qué Mente perversa se divierte creando en ella esa nueva sensación? ¿No ha estado hablando serenamente con su hijo? Se ha sentido segura y dueña de sí misma. ¿Por qué ahora su interior no para de gritar: ¡Dios mío! ¡Dios mío!, como si ella supiera quién o qué es Dios? ¿Dónde están su calma, su seguridad? ¿Por qué le duele tanto que Lucas quiera a Aurelia y que ella se ocupe amorosamente de él? ¿De quién está celosa, de él o de ella? ¿Por qué ahora se resiste a partir y a dejar que siga creciendo ese amor materno-filial entre ellos? ¡Dios mío, no sé lo que hago, ni lo que digo, ni lo que siento! ¿Por qué lo digo? ¿Por qué este dolor? Dímelo tú, Erik, si eres el Creador, ¿cómo justificas esta pena? ¿Solo como contrapunto del placer? ¿Llegaré a conocer un placer tan intenso que compense este dolor incomprensible? Aurelia nunca me quiso, Aurelia no guardó la carta que me trajo Lucas como recuerdo de mi infancia. La guardó porque en ella citaba a Raimundo. El maestro la había alertado de mi obsesión por mi hermano muerto, y ella utilizó la información contra mí. Yo no le preocupé, ¿por qué habría de preocuparle si no me sentía como hija? Su hijo era Raimundo, y se enfureció al pensar que estaba distorsionando el recuerdo de mi hermano, cuando yo solo trataba de engrandecer las proezas del niño adorado por Aurelia, para justificar ese amor desmesurado que ella le tenía.

Justa no necesita a Amadora para adentrarse en el pasado...

Una niña pequeña regresa del colegio, canturreando y saltando alegremente de piedra en piedra. Parece un gorrión, decía el abuelo cuando echaba la partida con Germán y sus amigos, dichoso de la nueva felicidad de su nieta. Justa abre la puerta de la casa, suelta la cartera y llama a su madre. Hoy ella

también tiene cosas que contar. A Bernal le han comprado una bicicleta y están aprendiendo a montar en ella todos los niños del pueblo. Quizá esa noticia no le interese a Aurelia, pero quizá sí, porque ya se están haciendo amigas. Nadie responde a su llamada. Una ligera inquietud la recorre, sabe que su madre está en casa, nota su presencia. En la sala se oyen las voces de Germán y sus amigos. «¡Mamá!», repite con voz segura y fuerte. Con frecuencia la reprenden por hablar demasiado bajo, por no articular bien las palabras... Vuelve a intentarlo. Se abre la puerta de la alcoba de Aurelia y Justa suspira aliviada, hasta descubrir la expresión en el rostro de su madre. «Vete a tu cuarto a hacer los deberes», le dice cortante, como queriendo apartarla de su lado. ¿Por qué?, piensa la niña aterrada, ¿por qué de nuevo esa distancia, ese muro opaco alzado entre ellas dos? Aurelia sigue su recorrido hacia la cocina. Justa no sabe qué hacer. ¿Por qué la manda a su cuarto a estudiar si ella no suele estudiar nunca en casa, si después de la merienda se va corriendo al patio de Bernal y allí preparan los deberes con Pedro y Marga?... Se arma de valor y se dirige a la cocina. «¿Preparamos la merienda?», pregunta bajito, sin atreverse a añadir la palabra mamá. «No, déjame, quiero estar sola». Justa se mete en su cuarto y se tira en la cama. Un nido de hormigas se instala en su corazón arañándolo ligeramente en un vaivén caótico. ¿Qué habré hecho?, se pregunta, y una gran culpa sin nombre se cierne sobre ella. Empiezan a desfilar situaciones por su mente alborotada. ¿Habrás descubierto los bocadillos? Aurelia últimamente había empezado a fijarse más en ella. La encontraba demasiado flaca, y le preparaba por ello un bocadillo para que lo comiera en el recreo de la mañana. Ella no tenía apetito, pero nunca se atrevió a tirar los bocadillos o dárselos a los pájaros como le sugería Bernal. Los bocadillos representaban una dedicación de su madre hacia ella y no podía tirarlos. Se decidió por esconderlos en el desván en cuanto volvía del colegio. Bernal le había advertido que esta solución llenaría la casa de ratones, pero aun así, Justa no se decidía a tirarlos. Y el montón de bocadillos-dedicación-de-su-madre-a-ella aumentaba peligrosamente y casi parecía moverse asaltado por las hormigas. Como las hormigas de su corazón. Una de ellas ha clavado su pinza y le produce un dolor agudo y penetrante. «¿Por qué duele tanto cuando pican las hormigas?», le había preguntado un día a Bernal. «Porque

con la mordedura te introducen un producto orticoso». Y Bernal le había ofrecido un guante para protegerse.

Bernal tiene un guante para todo, incluso para protegerla de los dolores del alma, pero ella todavía no lo sabe. Sale de su cuarto y se dirige de nuevo a la cocina, quiere pedir perdón a Aurelia por lo de los bocadillos, va a decirle que los guardaba para comerlos más tarde cuando tuviera hambre, incluso se siente capaz de comérselos todos, con hormigas incluidas si es necesario. Las hormigas del desván matarán a las del corazón y ella vivirá de nuevo en paz. Cuando empieza a hablar de los bocadillos y de las hormigas Aurelia no entiende y se impacienta. «No te necesito —le dice con dureza—. He dicho que te vayas a tu cuarto». «¿Y Raimundo?», pregunta Justa con lágrimas en los ojos. «Raimundo te necesita todavía menos que yo. Has profanado su nombre, contando historias ridículas que ahora circulan por el pueblo. No sé cómo pude pensar que podía confiar en ti, que podía transmitirme la memoria de lo que fue el paso de Raimundo por la vida».

El vaivén de las hormigas se paraliza, como si todas clavaran al unísono el veneno orticoso en su corazón. No habrá más confidencias, ya no es amiga de su madre. Germán no volverá a lanzarle miradas de complicidad, de apoyo. ¿Qué ha estado contando? Eran historias fantásticas de las que hasta ese momento se había sentido orgullosa. Nunca contó lo que le relataba su madre, eso eran secretos entre ellas dos. Había inventado hazañas extraordinarias, Raimundo andaba sobre las aguas del mar sin hundirse, como Jesucristo, quizá contar eso fuera pecado. Y llegaba al pueblo galopando sobre un caballo con alas como el que había en el libro de arte del abuelo, para salvar a las gentes de situaciones imposibles. Eran historias preciosas que los demás niños escuchaban embelesados, historias que creaba sin dificultad, como si se las estuvieran dictando al oído, sin sospechar que hacía algo malo.

«No sabía que eso era malo», dice tímidamente a su madre. «Eso es lo peor», contesta Aurelia manteniendo la expresión severa, «que no puedo confiar en ti. Y no me vengas con lágrimas, que no solucionan nada. No te voy a castigar, solo te digo que el recuerdo de Raimundo es lo único bello

de mi vida, y te ruego que no vuelvas a mancharlo con tus historias estúpidas».

Justa deja de llorar. Ya nada puede solucionarse. No hay camino de retorno. Su madre no va a imponerle un castigo que le permita borrar la culpa. El hormiguero se convierte en una costra dura en la que entierra la imagen de su hermano, enquistada para siempre.

Recuerda que salió corriendo de la casa hacia el patio de Bernal y allí recibió el guante de la amistad. Desde ese día se dedicó a aprender a montar en bicicleta con ansia, con rabia, con temeridad. Fue la más audaz, la primera en soltar las manos, en sentarse en el manillar y pedalear hacia atrás, en subirse sobre los hombros de Bernal, de pie, para lanzarse juntos cuesta abajo sin echar mano de los frenos.

Se acabaron las historias. No volvió a buscar en los demás la admiración por su hermano. Como si acabara de nacer a la vida, se decidió a protagonizar sus propias aventuras.

Recogió los bocadillos del desván y los metió en un saco. Bernal y ella los lanzaron por la cuesta de Peña Grande. «¡Para los pájaros!», gritaron a pleno pulmón. Y los pájaros parecieron comprenderlo y acudieron en bandadas.

A partir de entonces, no hizo ningún intento de acercamiento a su madre. Su corazón estaba recubierto de una costra y se había endurecido.

Las historias enterradas surgieron más tarde en sus esculturas. Así había nacido el centauro, cabalgador ensoñado y libre con cuerpo de caballo volador, al que Antonia y Aurelia habían identificado con Raimundo, asociación que ella rechazó tajantemente. Y lo mismo ocurrió con el Dios de la Naturaleza, de cuyas palmas extendidas brotaban bosques inundados de pájaros. No quiso encariñarse con esas esculturas, y fueron las primeras que vendió. ¿Por qué Aurelia se recreaba identificando a Raimundo en ellas, cuando eran las mismas historias que tan cruelmente había rechazado?

El patio y el almacén de Bernal contenían un mundo variado y rico que logró distraer a Justa de su pena. Además estaba el monte, lleno de reclamos y misterios, al que acudían todas las tardes los niños a buscar alimento para los pájaros. En verano desenterraban los nidos de las hormigas para extraer las larvas, o recogían el nido entero y lo metían en un cubo o una lata para trasplantarlo al patio. Bernal era meticuloso y no quería dañar a las hormigas. «Pero les matamos a los hijitos», decía ella. «Todavía no lo son —contestaba Bernal—, y ellas hacen lo mismo con las larvas de los escarabajos. Es ley de vida entre los animales, se alimentan los unos de los otros».

A Justa le admiraban los conocimientos de Bernal. «No hace falta estudiar esas cosas —decía—. Se trata solamente de observar». En invierno machacaban nueces de las que Crispín guardaba en el almacén, y las esparcían por el patio. El propio Crispín les ayudaba a menudo en la tarea, también a él le gustaba que el patio estuviera lleno de pájaros, aunque se comieran las cerezas. «Hay para todos», decía. «Este chico nos ha traído la alegría».

Aprendió a observar junto a Bernal, y se interesó por lo que él se interesaba. Además estaba el cariño de los Crispines, la cantina de la Candela y el molino de los abuelos. Fueron niños felices que no se peleaban porque eran complementarios. Justa admiraba a Bernal y Bernal admiraba a Justa, y ambos unían sus fuerzas para realizar los proyectos y dar solución a sus problemas. No ha vuelto a encontrar Justa en su vida una relación de tanta riqueza. En este momento, en que está llegando a una encrucijada difícil de resolver, le añora profundamente.

Han florecido las lilas, y las glicinias, aún sin hojas, trepan por las paredes, rebosantes de capullos azules. ¡Es hora de que despierten los durmientes del bosque! Con paso lento y perezoso, los erizos se acercan al molino en busca de alimento. Justa nunca ha dejado de atender su despertar. Le recuerdan, con sus puntas erizadas, el pelo rebelde de Bernal, ¿por qué le llamarían los niños puerco espín en vez de erizo?

¿Qué será de todos estos animales cuando yo me marche?, se pregunta Justa contemplándolos. No quiere sentimentalismos ni excusas para aplazar el viaje, ya se defenderán. A Saturnino y a Asunción les encantan las ocas, y se las dará como regalo de despedida. «Tienes que traerme un día la bandada de ocas para que nos limpien la charca de verdín y de broza, y si nos dejas una pareja, acaso críen aquí», le lleva diciendo Saturnino desde hace tiempo.

Dejará que los chicos decidan sobre los perros; mientras ellos no puedan encargarse de cuidarlos, se los pueden dejar a Crispín.

No hay ninguna barrera que le impida marcharse, solo las que ella misma se empeña en levantar.

Se sienta en el porche y contempla las laderas de los montes salpicadas de azul y amarillo. En esta época del año, Justa acudía a su lancha junto al río, para saludar la llegada de los primeros pájaros. Hace muchos años que dejó de hacerlo, pero ahora sabe que ese encuentro es necesario para poder terminar el «Encuentro de Titanes», la obra que tiene iniciada. Y no debe postergarlo, porque finalizar la obra es parte del equipaje que Amadora le ha recomendado que prepare.

El día es fresco y luminoso. Trata de identificar a los pájaros por su canto, pero no es una experta. Tiene adormecidas en un rincón de su alma las lecciones que le daba su amigo, el observador. Amadora ha conseguido que Bernal vuelva a estar presente en ella, y con solo evocarle, le vuelve la memoria, como si le llegara su voz juvenil: Ese es el colirrojo tizón —le diría—, suele llegar por estas fechas, pero se ha adelantado un poco. ¿Recuerdas el colirrojo real? No lo busques aún, llega más tarde, en mayo. Son los dos muy vistosos, pero no tienen un canto bonito, emiten un claqueo extraño. El ruisenior, sin embargo, es más feo, tiene el mismo color rojo de los caballos, pero canta muy bien. Ahí asoma la oropéndola, no la puedes confundir, es del tamaño de un mirlo, pero de color oro. No tiene mucho repertorio de canto, pero el poquito que tiene es muy bonito. Aquellos pajarillos marrones que picotean la hierba son los escribanos comunes, se los conoce por las plumitas blancas que tienen en las alas y en la cola...

Bernal aprendía observando, y compartía con ella sus descubrimientos. «¿Quieres que te demuestre que los burros tienen memoria como los árboles? Los he estado observando, y he descubierto que no son tan burros como se cree». Y la condujo a la entrada del pueblo. Era septiembre y de todas las laderas bajaba un reguero de gente hacia el molino. Unos llegaban a pie, cargando el saco en el costado, y otros en carro tirado por una pareja de vacas. Le hizo fijarse en unos paisanos que venían a pie, detrás de sus burros. Los paisanos entraron en el pueblo, y se fueron dispersando al encontrarse con conocidos, con los que se paraban a hablar. Los burros seguían entonces su camino sin necesidad de ser guiados: unos llegaban hasta la puerta de la taberna, que era parada obligada de sus amos. Y los otros, cuyos amos no eran bebedores, seguían derechos hasta el molino.

Un pensamiento la conduce a otro, y por la memoria desfilan escenas que vienen encadenadas a este último recuerdo.

En el molino siempre había trabajo, y los niños no se libraban, porque era teoría del abuelo que el trabajo santifica. Bernal ayudaba a Saturnino a descargar los sacos, y Justa era una experta en el manejo de la maquila. No podía apartar la atención de la actividad que allí discurría, porque por cada dos cuartales de grano molido, ella tenía que llenar una maquila y echarla en el arca como pago de la molienda. El abuelo le había enseñado a no utilizarla con los más necesitados. Fermín, el sastre, era un hombre mayor, que se distinguía por su elegancia. Un día llegó al molino, bien trajeado como siempre, y con esa finura en los rasgos que hacía que los demás le respetaran como a un ser superior. Entregó su grano a moler, y el molinero observó que su nieta no le cobraba la molienda. No hizo ningún comentario hasta que estuvieron solos. «¿Cómo fue que no cobraste a Fermín?». «Me ha parecido que andaba pasando necesidad», le contestó. Él no alcanzaba a entender en qué lo había notado. Y la única explicación que le pareció razonable es que ella era una Monteserín de tomo y lomo, y que sabía leer en el interior de la gente, como Amadora. «Es cierto que Fermín anda necesitado —le explicó—, porque se ha dejado arrastrar por el juego, pero no se lo han conocido ni los parientes más cercanos, porque todo su afán está en disimularlo, ya que antes prefiere dejarse morir de hambre a que se conozca su miseria».

En los días que siguieron a aquel episodio, el abuelo anduvo pensativo, observándola a ella con ojos penetrantes, como si la descubriera por vez primera, hasta que se decidió a hablarle, y la convocó en la cocina del molino. Se sentó en el sillón de orejas frente al fuego encendido, y la invitó a sentarse en la silla de la abuela, mientras esta trajinaba en los cacharros con gestos nerviosos. Justa se dio cuenta de que la ocasión era solemne y puso toda la atención en lo que el abuelo le decía. «Últimamente me preocupa mucho la continuidad de este molino. Nosotros ya vamos para viejos, y esas cosas tienen que quedar solucionadas. Tu madre no se interesa por él, y más parece tenerle aversión que cariño. He hablado con ella del asunto y me lo ha confirmado. Para llevar el molino se necesita gente como tú, y quiero que seas nuestra seguidora. ¿Qué me dices a eso?».

Ella solo acertó a decir que le parecía bien, puesto que siempre había tenido al molino por suyo, y ni se le había ocurrido que pudiera ser de otra

forma. «Entonces —dijo él—, mañana mismo empiezo a ocuparme del papeleo para ponerlo a tu nombre. Amadora y Lisa están de acuerdo. —A Justa le pareció que su abuela trataba de disimular la pena, nunca superó el dolor del desapego de Aurelia—. Queremos solucionarlo cuanto antes, para que no haya ningún problema en el futuro».

Así fue como ella pasó a ser dueña del molino, y alguna vez se ha culpado por no haber cumplido las expectativas de su abuelo. Ahora empieza a pensar de forma diferente. ¡Cómo había podido estar tan ciega! El abuelo era hombre obstinado, y no había permitido que su mensaje cayera en el olvido. Debíó de andar todo este tiempo dictándole lo que debía hacer. Fue él quien la condujo al molino, y quien se encargó de que recuperara su vocación de escultora. Esa era la continuidad que él deseaba, y la había conseguido.

Ya sé, abuelo, que nada te importan ya las tonterías de este mundo, y que debes de estar riéndote desde donde estés de mis temores y de mis rechazos del pasado. Pero yo he tenido que venir aquí para liberarme de ellos y pedirte perdón. Solo así podré seguir mi camino, ligera de equipaje, hacia la libertad que me espera.

También a ella empiezan a parecerle ridículas sus angustias del pasado. Aquella niña que las vivió ha desaparecido hace tiempo, y es otra la mujer que ahora está sentada en la lancha frente a la campita de hierba húmeda. Le parece que hayan transcurrido siglos desde su infancia. Siglos de adelantos, de cambios en la forma de vivir y expresarse la gente. ¡Qué lejano recuerda ahora el día en que cumplió quince años y cargó el ciervo en ese mismo lugar! Y más remoto todavía el día en que contempló, sin ser vista, el encuentro entre José y Antonia junto al río, junto a su piedra, en el lugar donde dos años más tarde apareció el ciervo herido. Ahora ya sabe, ya entiende, ahora la compasión y el amor se han instalado en su centro y le hacen revivir la escena con otra mirada, con otros valores, pero aquel día recibió un choque brutal al ver a José, su abuelo adorado, el hombre justo, el ídolo, con los pantalones bajados, subido a horcadas sobre Antonia, que mantenía las piernas abiertas y jadeaba de placer o dolor, de placer y de

amor. Ahora entiende, pero aquel día una mancha negra le nubló el entendimiento: un grito de silencio la ahogó y la empujó hacia atrás, furtivamente, poniendo cuidado en no pisar una rama, una brizna seca que los alertara y, cuando se sintió a salvo de sus oídos, corrió ladera abajo como una posesa, hasta llegar a su cuarto y encerrarse hasta la noche en un mutismo del que no lograron arrancarla. Era un secreto que no podía compartir con nadie, ni siquiera con Bernal. José y Antonia quedaron convertidos en monstruos que pertenecían al humo y a la oscuridad, a las historias de la cantina, a los fantasmas que jadeaban por la noche en la alcoba de Antonia. Ya no le inspiraban seguridad ni respeto. La pareja ideal que representaban para ella sus abuelos, había quedado destrozada. Por las noches lloraba de pena y vergüenza pensando en la dulzura de Lisa y en el daño que le provocaría si se decidiera a contarle lo que había visto.

Se interesó por la costura para acercarse a Lisa y alejarse del abuelo. Cambió de carácter y se hizo mucho más reservada. Le llegó la edad del pavo, decían algunos; otros murmuraban que le estaba surgiendo esa veta extraña que circulaba por la sangre de los Monteserín.

En marzo los días aún son cortos, y el sol empieza a esconderse detrás de las peñas. Justa siente la humedad del arroyo y el frío de la piedra bajo su cuerpo. Se incorpora para regresar al presente. Ha funcionado el conjuro. Ha luchado contra uno de los monstruos que habitaban su interior y lo ha reducido a cenizas.

¿Cuántas batallas tendrá que librar para poder levantar el vuelo?

OceanofPDF.com

Las llamas del fuego juegan con su pensamiento. A Justa le habría gustado permanecer más tiempo en el presente victorioso, hacer balance, pasar cuentas, comprobar si el equipaje está completo. Pero se deja arrastrar, vencida, por el embrujo del fuego. No tiene derecho a saltarse a capricho ninguna casilla del tablero. Su ficha sigue situada donde la dejó, cuando el relente de la tarde la hizo regresar al presente. La suerte de dados le presenta ahora la imagen de Bernal. Ahí está el almacén, y el patio del cerezo, que se han ido convirtiendo en un punto de encuentro para los solitarios, los desarraigados. El más asiduo era Mero, que era así llamado por asemejarse su cabeza deformada a la del pez del mismo nombre. También acudía Baltasar, que se había apartado de la gente y dormía en el establo de las vacas, con las que decía entenderse mejor que con las personas..., y Domiciano, que un día recibió un susto y enmudeció. Bernal acogía al visitante de turno, que merodeaba silencioso por la estancia mientras él seguía estudiando. Cuando Bernal decidía hacer un descanso, despejaba la mesa de libros e invitaba al paisano a echar con él una partida de cinquillo. Ese momento de entretenimiento resultaba para el desarraigado un instante de comunicación plena. Con Mero era distinto, con él no echaba la partida. A Justa le asombraba la paciencia de Bernal, compartiendo tantas horas con un hombre tan simple. Los encontraba a menudo sentados en los escalones de acceso al patio fumando colillas, o escuchando Bernal la extraña cantinela que solía recitar O Mero:

*Pó-lo camiño ei ven un home
aínda ven lonxe, lonxe, lonxe...*

mientras le ayudaba a clasificar las patatas por tamaños y a desgranar guisantes, que así era como Mero se ganaba la manutención y el refugio.

Se decía que O Mero era hijo de su abuelo materno, un loco despiadado que cuando nació la criatura la estampó contra la pared con ánimo de matarla. Pero el crío quiso aferrarse a la vida que tan mal lo recibía. La vida se apiadó de él y, aunque como resultado de aquel primer golpe le dejó abolladuras en el cuerpo y en la mente, le regaló en contrapartida la inocencia. Y él se dedicó a vivirla con la simpleza que le permitía su corto entendimiento. Viajaba a pie por los montes, llevando un maletín en el que guardaba estampitas y un poco de ropa. El mal tiempo no lo detenía, pero dejaba surcos en su piel y retorcimientos en los huesos, y cada vez su figura se asemejaba más a un castaño añoso y contrahecho. Pateaba siempre los mismos caminos, recorriendo los pueblos en los que contaba con el refugio de un pajar y un trabajo ajustado a su capacidad, con el que se granjeaba alojamiento y comida. Se demoraba en cada pueblo lo que le parecía y, cuando le entraba el desasosiego, seguía su peregrinaje con el maletín de la mano. Era presumido, y se repasaba constantemente el pelo con un peinecillo que le asomaba por el bolsillo de la camisa, y se lavaba en los ríos, enjabonándose de arriba abajo, incluso en invierno. No lavaba la ropa, pero se cambiaba asiduamente de camisa, y la que se quitaba, la doblaba meticulosamente y la planchaba sentándose encima. Cuando llegaba a Olmeda, la Crispina le pedía que le entregara todas sus pertenencias: dos camisas y un pantalón, y se las lavaba en el río. Cada cierto tiempo le cambiaba una de las camisas, excesivamente gastada, por una de Bienvenido en mejor uso. Tenía también una vieja zamarra, de la que no se desprendía ni en invierno ni en verano, y que usaba como manta para dormir cuando era preciso. Llevaba años acostumbrado a instalar su campamento en el almacén de Crispín, y el día que encontró su refugio habitual ocupado, se tumbó sin rechistar a la puerta del almacén envuelto en la zamarra. Bernal se dio cuenta de la situación y le hizo entrar. Mero organizó su cama habitual, a base de paja y sacos vacíos, rechazó con un gruñido la manta que le ofrecía Bernal, y recitó:

*¡Quen fora galgo,
quen fora páxaro,*

quen fora vento!

Bernal supuso que el extraño visitante no quería mudar sus costumbres bohemias y lo dejó en paz. Más tarde comprendió que su nuevo amigo no tenía más repertorio de conversación que los versos de un poema aprendido quién sabe cuándo, y colocaba uno u otro verso cuando se sentía forzado a hablar.

*Pó-lo camiño ei ven un home
aínda ven lonxe, lonxe, lonxe...
Eu non sei si anda ou si corre,
Porque ven lonxe, lonxe lonxe...
¡Quen fora galgo,
quen fora páxaro,
quen fora vento!*

El maestro andaba cada vez más inquieto con las compañías de su hijo, y después del examen de ingreso, decidieron él y Jacinta ponerlo interno en Valle, por el bien de sus estudios.

Desde entonces el patio y el almacén funcionaban solo los fines de semana y en vacaciones. Los solitarios que acudían allí con asiduidad quedaron desamparados y tardaron en situarse. Se les veía a menudo, entre semana, recorriendo la calle, o sentados delante de la cancela del patio, como si su espera pudiera producir el milagro del regreso de Bernal. Con frecuencia Justa estuvo tentada de hacer lo mismo. Se le hacían eternas las tardes sin la compañía de su amigo.

En las noches de verano, el patio del cerezo seguía siendo punto de encuentro de muchos. Mero se instalaba casi de continuo, haciendo pequeños recorridos durante el día y regresando a dormir bajo el cerezo. Se protegía del sol con una gorra que le había regalado Bernal, en la que lucía orgullosamente el nombre que este le había escrito en la visera: «Homero». Cuando Justa les encontraba fumando las colillas recogidas por Mero, se enfadaba con Bernal: «No vas a crecer», le advertía, repitiendo lo que oía decir a los mayores, pero a Bernal no le preocupaba su crecimiento y le contestaba que mantenerse retaco tenía sus ventajas. A menudo, Bienvenido el Crispín también se unía a ellos, y se tumbaba al amparo del cerezo, porque, según decía, no se acostumbraba a dormir encerrado con la calor. Y

en más de una ocasión Justa llevó unas mantas para dormir con Bernal bajo las estrellas. Hablaban casi toda la noche en un susurro. Viajaban los dos por la bóveda celeste, Bernal conocía los nombres de las constelaciones, y le explicaba que los pájaros se guiaban por ellas en sus vuelos migratorios.

Una noche de luna llena, Bernal le contó la historia del hombre-lobo que había habitado mucho tiempo antes en aquella comarca, el cual, en noches como aquella, mudaba la piel y erraba por los caminos persiguiendo a las mozas que regresaban de las verbenas. Aquella noche se abrazaron los dos, como queriendo protegerse de los aullidos lejanos que les llegaban del monte. Y Justa se decidió a contarle sobre la reunión de mujeres a la que acababa de asistir, y que no había contado a nadie porque era un secreto tremendo, que también la hacía estremecerse. No le pareció una traición a las mujeres compartirlo con Bernal, porque entre ellos dos formaban una sola persona, y las cosas no compartidas con Bernal parecían no existir. Le contó primero la historia de Lucía, a la que el marido maltrataba, por la que Justa se había compadecido cuando la vio llegar al molino.

Venía embarazada, a punto de parir. Andaba descalza, con los pies destrozados y dos sacos de centeno a la cabeza. Justa la había hecho pasar a la cocina, donde Lisa y Antonia estaban preparando un puchero de caldo. Al verla en ese estado, las dos mujeres se llevaron las manos a la cabeza, y Antonia maldijo al Caruso por permitir que su mujer cargara con el peso, mientras él dormía la borrachera. Lisa preparó una palangana de agua tibia y lavó los pies heridos de Lucía, que luego masajeó y frotó con sus ungüentos. Al sentirse arropada por las mujeres, Lucía se deshizo en lágrimas, y les confesó su temor de perder la criatura por las palizas que le arreaba el marido cuando volvía borracho a casa. «Ya no temo por mi vida —decía—, hace tiempo comprendí que más me merecía perderla que guardarla. Tiemblo por las criaturas que dejaría abandonadas». Lisa lloraba mientras masajeaba los pies de Lucía, y le daba consejos sobre resignación y paciencia, y de lo que Dios nos da y lo que Dios nos quita. Antonia se mordía los labios de rabia: «¡Déjate ya de monsergas de cura, Lisa! Nadie te da ni te quita nada. Las mujeres estamos solas para defendernos. Se nos quita lo que nos dejamos quitar y se nos da lo que buscamos, y no hay más historias. Esta tarde me subo yo contigo, Lucía, y veremos si el Caruso es

hombre de ponerte la mano encima. Después ya te diré lo que tienes que hacer».

Al día siguiente Antonia había abordado a Justa al volver del instituto: «Pásate por la cantina a las nueve esta noche —le dijo—. Y deja ya de hacerte la escurridiza, no sé qué demonios te rondan la cabeza, pero aquí hay cosas importantes que atender». Y Justa, que andaba rebelde con Antonia, sintió el peso de su autoridad como lo había sentido de niña.

Aquella noche entró en la cantina y se encontró con un grupo de mujeres, arrebuajadas en sus mantelos junto a la lumbre. «¿Dónde están los hombres?», preguntó. «Están arriba echando la partida, lo que se va a tratar aquí no les incumbe». Antonia salió de la estancia con una botella de orujo y unos cuantos vasos para servir a los paisanos.

A Justa le sorprendió la ausencia de risas y de bromas alrededor del fuego. Por el silencio de las mujeres, comprendió que el asunto a tratar era grave. Volvió a sentirse extraña, ajena a todas, como si fuera una intrusa o una neófita a quien fueran a iniciar en un rito extraño. Cuando regresó, con la bandeja vacía, Antonia se dirigió a ella: «Quiero que te enteres de esto, al igual que mis hijas se enteraron cuando les llegó el momento. Existe una fuerza entre las mujeres para defenderse del hombre cuando abusa. Los de arriba ya saben que aquí se está confabulando algo, no hay más que ver lo respetuosos que se han vuelto —una risita nerviosa recorrió el corro de paisanas—. El Caruso sabe que el asunto va con él, ya recibió la señal cuando me vio aparecer ayer por su casa. Anda más suave que un guante. Sabe que, a partir de ahora, si vuelve a las andadas, sus días están contados». Justa se asustó: «¿Qué vais a hacer?». «Vamos a darle a Lucía la receta de la *sopa mala*. Eso si nos ponemos todas de acuerdo en que es conveniente». Las mujeres asintieron. No hacía falta discutir, era un caso claro. «Pues no se hable más —dijo Antonia, y se dirigió a Justa—. Esta tarde le llevarás tú misma la receta y le darás las explicaciones que yo te dé».

A Justa la abrumó la responsabilidad: «¿Vamos a matar a Caruso?». «No tienes por qué asustarte —le dijo Antonia—. Eso ya no nos incumbe. Lucía hará lo que juzgue conveniente. La receta no se usa más que en caso

de extrema necesidad. Basta con tenerla para sentirse segura, y a medida que crece la seguridad de una, mengua la fuerza del hombre».

Eso fue lo único que le contó a Bernal aquella noche, sin aclaraciones sobre la receta que él tampoco pidió. Lo fundamental era ese poder que emana de la seguridad, el poder del que hablaba Amadora, el que descubrió Felipe en ella cuando la vio cargando el ciervo.

Ese es el poder que necesita, ahora más que nunca, recuperar.

OceanofPDF.com

Justa se despierta inundada de una alegría extraña. El día que cumplió quince años había sentido en su interior que tenía que actuar. Hoy le ocurre lo mismo, como si los años que vivió entretanto pertenecieran a un tiempo de espera. Es el día de su aniversario: cumple cuarenta años. Cada vez, por estas fechas, Saturnino acude al molino a felicitarla. Ahora está demasiado viejo, y quizá no encuentre a un paisano que lo acerque en coche. Decide que subirá por la tarde a buscarles, a él y a Asunción, para pasar juntos la velada.

Encuentra a Saturnino solo. Le cuenta que Asunción se fue a Barcelona con las hijas que la iban a acompañar al médico. Él prefiere no moverse del entorno. Ya no le gusta viajar de un lado para otro. Está contento de ver a Justa. Se lava las manos embarradas en el caño que mana junto a la huerta, y le da un fuerte abrazo:

—Mi novia, mi novia chica, ya sabía yo que hoy iba a verte. Deja que encierre a las gallinas y al burro, y estoy listo para irme contigo.

Es hora de silencio. La tarde empieza a caer y las sombras van adueñándose de las laderas de los montes. Justa para el coche en una cuneta y apaga el motor.

—Necesito respirar la noche, hace tiempo que no venía por aquí.

Está saliendo la luna, redonda y brillante como una torta de aceite.

Se bajan los dos. Se divisan pequeños círculos de fuego en distintos puntos del monte.

—Ya están quemando los rastrojos —dice Saturnino.

Oyen aullidos de perros en la lejanía y el borboteo de un arroyo cercano. Justa recoge la magia del ambiente como celebración de su

cumpleaños. Siente que es una noche de iniciación que la va a preparar para el vuelo.

—Esta no es noche de estar encerrado. Es de recorrerla así, muy juntitos y agarrados, como cuando volvíamos Asunción y yo de la luna de miel.

—¿Ibais andando?

—Andando fuimos y andando volvimos. No teníamos otra forma de hacer. Mucha gente sí tenía caballos y las bodas entonces eran una cosa preciosa. Nosotros fuimos a visitar a unos parientes de Villanueva, y pasamos un día para ir, otro de estar allí, y otro de volver. Lo pasamos bien. Era el tiempo de los amorodos, fresas de esas bravas que hay por la orilla de la carretera, que a ti te volvían loca cuando niña. Veníamos todo el camino cogiendo fresas de esas y comiéndolas. ¡Qué bien se pasaba entonces! Yo tengo recuerdos preciosos, como cuando íbamos al molino de tu abuelo, antes de nacer tú íbamos en burro, en carros de vacas... íbamos, a lo mejor, dos vecinos juntos, uno llevaba una vaca, y otro llevaba otra, y entre las dos tiraban del carro, y pasábamos todo el día, y a lo mejor también toda la noche. Nos llegábamos a juntar veinte o treinta en el molino, y entre que molían o no, organizábamos el baile. Bailábamos, cantábamos, nos hacíamos novios de las chicas. Allí en el molino lo pasábamos muy bien, como si fuera una fiesta. Tus abuelos también eran jóvenes, y vivía allí Amadora. ¡Qué mujer, Amadora! A todos ayudó siempre, y valía tanto para el trabajo como para dar un consejo, pero hay gente mala, Justa, y eso se vio cuando la guerra, pero ahora no vamos a hablar de eso. Cuando tú eras niña también organizábamos el baile. Yo ya estaba casado y tenía que trabajar, pero siempre quedaba un rato para la fiesta. Tú bailabas con el chiquillo del maestro, que se os daba muy bien. No levantabais ni un tanto así y ya bailabais en pareja, y yo me hacía el celoso porque tú eras mi novia. Más me mosqueaba a mí el puercoespín que el que te echaste después y que es ahora tu marido, porque aquel sí era un árbol robusto. Tenía buena madera, ¿no sabes? Podríais haber formado un buen matrimonio. Pero ya ves cómo es la vida, y que conste que yo contra Ignacio no tengo nada, pero es otra cosa...

»¿Ves aquel pastizal? Ahí ahora mantienen todas las vacas de un pueblo que son treinta y tantos vecinos. Las mantienen todas ahí. Antes las

teníamos por todo el monte, y las juntábamos después, de una montaña a otra. Unos iban por una montaña, y otros por la otra íbamos cantando: ¡Oilá, Oilililalá, Olá! ¡Eh! ¿Has visto mis vacas? ¡Eh! ¿Viste mi jato? Era precioso, y las chicas cantaban con nosotros. Se juntaban siete u ocho, y cantaban todas a un tiempo. Era precioso oírlas cantar. ¡Es que era un vivir que se vivía muy feliz! Y venías al monte con los ganados, y te echabas novia en el monte... A eso le llamo yo vida, que ahora, nada. Ahora no más que la televisión, y la radio, y listo...

—¿Seguimos?

—Sí, vamos.

Justa va conduciendo muy despacio por la carretera estrecha y llena de curvas.

—¡Mira a ese lado! —dice Saturnino. Justa vuelve a parar el coche.

—Allá está Frada. Había allí en una época sesenta mozas. Mozas todas de dieciséis años para arriba; la que no tenía dieciséis años cumplidos, aunque fuera moza, no contaba con las otras. No la dejaban entrar en el baile. Y detrás hay un pueblo que lo llaman Deva. Allá tuve yo una novia tres años. Una chica guapísima, pero guapísima. Ahora vive en el pueblo ese de Pando, soltera. Tuvo que irse para Barcelona a trabajar, y, antes de irse, ella quería que nos casáramos. Y como yo, de momento no quería, me dijo: «Bueno, Saturnino, si cuando vuelva de Barcelona ya estás casado, para mí se fueron los hombres. Nunca jamás me casaré». Pero claro, entonces yo tenía otras novias y todavía no había decidido casarme. Y cuando ella vino de Barcelona, efectivamente yo estaba casado. Y todavía me embistió dos veces y me proponía que dejara a Asunción y que me fuera con ella. Yo le dije: «De eso nada, tengo un hijo y una mujer que no los hay en el mundo mejores, no los dejo por nada». Y entonces ella se redujo al pueblo y allí está, y ¿sabes lo que empezó a hacer? Empezó a envolverse trapos en la barriga, trapos como si estuviera preñada. Y bajaba a rezar a una iglesia que hay ahí abajo. Y a todos decía que estaba preñada de mí. «Ese desgraciado de Saturnino», decía. «¡Mira, cómo me puso!». Y, claro, eso no debía hacerlo porque yo estaba casado. Entonces yo me enteré y le dije: «No andes haciendo esas tonterías. Ya me han dicho lo que andas diciendo, y yo estoy casado y a mí me pones en un compromiso».

—¿Cuánto tiempo estuvo ella en Barcelona?

—Estuvo poco tiempo, pero mientras tanto yo me casé.

—O sea que tú nunca estuviste enamorado de ella.

—Yo sí estaba enamorado de ella... Bueno, yo no sé lo que estaba.

—Me parece que estabas enamorado de muchas.

—Claro. Es lo que me pasaba. Yo pensaba no ser casado. Si me ponía a pensar yo solo, me decía: «Yo nunca casado seré. Porque de esta manera que soy, mejor no me caso»... ¡Mira el pueblín que ves ahí solo! ¿No ves que hay un trozo ahí arriba arado de tierra? Bueno, pues ahí nací yo, se llama Fontela. Mi madre tenía allí a unos tíos, y también a su madre. Y mi padre tenía unos prados, ahí debajo de Pradairos. Estaba él un día trabajando en los prados, y fue mi madre, con la yegua aquella tan buena que tenía, a llevarle de comer. Y entonces, estando comiendo, le dijo: «Yo no sé si querré parir». Y mi padre le dijo que se fuera adonde su madre a parir. Ella subió a la yegua y tiró para Fontela. Allí se echó en la cama y parió. ¡Mi madre era terrible de valiente! Y luego, a los tres días, montó en la yegua, y me metió a mí en las alforjas. Metió una piedra al otro lado para que hiciera contrapeso, y así me llevó hasta Pradairos, a los tres días de parir. ¡Mira que era mujer aquella! Ella quería estar con mi padre, y me llevó con una alegría tremenda. ¡Menuda alegría tenían mi padre y mi madre conmigo!

—¿Eras el primer hijo?

—Era y soy. El primer hijo de los dos, porque mi padre ya vino con hijos al matrimonio. Ahora ya no tengo más que una hermana, los otros murieron todos.

—¿Cuántos fuisteis?

—Yo tenía ocho hermanos de mi madre; después tenía de la primera mujer de mi padre, tres; y después tenía medios hermanos que los había hecho mi padre donde lo dejaron: siete. Ahí mismo, en Pardiña, tres hermanas sacó a un tiempo preñadas mi padre. Entonces eso era cosa corriente, y el hombre que era guapo, que era zalamero para las mujeres, lo tenía fácil. Y mi padre era muy zalamero para las mujeres. Era un hombre muy guapo, y ellas se volvían locas todas por él. Como me pasaba a mí. Cuando yo me casé, no les suponía inconveniente ninguno. Todas

enloquecían por mí. Iba yo a un pueblo, y todas andaban diciendo: «Mira el Saturnino... ¡Vaya qué guapo!»... Se venían a bailar conmigo, se venían detrás de mí... o me daban cita y yo las localizaba, y después iba adónde me parecía. Así conocí a la catalana, que la llamaban.

—¿La mujer de Deva?

—Sí, esa de Deva.

—¿Cómo es que te casaste con Asunción, si no querías ser casado?

—Porque Asunción salió encinta, y yo, en el momento que salió encinta dije: «No quiero disgusto ninguno. Si va a ser mi mujer, no quiero que tenga disgusto ni pena ninguna», y le dije: «Tú tranquila, que tuyo soy». Porque ella sabía que tenía muchas novias y que me querían todas, lo sabía todo porque yo le contaba todo, y además lo veía ella. Y así fue, y nos casamos. Y aquella mujer de Deva todavía vive en el Pando recluida. No hace mucho que fui yo por allí y todavía me dijo: «¡Oh, can!, ¿vienes por mí?». Me llamó can, por lo de ir con muchas, ¿no sabes?, porque enloqueció aquella mujer.

Ha llegado el momento. Justa vuelve a sentir en las entrañas la misma alegría que la despertó por la mañana: la certeza de su marcha inminente. No va a demorarlo más. Mañana mismo iniciará las diligencias necesarias para su viaje.

Saturnino sigue hablando del pasado, historias que ya nadie quiere escuchar porque a la nueva generación no le interesan:

—... enloqueció esa mujer, y nunca más pudo valerse...

A la nueva generación no le interesan esas historias, pero a ella sí. Su obra nace directamente de ese tiempo desaparecido. Ella no va a dejar morir ese pasado sobre el que se están construyendo los nuevos cimientos. Llenará su equipaje de historias para salir al mundo y contarlas en sus esculturas. Se le ocurre una idea:

—Saturnino, quiero que me ayudes a organizar una gran fiesta de cumpleaños. Vamos a preparar la cocina del molino como estuvo en tiempos de mis abuelos. Sin luz eléctrica, nos alumbraremos con ganzos,

que aquí mismo podemos recoger. Tenemos que reunir a unos cuantos buenos narradores. Piensa, a ver quién se te ocurre.

—La Candela era la mejor.

—Está en cama. No sé si podrá venir.

—Bueno, tú déjame a la entrada del pueblo. Ya me encargo yo de reunir a la gente.

OceanofPDF.com

Justa se queda también en el pueblo comprando provisiones para la cena. Pasa después a saludar a los Crispines, quiere invitarles ella personalmente a la reunión. Les ha seguido viendo con mucha frecuencia, pero, desde que Bernal partió para América, perdió con ellos la intimidad que antes tenía. Ellos cerraron la cantina hace muchos años, y también hace mucho tiempo que la familia de Bernal se marchó del pueblo. Justa ha evitado desde entonces pasar por esa calle. No quería ver el patio abandonado y triste, ni el almacén cerrado, con las persianas echadas, corroídas por la herrumbre. Le parecían testigos de un pasado muerto, y recibía cada vez, al encontrarse con ellos, un arañazo de nostalgia.

Hoy sabe que puede hacerlo sin riesgo de que el presente se superponga al pasado. Tiene recuperado el recuerdo de lo que aquel rincón significó para ella, bien guardado en el fondo de su equipaje. Al torcer la esquina de la calle y encontrarse con el patio, recibe un impacto de belleza. Como si llevara años preparándose para el reencuentro, el viejo cerezo se ha engalanado de flor. Tú también quieres celebrar mi despedida, le sonríe Justa, admirando la inmensa copa blanca, bañada de luna.

En la casa de los Crispines hay una ventana encendida, que enmarca la silueta del matrimonio sentado frente al televisor.

Justa ya no se culpa por la marcha de Bernal, y en la mirada de Isidra y Bienvenido al recibirla no encuentra rastro del reproche que ella ha estado tanto tiempo intentando esquivar. Solo alegría y sorpresa de verla aparecer, y el deseo de retenerla para distraer su soledad.

Isidra se levanta para ofrecerle una caja de galletas, mientras Bienvenido se dispone a calentar el café. Justa acepta los ritos de hospitalidad con que la reciben, y se sienta sin prisas a charlar un rato con ellos.

—¿Te acuerdas, Isidra, de unos cuadros que encontramos Bernal y yo en el cuarto del americano? —pregunta Justa, como iluminada de pronto por el relámpago de un recuerdo.

—Ya lo creo que me acuerdo: los chafarrinones aquellos. Bernal tenía colocado uno encima de su cama, y ahí sigue, tal como él lo dejó. Y después tú me trajiste el otro para que lo guardara y se me ocurrió colocarlo al lado. Si quieres verlos, pásate mañana. Ahora no tenemos luz en el almacén.

—Y si te los quieres llevar —interviene Bienvenido—, tuyos son. Hace años que Bernal no manda ni una postal. No creo que vuelva por aquí ni que se acuerde de nosotros.

—Antes de marcharse, Jacinta pasaba por aquí y nos leía sus cartas. Luego seguimos recibiendo durante un tiempo noticias tuyas por Navidad, pero ahora, ya ni eso.

—Es posible que yo me anime pronto a hacerle una visita. Entonces me ocuparé de refrescarle la memoria para que se acuerde de todos nosotros.

—Si vas, dile que, si nos lo pone fácil, iremos nosotros también a verle.

Bienvenido echa una mirada a Isidra para comprobar el efecto que le ha producido la idea que acaba de ocurrírsele.

—Mira por dónde sale este ahora. Llevo años tratando de convencerlo para que hagamos un viaje, aunque sea a Barcelona, y ni por esas. Y ahora vienes tú, y dice que se anima a cruzar el charco.

—Lo hago por ti, mujer. Llevo tiempo dándole vueltas a qué viaje podría ofrecerte. Ya sabes que a mí esos viajes del Inverso no me tientan. Para irme con los de siempre, prefiero quedarme en casa.

—Pues no abandonéis la idea. Estoy segura de que el mejor regalo que podría brindarle a Bernal, sería el anuncio de vuestra visita.

Justa les habla de la reunión que va a celebrarse en el molino con motivo de su aniversario. Los Crispines están contentos y se animan a participar en lo que sea.

—Os espero dentro de un rato.

Y Justa se despide con el corazón henchido de alegría, como si el viejo cerezo en flor se hubiera colado dentro de su alma.

Saturnino no ha perdido el tiempo. En la cocina del molino ya están instalados varios vecinos alrededor de una gran fogata. Justa coloca los ganchos en la pared y propone apagar la luz.

—Sí, mujer, sí. Así nos haremos la ilusión de que los años no han pasado, de que todavía somos mozos como lo éramos entonces.

Antes de apagar la luz, Justa se acerca a saludar a cada uno de los asistentes. Víctor, el veterinario, se levanta a estrecharla contra su cuerpo fornido, y le desea mucha felicidad. Genaro, que a Justa le parece igual de viejo a como le veía de niña, aunque lo sea mucho más, le da un beso en la mejilla diciéndole en confidencia: «No descuides el vino, gorrión, que es lo principal para celebrar una fiesta». A Bernarda ha seguido viéndola con regularidad, porque le vende a hurtadillas la leche recién ordeñada. Generosa se pone en pie sin mudar la expresión severa de su rostro, que en el pasado le asustaba un poco, y cuando la besa, Justa siente un cosquilleo en la mejilla, porque con los años, a la anciana le han crecido pelos en la barba y el bigote. Domingo y Lisarda, que vivieron en Suiza y han regresado hace pocos años, se acercan a ofrecerle una cajita forrada de conchas, que Lisarda se entretuvo en componer en el taller de trabajos manuales.

Los demás le hacen notar entonces que la mesa está llena de regalos: huevos, hortalizas, un ramo de flores azules, que Generosa ha colocado en un jarrón bastante feo que ha traído de su casa...

Justa se da cuenta de que todos ellos esperaban una señal de su parte para ponerse a quererla de nuevo, y les da las gracias diciendo que no se siente merecedora de regalo alguno.

—¡Cerrad esa puerta, que se cuele la helada!

—Aguanta un poco, Bernarda, que tiempos peores hemos soportado —dice Crispín, mientras sujeta la puerta abierta para dar paso a su mujer.

Bernarda y Crispín se abrazan riendo, mientras Isidra se acerca a Justa y le entrega una caja de bombones.

—Ahora cada uno trae lo que puede —comenta Generosa—. Antes lo más apreciado era la leche. La leche daba para mucho, podías hacer quesos, cuajadas, bizcochos con la nata...

—Yo tuve que deshacerme de las vacas al casarme con esta porque a ella le daban miedo —dice Crispín—, y entonces me dio pesar, porque las vacas en aquel tiempo eran una riqueza. Pero ahora no las tendría. Ahora, aparte de mucho trabajo, dudo si dan algo. Tengo la impresión de que el único provecho que dan hoy son las subvenciones de la Comunidad Económica Europea.

—Antes, cuantas más vacas comprabas, y más trabajabas, más tenías. Ahora puede que sea al revés, cuantas más tienes, más te cuesta. Porque además hicieron un plan de saneamiento para la tuberculosis. Las sanean todos los años y la que da algo de tuberculosis la tienen que retirar para el matadero.

—Pero no deja de ser curioso que la carne de esas vacas que hacen retirar, sí se pueda comer. Solo tiran el pulmón, y lo demás se come igual.

Hombres y mujeres se quitan la palabra, porque el tema les afecta por igual.

—El peligro es que se contagien unas a otras. Pero luego los tíos van al negocio, y se aprovechan. Saben que las tenemos que sacrificar en el plazo de un mes, que solo nos dan, y nos ofrecen una miseria. Luego ellos las venden al mismo precio que las otras. Nunca he visto en el mercado un letrero que anuncie: «Vaca con tuberculosis».

Todos ríen.

Saturnino está preparando un tambor de patatas para colgarlo del gancho de la cocina, mientras tanto Justa aliña las chuletas y las coloca sobre la brasa.

—Ya podemos apagar la luz. Enciende los ganzos, Genaro.

Se crea un ambiente de intimidad que favorece el relato.

—Isidra, cuéntanos de dónde te venía el terror ese que tenías a las vacas, porque mira que es extraño, viniendo de una familia que siempre las tuvo.

—Yo no sabía lo que me pasaba. Con solo acercarme a ellas me entraba un temblor por todo el cuerpo y me castañeteaban los dientes. Entonces no se buscaba explicación a las cosas, y mis padres se desesperaban conmigo, porque pensaban que quería hacerme la señorita, y ellos querían prepararme para la vida que me iba a tocar vivir. Nunca fui capaz de ordeñarlas.

Mira que yo era trabajadora..., pero aquello era superior a mis fuerzas. Ya me iban pegando mis padres desde la cocina hasta la cuadra, y me metían por fuerza debajo de la vaca para que la ordeñara, y yo era incapaz. Y mi madre se pasaba el día lamentando: «¡Ay hija!, ¡qué desgraciada serás! Casarás con un hombre con vacas y tendrás que hacer toda la vida lo que no quisiste aprender».

»Un día, le conté a Bernal una historia que me ocurrió de chica, y él me dijo: “Ya tengo la explicación, de ahí te viene el miedo ese que tienes a las vacas”.

—Ese niño era más listo que el hambre, y estos le querían como a un hijo. Todos le queríamos. Por mi casa se pasaba al salir de la escuela, cuando era un chavalín así, que no levantaba ni un palmo del suelo, y se metía en el corral a jugar con los animalillos, y no había peligro de que los hiciera daño. Al revés, cuando veía a alguno enfermo me decía: «Déjamelos, Generosa, que yo te lo voy a cuidar». Y lo llevaba a su casa, y creo que hasta lo metía con él en la cama. Tanto podía ser un conejo como una gallina. Y a los pocos días, si el animal no moría, me lo devolvía sano.

—Pues lo mismo que hacía con los animales, lo hacía con las personas. No sé qué don tenía para que se arrimaran a él los más desgraciados.

El fuego chisporrotea y acapara la atención del grupo.

—¡Dale una vuelta al tambor, que se van a quemar las patatas! Estas chuletas ya están a punto. Espero que la Crispina no renuncie a ellas, por eso de que son de vaca.

—La vaca en chuletas no me da miedo —ríe la Crispina.

—Cuéntanos lo que le contaste a Bernal, porque algo gordo tuvo que ser. Me acuerdo de que, cuando veníamos aquí a moler y esperábamos el

turno en tu cantina, más de una vez traíamos las vacas llenas de leche porque no las habíamos podido ordeñar. Venían con las ubres a reventar, y te decíamos: «Mira esa vaca cómo viene, coge un cubo y ordeñala, y la leche es para ti».

—Y yo os decía que, como no la ordeñarais vosotros, no quería la leche. Porque ni aun en tiempos de necesidad, cuando un cubo de leche era mucha riqueza, me decidía yo a ordeñarlas.

Saturnino reparte los vasos y los va llenando. A Genaro le brillan los ojos.

—Venga, sigue. Cuenta la historia.

—Era yo muy chica, tanto, que mi madre entró en el establo a ordeñar, y me puso en el pesebre. Tuvo que salir a por un cacharro o algo afuera, y me dejó allí. Entonces se me acercó un toro de esos bravos, sementales, que andaba con las vacas, y me cogió con los cuernos y me echó al aire. Te juro que parece como si lo estuviera viviendo. Yo volvía a caer sobre los cuernos y me volvía a lanzar al aire, y si no llega a entrar mi madre, me mata.

—¡Abre el tambor, Saturnino, no vayan a torrarse las patatas!

—Aguarda, que falta un poco.

Saturnino da vueltas al tambor, y Justa va sirviendo las chuletas en los platos.

—¡Venga, Saturnino, abre ese tambor!

Saturnino obedece y caen las patatas a la cesta. Bernarda y Generosa se levantan para ayudar a Justa a aliñarlas con pimentón, aceite y sal gorda.

—¿Ves cómo ya estaban?

—Para mí, les falta un poco.

Saturnino echa leña al fuego y atiza las brasas.

—¡Venga, que aquí falta chispa! Ya está bien de hablar de las vacas, ahora toca hablar de mujeres.

—A ver si vamos a ser igual las mujeres que las vacas.

—Que no, mujer, que no digo eso. Ya sabes que para mí, las mujeres sois lo mejor de la tierra. Ya pueden ser jóvenes o viejas, me da igual.

—¡Para jóvenes estás tú!

—Pues no vayas a pensar que me hacen ascos. El otro día...

—Anda, calla, que tus historias las conocemos todas, y no andas tú falto de imaginación. Que cuente Víctor, que siempre ha sido reservado, y lo tiene más reciente.

—No, yo no. El que era un maestro en amores era Raúl. Él sí que habría podido hacernos aquí un buen relato. ¿Os acordáis cómo escenificaba con Antonia?

—¡Aquello sí que eran parodias! ¡Cuánta alegría había aquí por entonces! Ahora ya no es lo mismo.

—Déjate de Raúl, que no está aquí para auxiliarte. Él ya contó lo que tenía que contar, y lo que no quiso contar se lo llevó con él.

Víctor se hace de rogar. Él es hombre tímido, dice, y no se le da bien el relato. Justa se acerca con la botella y le llena el vaso.

—Anda, cuéntanos —le pide—. Creo que fuiste el último cortejador de la comarca. Esas historias no pueden perderse, porque ya no van a repetirse de la misma manera.

Víctor sucumbe a los encantos de Justa.

—Que conste que lo hago por ti —le brinda levantando el vaso. Y todos se unen al brindis.

—¡Por Justa, por su cumpleaños!

—Tiene razón Justa. Ya no es como antes, ni volverá a serlo. Antes se necesitaba mucho carácter para cortejar. La cosa tenía un misterio y un riesgo que ya no existen. El cortejo de las chicas era por la noche, y por las ventanas..., era todo un mundo.

—¿Ves cómo sabes contar?

—Sigue, Víctor, que has empezado bien.

—La fábula empezaba por la tarde, en la romería o en la calle del pueblo, cuando a escondidas te dabas cita con la muchacha. Ya en ese momento, el hormigueo se te metía en el cuerpo. Hablabas con todos, bailabas con otras mozas, pero tenías a una sola prendida en el corazón y en la mente.

Víctor se vuelve hacia Justa. Ella siente que le sube el rubor a las mejillas, porque ya se está metiendo en la piel de la escogida. Víctor vuelve la mirada al fuego y no sabe Justa si es porque ha captado su turbación, o porque busca el temblor de la llama para seguir inspirándose.

—Llegaba la hora de las despedidas... La romería se desperdigaba y desaparecía. Había caído la noche y esa inmensidad, ese silencio cargado de susurros y de promesas, te pertenecía por entero.

En la pausa solo se oye el chisporroteo de las brasas sobre las que Justa ha colocado unos chorizos.

—Me gusta cómo cuentas, Víctor. Eres todo un poeta.

Víctor fija la mirada en el fuego, y continúa su relato:

—Regresabas a tu casa a cenar, aunque estabas tan ensimismado en lo tuyo, que a duras penas lograba la familia sacarte una palabra que no fuera un monosílabo. Así que, como hasta el apetito estaba afectado, acortabas el tiempo de la cena, porque ya estabas pensando en el silencio de fuera cargado de promesas.

—¡Venga, Víctor, menos florituras, y al grano!

—Déjale contar.

—Sigue. —La voz ronca y apremiante de Genaro sorprende a todos.

Víctor enciende un pitillo, y da varias bocanadas, soltando el humo en forma de aros. Se le ve más seguro, animado por la atención que está despertando.

—En estas historias, Genaro, no cabe la prisa —le sonríe—. Si te entraba el hormigueo de la impaciencia, lo tenías que contener, porque nada podía precipitarse. Salías a la noche..., lo hacías despacio, y el recorrido por el monte se convertía en un paseo en el que ibas rememorando lo que había ocurrido, y preparando la estratagema para actuar con cautela. Todo estaba medido. Una vez llegado al pueblo, te adentrabas en las callejas vacías, oyendo resonar tus pisadas...

—¡Venga, hombre! —aborda Saturnino impaciente—. Llegabas a la ventana...

Víctor se ríe.

—Y para qué quieres que cuente. Tú eres perro viejo, y te las sabes todas.

—Venga, ya no te interrumpo. Es que me estaba entrando el hormigueo ese que decías tú antes.

—Recuerdo una noche especial —reanuda Víctor con aire ausente—. Aún quedaba algo de luz cuando entré por la ventana. Caí sobre un suelo de

madera. Me descalcé y avancé pisando con el mayor sigilo.

Pero algo debió de oír el viejo de la casa. La cama de la chica estaba situada tal que así, en la orilla, detrás de la puerta. Estábamos los dos en ella cuando oímos que el viejo se estaba acercando. Contuvimos el aliento, encogidos de miedo. El viejo abre la puerta y vemos que asoma un ganzo encendido, pero el ganzo solo llega a iluminar un trozo de la cama, y deja el otro en sombra, protegido por la puerta. Entonces yo me deslizo hacia el lado de la sombra y contengo la respiración. El viejo ve a la chica sola, fingiéndose dormida, y vuelve a cerrar la puerta.

—¡Je, je, je! —ríe Saturnino—, ¿quién era el viejo?

—Se descubre el pecado, pero no al pecador.

—Habría que saber quién es el pecador en esta historia.

—Ya se acabó el tiempo de los pecados.

—Yo diría que la juventud de ahora está en pecado permanente, la prueba es que ya no hay la alegría de entonces. Antes regresábamos de la siega y lo hacíamos cantando y riendo, y ahora se pasan el día haraganeando y con cara de aburrimiento.

—Y bajábamos del monte cantando con el ganado. ¡Y mira que hacía frío, y que pasábamos hambre! Íbamos medio desnudos y a medio comer, pero la alegría no nos la quitaba nadie. Era una vida en la que se vivía muy feliz.

—Y también muy jodido.

—Tiene razón Generosa. Parece que no queramos recordar más que lo bueno, como si no hubiera habido tanto malo.

—¡Y qué! Hoy es el cumpleaños de Justa, y hemos venido a reír, no a llorar. Para llorar, ya tenemos nuestras casas.

—Yo no digo que vengamos aquí a llorar ni a recordar lo malo, pero me está jodiendo ya lo de tanta felicidad.

Bernarda empieza a reír primero bajito, y luego más fuerte hasta captar la atención general. Los demás se contagian sin conocer el motivo que provoca su risa.

—Me estoy acordando de la palloza aquella, y del Pascual...

A Saturnino le brillan los ojos.

—¡Qué risa pasamos!, cuéntaselo a Justa, que no creo que conozca la historia.

—Es la palloza aquella de detrás de la iglesia, la que está medio derruida. Entonces la habitaba una mujer muy buena que se llamaba Manuela. Y siempre tenía mucho fuego y acudíamos todos allí, lo mismo que al molino o a las cantinas...

—Yo siempre conocí esa palloza hecha una ruina.

—De esto hace mucho tiempo. Entonces tenía mucha vida y muchas noches nos reuníamos allí todos los del pueblo. Estaba la mujer aquella y unos cuantos hombres que eran los hijos y el marido. Y cada uno decía lo que se le ocurría, y bueno, ¡una risa nos traíamos!

Bernarda vuelve a reír y Generosa aprovecha para seguir el relato.

—Y venían muchos pobres, entonces. A lo mejor venían de lejísimos, venían pidiendo. Y ahí es donde les daban de dormir, ¿no sabes? A todos los pobres.

Bernarda vuelve a adueñarse de su historia.

—Los subían arriba, a la hierba. Estábamos todos sentados alrededor del fuego, y con nosotros estaban las vacas, los cerdos... todos así alrededor. Y luego subiendo unos peldaños estaba la barra, que así lo llamábamos, que era donde tenían la hierba. Y ahí los pobres no tenían frío, porque entremedias de la hierba hacía mucho calor, y estaban resguardados por el techo de paja.

—¿No ibas a contar lo de Pascual?

—Espera, hombre, que ya llega. Y entonces venían... Bueno, había uno que se llamaba Pascual, un hijo de Manuela, y a ese le gustaban mucho las mujeres...

Bernarda se atraganta de risa.

—Sigue.

—Entonces vino una mujer, bueno, no vino una mujer, que fue un chico, que había llegado a trabajar al molino, y se vistió de mujer. Fue a pedir a la señora, que era aquella que te dije yo, a ver si le daba de dormir. Y aquella mujer daba de dormir a todo el que venía. El chico se vistió como si fuera una mujer, y todos estábamos en el ajo. Y él se sube a la barra. Y resulta que al hijo de Manuela le gustó aquella chica. Y todos estábamos allí

alrededor, ordenando ya para marchar a casa. Él estaba deseando que nos fuéramos para ir donde la otra. Él dormía abajo, dormía donde el fuego, en una habitación hecha de tablas. Entonces ya todos hicimos como que nos marchábamos, y nos quedamos alrededor de la casa a escuchar la cosa. Y él va, y se sube donde la otra. Y la otra, disimulando y gritando: «¡No, no!, ¡que no quiero!»...

A Justa le gusta verles reír. Quizá fuera verdad que en tiempos anteriores había más alegría. Empieza a retirar los chorizos del fuego, y los va colocando en un cacharro de barro.

—... y él tocándola, y todos escuchando alrededor, y ella seguía gritando: «¡No me toques, no, no, que no quiero!». Y él: «Anda, mujer, anda, que tal y cual»... y nosotros todos, de espías por ahí con una juerga que nos moríamos. Y al final la fue a echar mano... Y ya no me acuerdo lo que pasó...

—¡Coño!, ¿cómo que no te acuerdas? ¡La fue a echar mano, y se encontró con un tío!

Justa aprovecha el final de la historia para repartir los chorizos en los platos. Vuelven a pasar otra ronda de patatas y de vino.

Generosa no se resigna a callar. Su memoria se obstina en recordar el dolor, no solo la alegría.

—No jodáis, hombre, que nuestros tiempos fueron duros y muy duros. ¿No os acordáis ya del hambre que pasamos, del frío, de las denuncias, de los huidos?

—Y los viajes del Ganaduros.

—¿Quién era el Ganaduros?

—Es que entonces había una mafia con lo de Argentina, igual que hay ahora, porque ahora están estas que traen de fuera, y las traen engañadas conque a trabajar, y después las meten donde pueden.

—El Ganaduros era un tío de por aquí —interviene Lisandra—, que lo llamaban así porque se dedicaba a eso, a llevarse a los jóvenes, y luego el que cobraba era él. A mí me lo contaba mi madre, que marchó con esa historia para Buenos Aires. El Ganaduros iba a las casas donde había una chica o un chico joven, y decía: «Si quieres venir para Buenos Aires, yo te pago el viaje y te arreglo los papeles para que puedas marchar». Y había

otro esperándolas en Buenos Aires, que las recogía al llegar y las colocaba por las casas. Ya les tenían buscado el puesto. Pero después se encargaban ellos de cobrar, y ellas no veían un duro hasta que les parecía. Cuando les parecía, pues las dejaban a ellas algo. Tardaban un mes para llegar allí. Y pocas pudieron volver porque no ganaban para ello.

—Mi tío es también de los que fue y volvió. Daba lástima oírle cuando contaba su llegada allí. Iban todos inocentes, pobriños, sin saber nada del mundo. Cuando desembarcaban iban a parar a un dormitorio que regentaba un judío. Era una especie de lonja lóbrega y húmeda, en la que el dueño tendía una maroma entre dos argollas. Los recién llegados, tras abonar por adelantado los pesos que les exigían, podían tumbarse en el suelo, y usaban como almohada alguna prenda apoyada en la maroma. A las ocho de la mañana, el judío soltaba la maroma, y las cabezas caían en cascada.

—¡No os lo estaba diciendo! Esos eran los tiempos felices. Y eso por no hablar de la guerra, y no solo de la guerra, que peor si cabe fue después. Ya me dirás tú los huidos, si lo pasaron bien o mal.

—¿Conocisteis a muchos?

—Pues claro, de aquí había muchos.

—Eran gente de la nuestra. En algunos casos eran hermanos o primos...

—Eran gente que escapó por no ir a la guerra. Unos decían que no querían morir, y otros que no querían matar, y qué sé yo... Allí mismo, en el Tejar, marchó muchísima gente. Pero después en el monte la vida era difícil. La guerra se prolongó mucho tiempo. Tenían que vivir escondidos, después ya tenían que robar para comer...

—Sírvenos más vino, Justa.

Se abre la puerta y entran dos vecinos más: Ricardo y Manolo. Vienen cargados de botellas.

—Aquí, nos avisó el Saturnino que había algo que celebrar. ¡Ya era hora, Justa, de que volvieras a poner esto en marcha! Tú no sabes lo que fue este molino en la juventud de tus abuelos.

—Entonces estaba esto diferente. Por aquí tenían guardadas cosas, sacos y eso... y ahí los conejos. No tenían las ocas que tiene Justa, pero estaba todo eso de ahí fuera lleno de gallinas.

—Allá afuera hacíamos el fuego en verano, cuando veníamos a moler, y asábamos el tocino que comíamos ahí mismo, en el suelo. En invierno nos recogíamos aquí, en unos escaños que había hecho José, no sé si te deshiciste de ellos.

—¡Y qué historias se contaban! Las contaban los más viejos. Nosotros entonces éramos los jóvenes, y contaban chistes de monjas y curas, en los que el fraile iba adonde la monja y la sacaba por pasillos subterráneos..., y rollos de esos. ¡Anda que no pasábamos ratos aquí liados charlando y contando!

—Había gente que había ido a Cuba o a otros sitios. La mayoría de aquellas gentes ya no viven.

—Nunca me olvidaré de la Amadora de aquel tiempo —dice Ricardo, que ha regresado al pueblo a jubilarse, después de vivir muchos años en Barcelona—. Era una mujer muy especial. Parecía que te leyera el pensamiento. Nada más entrar por esa puerta, te echaba el ojo encima y ya sabía lo que te rondaba en la cabeza. «¡Olvídala!», me dijo un día, nada más traspasar yo el umbral, y me quedé ahí clavado porque tenía yo entonces unos malos amores que llevaba muy secretos y que me estaban devorando el alma. «No te hagas más daño, olvídala». Yo me puse a llorar. Entonces ella me hizo sentarme a su lado y me palpó el pulso así, muy suave, y yo no sé lo que me pasó, pero me recorrió un bienestar por todo el cuerpo, y nos pusimos a hablar de otras cosas, y ella seguía masajeando, y aquella noche salí del molino poco antes de amanecer, con un cielo encapotado y noche oscura. Amadora hizo una facha de hierbas y la prendió para que me alumbrara en el camino de vuelta y subí así, alumbrado por la facha y contento por dentro. Siempre quise a Amadora, y no perdono a los que la trataron de aquella forma.

Justa va recogiendo historias en su equipaje.

—Pues más te vale ir perdonando, porque la culpa la tuvo el pueblo entero, y tú tampoco te libras. Cuando sucedió, nadie te oyó decir esta boca es mía.

—Porque me pilló en el frente...

—Más vale que dejemos las cosas como están, no vayamos a enzarzarnos como cuando murió el molinero.

Las llamas se han convertido en brasas, y apenas se distinguen las caras de los narradores. Justa revive en la memoria el entierro de su abuelo.

Acudió tanta gente de todos los pueblos de alrededor que casi no se cabía dentro de la iglesia. Bernal se acercó a ella y le cogió la mano. El negrillo huele a muerto, decía el abuelo, y ella deseó que el abuelo oliera a negrillo y se fundiera con las hojas secas y la tierra para rebrotar en algún otro lugar. La mano de Bernal era ancha y fuerte, y ella llevaba tiempo evitando su contacto. Sintió un estremecimiento, y él la abrazó con dulzura. Recuerda la sensación de placer dentro del dolor, el inmenso consuelo. Hubiera deseado que aquel instante no acabara, que desaparecieran los demás, y quedaran solos Bernal y ella despidiéndose del amor del abuelo, que les pertenecía por igual. Nada más aflojar él el abrazo se apoderó de ella un sentimiento de culpa. ¿Y si el árbol te matara a ti, abuelo? La puerta de la iglesia se abrió de golpe y apareció la Candela, a la que ya habían echado de menos.

«¡No hay Dios!», gritó, y todos volvieron la cabeza para ver qué pasaba.

«¡No hay Dios ni hay justicia! La justicia era él y con él ha desaparecido».

Un murmullo de desaprobación invadió el ambiente. Los paisanos se rebullían en los bancos de la iglesia, mirando aterrados a los rincones, como si pudiera desatarse de un momento a otro la ira de Dios. «¿Qué tenéis que decir vosotros que me miráis con espanto? ¿Qué dices tú, Ambrosio, y tú, Julián? Os va bien la vida, ¿verdad? Sois ricos y poderosos. ¿Creéis que no sé que fuisteis vosotros los que denunciasteis a mi marido por ser buena gente? ¿Quién me ayudó cuando me dejaron viuda, me arrancaron a los hijos y me llevaron a la cárcel? ¡No fuiste tú!», gritó señalando al Cristo impertérrito que presidía el altar. «Fueron él y su mujer Lisa, y las buenas gentes de las que recogieron dinero para ayudarme».

El cura intervino diciendo que Cristo estaba dentro de cada uno, y que él era quien remediaba todos los males.

«¡Calla! —gritó Antonia—, no vuelvas a hablarme de eso». Y se volvió de nuevo a la imagen del altar. «¿Qué más quieres de mí? ¡Di! ¿No te he dado ya suficiente?».

Lisa se levantó del banco en que estaba postrada. Los murmullos se convirtieron en un silencio expectante. Lentamente dirigió sus pasos hacia la puerta y abrazó a Antonia. «Vamos —le dijo—, él ya no está aquí». Y salieron las dos llorando, recogidas la una en la otra.

No volvieron a separarse, y juntas vivieron en el molino, hasta que, un año más tarde, Lisa murió de repente.

—¡Menuda mujer era la Candela de entonces! —dice Saturnino—. No le temía ni a Dios ni al diablo.

—Y menos a los farsantes a quien denunciaba cada domingo al salir de la iglesia.

—Más vale que no mentemos la guerra. Dejémoslo estar.

—Los hombres sois unos cobardes, mucho frente y mucho tiro, y luego no os atrevéis a pensar ni en lo que hicisteis. Yo prefiero a los huidos que se tiraron al monte por no matar y no ser muertos.

—La casa de la Candela estaba abierta la noche entera. Tenía siempre caldo caliente para todo el que llegara. Se acercaban los huidos y ella los recibía y les daba alimento. Y lo mismo hacía cuando pasaban los civiles. Su casa era refugio para todos, y en ella siempre encontraban alegría.

—Tocaba la pandereta y cantaba, ¿no sabes?, y los jóvenes bailaban. Se subía al escaño y contaba historias, y las representaba. Luego ocurrió lo que ocurrió y perdió todo lo que tenía, incluso la casa, que pertenecía a la familia del marido, y solo le quedó el trocito aquel de cantina que volvió a ser centro de acogida para todo el mundo.

—Pero se vino abajo con la muerte del molinero.

—La fuerza de la Candela no venía del molinero, sino de su forma de ser.

—Dejémoslo estar.

Justa va a echar otra brazada al fuego, pero Saturnino la detiene.

—Yo ya he de retirarme. Mañana llega la parienta y me tiene que encontrar buen mozo.

—Espera —dice Víctor, apiadándose del semblante taciturno de su amigo—. Te voy a contar antes otra de mis andanzas, una que compartí con

Raúl.

Todos agradecen la intervención de Víctor. No quieren despedirse con la guerra en la cabeza. Esas son historias que todos quieren olvidar.

—Era la fiesta de El Castañar, y estuvimos en el baile, en el portalón, hasta las cuatro o las cinco de la mañana, hasta que acabó la fiesta. Yo había localizado a mi chica, y terminada la fiesta, voy y me despisto. Se va la gente, cada uno para su casa, y entonces yo quedo por ahí escondido y voy deslizándome por unos callejos, hacia su ventana...

Vuelve a encender un cigarro y a ensortijar el humo, pero esta vez nadie le apremia, como si quisieran prolongar la velada, que acabaría al final del relato.

—De pronto, noto que alguien me echa la mano por detrás. Me quedo tieso y parado. «¿Quién es?», pregunto. Y me responde una voz ronca: «¿Quién eres tú?». «Joder, soy Víctor, el de Olmeda». Yo no podía voltearme porque me tenía sujeto por el cuello, pero cuando me identifico, me suelta. Primero no veo nada, porque estaba todo oscuro, pero luego lo veo. Era él. «¿Qué haces aquí?». «Nada, iba adonde Fulana». «Ah, ¿sí?», me dice. «Pues yo voy adonde su madre».

—¡Qué cabrón!

—Andaba Raúl por aquel entonces por los cincuenta y pico, y la madre de esa chica había sido novia suya hacía la tira de años.

—Creo que ya sé de quién hablas.

—A nadie le interesa.

—Bueno, pues resulta que la mujer había acudido a la fiesta del pueblo, y paraban la madre y la hija en casa de un hermano. Descubrimos, pues, que íbamos al mismo sitio. Nos acercamos juntos a la casa. Cuando llegamos aún había luz en la cocina. Entonces me dice: «Déjame a mí». La casa daba para el monte, y tenía dos ventanas arriba donde dormían, la madre en una y la hija en la otra. Daban como a un metro de la retama que iniciaba el monte. Nos situamos arriba, y yo le digo: «Están en la cocina, habrá que esperar». «No, tú déjame a mí». Y desde el monte saca una linterna, y empieza a apagarla y a encenderla..., y la madre ve la linterna, y vemos que se retira rápidamente de la cocina. Marcha la madre, y seguido marcha la hija. Esperamos como irnos cinco minutos y Raúl me dice: «¡Hala!, vete tú

primero». Entonces yo bajo a la ventana y doy unos toques, y justo en ese momento aparecen dos perrazos de rebaño, de esos mastines, ladrando furiosamente. Y ella desde arriba llamando: «¡Furia!, ¡Tristán!». Venían los dos derechos hacia mí, y a su voz se quedan totalmente quietos, clavados en el sitio, y luego dan media vuelta. Yo echo a correr monte arriba. Los de la casa, alertados por el escándalo de los perros, salen afuera: «Pues, ¿qué pasará?..., andará la zorra a las gallinas...». Se arma allí un barullo, y nos quedamos los dos escondidos. No nos quedó más remedio que suspender la sesión, y marchamos.

—¿Y ya está?

—No, no está. Regresamos monte abajo hacia el pueblo, charlando. Aún no había amanecido. Y al llegar un poco más abajo, en el Tejar, de donde sale un sendero hacia Olmeda, me dice: «Bueno, don Víctor, llegamos a un punto del camino en que tenemos que separar nuestras vidas». «¿Y eso?», le pregunto. «Yo me quedo aquí, en el Tejar. Voy a ver si está Julita».

—Te digo que era un artista.

—Muy buena, Víctor.

Quedan todos en suspenso por si alguien inicia otra historia.

—Venga, vámonos, que se hace tarde —apremia Saturnino.

Inician la retirada con pesar.

—Con quien se entendía bien el Raúl era con la Candela. Más de una noche, después de la función en la cantina, se quedaba a dormir con ella.

Los fantasmas de la alcoba. ¿Cuántas vivencias habrá presenciado sin enterarse?

—No te vayas, Justa —dice Generosa al darle un abrazo de despedida, ¿cómo lo habría adivinado?—. Ya solo vamos quedando los viejos, y el pueblo morirá si no le ponemos remedio.

Saturnino la espera junto al coche.

—Siento que me tengas que acompañar a estas horas, pero no puedo quedarme. Mañana llega Asunción temprano y quiero ver a las hijas.

—Ya sabes que me gusta la noche desde la altura de tu pueblo.

Saturnino va silencioso en el coche. Ha perdido la alegría que tenía al principio de la velada.

—La guerra fue una cabrona —dice de pronto—. A mí me pilló con once años, o sea que no estuve en ella.

El cielo está totalmente despejado y se mueven las sombras de los árboles, barridas por los haces de luz que proyectan los faros.

—Parece una noche de lobos —comenta Justa, tratando de evitar una conversación que sabe dolorosa para su amigo. Pero Saturnino no está atendiendo...

—Pero tuve bastante sufrimiento —dice ensimismado—. Me mataron la madre, mataron un hermano...

—¿En la guerra?

—No, después. Esto ocurrió en el año cuarenta y ocho. Tenía yo veintidós o veintitrés años, ya me había licenciado de la mili.

Justa piensa en aquella mujer valerosa que fue a parir a casa de su madre montada en una yegua.

—¿Por qué los mataron?

—Por tener a los huidos en la casa. Y es que había que tenerlos quisieras o no, te obligaban ellos mismos a tenerlos. Había que darles cobijo, todo el mundo, no solo el que quería, como Antonia, sino también el que no quería. Y un día que estaban unos huidos con nosotros, llegaron los policías, y los persiguieron hasta adentro de la casa. Uno de los huidos cogió un rifle y disparó un solo tiro, solo uno, pero lo mató. El otro policía escapó, y los huidos se fugaron. Y a mi madre y a mi hermano los llevaron presos y los mataron.

—¿Y tú dónde estabas?

—Yo estaba en A Fontela cogiendo castañas. La guardia civil bajó a detenerme, y yo no sabía nada. Los que me detuvieron me preguntaron: «¿Sabes lo que pasó en tu casa?». «No». «Pues, esto y esto», así me lo soltaron. Me lo dijeron ellos, que yo no sabía nada.

—¡Qué hijos de...!

—No. Eran amigos míos, me llevaba muy bien con ellos. Yo había solicitado para entrar en la guardia civil, y además me llevaba bien con ellos porque había que llevarse.

Cuando se despiden, Saturnino la abraza con fuerza. «La guerra fue la cabrona», vuelve a repetir. «Ella era toda una mujer, y entre todos se la cargaron, a ella y a mi hermano, los unos por obligarla a tenerlos, y los otros por apretar el gatillo».

OceanofPDF.com

Isidra la Crispina abre el almacén para Justa. «Tienes que perdonar el desorden», le dice. «Lo utilizamos solo de desahogo, vamos echando aquí sin mirar». Justa se abre camino entre bultos hasta la cama de Bernal. En la pared están los dos cuadros colgados. Le parecen más pequeños que los que vio en su recuerdo. «Hasta me da pena entrar aquí —dice Isidra mientras los contemplan—, porque parece mentira en lo que él convirtió estas cuatro paredes, y mira ahora: parece que todo esté muerto».

Justa cambia los cuadros de lugar: el mar delante y el camino detrás. «También podrían colocarse así, ¿verdad?». Isidra levanta los hombros: «Creo que es indiferente, no veo yo relación alguna entre ellos». Para nosotros sí la tema, piensa Justa. Un camino corría hacia el mar, y otro partía de él. ¿Estará esperándonos un camino allende el mar? Isidra la interrumpe en su pensamiento. «Bernal siempre te quiso —recuerda con tono nostálgico—. ¡Cómo sufrió el muchacho! Se moría por ti, cuando te enredaste con el otro». Justa no siente dolor al oír estas palabras. A veces el azar coloca la ficha del juego en una casilla, sin que nuestra voluntad pueda intervenir en ello.

—¿Qué guardas ahí? —pregunta, descubriendo debajo de la cama una bolsa de cuero marrón—, ¿no es eso la mochila del americano?

—Sí. Ya sabes que yo no soy de tirar, y como tuve que despejar el armario para un huésped, ahí quedó.

—Me gustaría darle un repaso.

—Solo le falta lo que vosotros cogisteis, y si te quedas con el resto, me harás favor. Yo no sé tirar, pero si a alguien le aprovecha, tanto mejor.

Abre la mochila y vuelca el contenido sobre la cama. Quedan dentro muy pocas cosas: los cuadernos escritos en inglés con letra apretada, y como ella

sabe poco inglés, los conserva en la mochila con la intención de llevarlos en su viaje para intentar descifrarlos con Bernal; la baraja de cartas que un día les pareció tan extraña y que hoy reconoce como naipes del Tarot; el libro que la acompaña, escrito en francés. Justa abre el tratado del Tarot al azar:

«... La espada de la Justicia hiende en dos el misterio, cuando aceptamos que cada suceso de nuestra vida ha contribuido a formar nuestro carácter, y que en el futuro seguiremos creándonos a nosotros mismos por mediación de nuestras acciones. Solo podemos desprendernos del pasado si tomamos conciencia de él. De lo contrario, nos repetimos».

Justa respira hondo. *La espada de la Justicia hiende en dos el misterio...*, repite. El abuelo José blandía la espada de la Justicia cuando ella llegó al mundo, y en honor a ella le impuso el nombre de Justa. Le parece significativo que en este segundo nacimiento para el que se está preparando, la espada vuelva a surgir indicándole el camino.

Ya solo queda un libro sobre la cama. Esta vez se trata de un libro español, una recopilación de poemas de Juan Ramón Jiménez. «Yo pensé que el americano no hablaba nuestra lengua», dice Justa. «Ese libro no era de él —contesta la Crispina—, era de Bernal. Lo dejó olvidado y yo lo guardé ahí. Quizá era para devolver a tu abuelo, ya sabes que siempre andaban intercambiando libros, o para ti. En cualquier caso, quédatelo».

Justa coge el libro con la extraña impresión de que no es casualidad que haya permanecido tanto tiempo cerrado y lejos de ella. Lo abre sabiendo que el mensaje que le reserva llega en el momento oportuno.

El azar la conduce al poema «El nuevo mar»:

*Para olvidarme de por qué he venido,
de para qué he nacido, hemos nacido,
vengo a mirarte, mar, loco perpetuo...*

Levanta los ojos del libro y sonríe a la Crispina.

—Haré la travesía en barco —le dice—, antes de llegar a un destino debo encontrarme con el Mar. Este libro será mi compañero de viaje.

—Creo que estoy preparada, Amadora.

—¿Cómo te sientes?

—Llena y vacía, no sabría decidirme.

—Así es como se siente el viajero cuando cierra las maletas, y está a punto de partir. Nunca está seguro de haber metido en ellas demasiado o demasiado poco. Hasta que le llega el día en que descubre que no hace falta meter nada, porque ya todo está dentro.

—He estado pensando mucho sobre la palabra y el silencio.

—Tan importante es lo uno como lo otro. Tu vida está tejida con la palabra, y ella te dará alas para el vuelo. Pero no se trata de la palabra vana, la que se utiliza cuando se habla por hablar. Me estoy refiriendo a la palabra verdadera, la que nace de la meditación y del silencio.

—Ayer estuve en casa de Felipe y me sentí mal. Había un grupo de gente discutiendo sobre la procedencia o no de la intervención militar de fuerzas internacionales para resolver conflictos internos de un país. Yo no podía opinar, me sentía como fuera del mundo. Había pasado el tiempo mirándome el ombligo sin interesarme nada que no fuera yo misma.

—Opinar, para qué.

—Nada, no sé. Al menos para definirme, tomar una postura, sufrir por las víctimas, aportar el dinero a algún plan de ayuda en vez de comprar el billete para seguir pensando en mí misma.

—¿Cuándo has actuado así?

—Nunca lo he hecho por ahora, pero al menos siempre me he interesado por lo que ocurría en el mundo...

—No confundas la verdadera acción con hacer cosas. Sigue trabajando tu interior, no te enredas en las trampas del mundo. Cuando caemos en un estado de confusión, no nos es posible acceder a la verdadera acción sin

hacer una pausa en nuestra vida exterior. Ese es el silencio al que antes me refería.

—¿Tú qué piensas de estas guerras, Amadora?

—Lo mismo que de todas. La humanidad no tiene paz porque no la quiere, ¿quién puede creerse eso de que hay que tirar bombas y matar a la gente para conseguir la paz? La humanidad tiene lo que desea, cuando realmente quiera la paz, la tendrá.

—¿Qué me aconsejas hacer ahora?

—Busca tu verdad y actúa desde ella. La verdad es tan simple que te dará risa reconocerla.

Justa vuelve a sentirse desconcertada, como le pasa a menudo con Amadora. De pronto le parece comprender el sentido de sus palabras, y al instante siguiente, se le escapa.

—¿Preparo unas hierbas, Amadora? —hasta ese momento Juana se había mantenido callada y Justa se había olvidado de su presencia.

—No hace falta.

Juana está sentada y Justa la mira con curiosidad. De sus labios sale un murmullo y está pasando las cuentas de un rosario entre los dedos que mantiene reposados sobre el regazo. Le parece a Justa más pequeña y desamparada que nunca. ¿Qué será de su vida cuando desaparezca Amadora?

—Antes de marcharme, madrina, me gustaría que me contaras algunas cosas de tu vida, ¿dónde estuviste cuando saliste de Olmeda? —Recuerda haberle hecho esta misma pregunta otras veces, pero no es consciente de haber recibido una respuesta.

Amadora sigue el hilo de su pensamiento, aún no ha terminado de responder a la pregunta anterior.

—Aléjate de los que no marchan en armonía contigo. Busca a los que caminan a tu paso. Solo ellos podrán ayudarte, solo a ellos podrás ayudar. Juntos construiréis el mundo que buscáis.

—¿Te ayudó a ti alguien, Amadora?

Quizá sea esta la última oportunidad de indagar sobre su pasado, y Justa no quiere desaprovecharla.

—Cuando salí al mundo descubrí mi error. Supe distinguir quién caminaba conmigo y quién no. Me ayudaron a descifrar el mensaje que me torturaba.

—¿Te enamoraste alguna vez?

Juana ha parado de mover los labios y tiende el oído, interesada, y dispuesta a saltar en defensa de Amadora si a esta le incomoda la indiscreción. Pero a Amadora no parecen inquietarle esas preguntas que ya nadie le hace.

—Me sentía desgraciada y me rebelaba contra mi destino. —Se ríe—. Quería ser una muchacha como las demás, enamorarme, ir al baile, divertirme. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. Pero no es fácil enamorarse, ¿sabes?, cuando ves dentro de las personas. Todo tiene su ventaja y su dificultad.

—¿Por qué te marchaste?

—Entonces yo solo veía la dificultad. Salí al mundo de esta manera, huyendo de una situación, viendo y sin querer ver.

Justa respeta el silencio que sigue a estas palabras.

—Siempre hay alguien afuera, en el mundo, que te hace ver la verdad que tienes al lado. Eso también te pasará a ti.

—¿Y cuál era tu verdad?

—¿Era tan sencilla! —Amadora ríe echando la cabeza para atrás, ríe de su ingenuidad juvenil, de la ingenuidad del mundo entero—. Ese poder del que yo renegaba, no me había venido impuesto. Yo misma creaba mi capacidad, y elegía ser como era, y lo seguía eligiendo cada día, vez tras vez, aunque me doliera, hasta que di con la forma de manejarlo. Cuando descubras tu verdad, te darás cuenta de que eres libre.

—¿Era amigo tuyo el americano que estuvo en Olmeda?

—Kevin Drake. Nos conocimos en América. Llegó hasta aquí en busca de ayuda. Fue fácil proporcionársela.

—¿Por qué no regresó a buscar sus cosas?

—Quizá ya no las necesitara.

—No preguntes tanto, hija, que vas a cansarla.

La sonrisa de Amadora no pertenece al momento presente. Parece como si su alma se hubiera escapado a un misterioso recorrido. Justa se levanta discretamente.

—¿Sabes ya adónde quieres ir? —la voz de Amadora regresa de la distancia.

—He pensado encontrarme con el mar, y después quisiera reencontrarme con mi amigo Bernal. Son dos temas que tengo pendientes desde hace mucho tiempo.

Amadora vuelve a reír.

—¡Encontrarte con el mar! Descubrirás que no hacía falta moverte de aquí para eso. La Montaña es igual al Mar, y el Mar, igual que la Montaña, la misma energía. Lo de visitar a Bernal está muy bien. Los dos avanzáis con igual paso y podéis caminar juntos.

—Antes de marcharse —dice Juana—, Bernal subía mucho por aquí. Se pasaba horas con Amadora, igualito que yo, venía a buscar consuelo.

—No lo sabía —dice Justa.

—Hablaban muchísimo los dos —sigue diciendo Juana—, y siempre tenía alguna palabra de apoyo para mí.

Justa mira a Amadora esperando que añada algo a la información que acaba de darle Juana, pero ella se ha retirado a su mundo interior, inalcanzable.

OceanofPDF.com

EL COLOR DE TODOS LOS COLORES EL MAR

OceanofPDF.com

Para olvidarme de por qué he venido,
de para qué he nacido, hemos nacido,
vengo a mirarte, mar, loco perpetuo.
Tu movimiento, tu inquietud me calman,
tú eres el único que sabe
ser solo él, ser solo tú,
el único y el solo que no deja
responder a sus olas, sus palabras,
a la pregunta de la luz altiva.
En los días serenos, cuando el aire
con su cielo sobre él, arriba, cree
que te domina y que lo sabes,
tú eres ajeno a él, estás dormido,
estás soñando
la libertad que formas en el mundo
con la revolución sorda por dentro.

OceanofPDF.com

Justa siente el balanceo del mar en su cuerpo y no abre los ojos, quiere prolongar el sueño, mecerse en él. Las olas, sin ella esperarlo, acaban de depositar en su orilla un regalo. Lo han rescatado de la profundidad de su interior sin pago previo. No ha habido anhelo, convocatoria o esperanza. Espontánea y libre, dibujando su gesto infinito, ha aparecido la sonrisa de Bernal. No se trata del recuerdo fugaz de un instante vivido. Es una plenitud. Se siente inmersa en ella, como quien se sumerge en un agua clara bañada de luz, y la luz juega con la superficie del agua, silenciosa, sensual, brillante, alegre, desdoblada en múltiples facetas que ella ha percibido en un solo golpe de ola.

Está sola, maravillosamente sola en medio del mar. Se siente vacía, llena de un vacío que la aligera, que la capacita para admitir la belleza del mundo. Se acerca al espejo y ríe a su imagen. No esperes a una mujer, Bernal, hacia ti está volando un pájaro, un ave libre que ha logrado finalmente levantar el vuelo.

Cara de pájaro, la llamaban los niños en la escuela. Nunca ha sido ese apodo tan cierto como ahora. El último fin de semana en el molino charló con Lucas y jugaron toda la tarde, después se duchó, y mientras desenredaba su larga melena se le ocurrió la idea. «¡Lucas, corre, trae las tijeras!». «¡Yo no las tengo!». «Búscalas, nos vamos a divertir». Poco después Lucas cogía un largo mechón de pelo de su madre y aunque estaba deseando hacerlo, no se atrevía a dar el primer tijeretazo. «¿Estás segura, madre?». Justa cogió las tijeras, ¡zas, zas, zas!, y cayeron los primeros mechones al suelo. «¡Ahora yo, ahora yo!».

Después pasaron la maquinilla de Ignacio por el cráneo rapado. «Pareces un pájaro, madre». Nariz afilada, ojos penetrantes, al acecho, ¿un

águila imperial? ¡Qué felicidad!

OceanofPDF.com

Está sola en el barco, los pasajeros que la rodean no cruzan el círculo de intimidad con que ella se está protegiendo. Una mujer misteriosa cuya mirada se pierde en la inmensidad del mar, de *el nuevo Mar*.

Vive un sentimiento puro de soledad.

El poeta le ha brindado el apoyo de la palabra verdadera, la que nace después de la meditación y del silencio, la que no caduca con el tiempo porque brota directamente de un alma para alcanzar el núcleo del alma ajena.

OceanofPDF.com

«Me alegro de que te vayas —le había dicho Felipe al despedirse—, aunque sufriremos tu ausencia. Pero algo a ese otro lado del mundo te está esperando».

¿Me estaré yo inventando el mundo?, se interroga Justa. ¿Habré inventado a Felipe como eslabón de la cadena que me conduce a Bernal? ¿Habré inventado a Bernal esperándome al otro lado del mundo, a mis hijos animándome a partir, a Amadora ayudándome a hacer el equipaje, a Antonia meciéndome de niña, y a todos los demás? ¿O estará alguien inventándonos a todos en este mismo instante?

Justa lee el libro y contempla el mar.

OceanofPDF.com

Tú eres el solo que no quiere
otra cosa que ser, estar en ti, en sí,
y tu lucha es contigo, dinamista
estético, perdiente jugador
de la inmensa belleza solitaria.
Tú eres solo, el más solo de lo todo.
Ni nos ves, como el cielo,
ni tienes un consuelo, una respuesta
para el que va a mirarte desde sí,
no desde ti,
para el que va por ti a su centro.

OceanofPDF.com

Cuando la Crispina le enseñó los dos cuadros, Justa se emocionó. Llevaba meses esperando el momento de encontrarse con esa tela de todos los colores que ella había llamado mar. El mar que situaron al final del camino, y un camino nuevo que podían situar detrás del mar. Bernal y ella, de niños, habían imaginado un instante que ahora se cumplía. No sabían entonces cuánto sufrimiento les esperaba antes de alcanzarlo, no habrían podido imaginar una separación tan larga, pero intuyeron que había que completar un camino para llegar al mar, y del otro lado iniciar un nuevo camino. ¿Qué pensaría el americano cuando pintó los dos cuadros? Él había recibido en Olmeda la respuesta a su búsqueda. ¿Dejaría como agradecimiento esas dos telas para que alguien las encontrara y descifrara en ellas su suerte de dados?

Pero a mí no me importa que no escuches.
Yo sé que tú eres tú, y que yo podría
ser como tú, y esto me basta;
amigo de verdad, sin relación,
amigo en la belleza, en la locura,
amigo en no querer ser nada más.
De nada más. Gritas y brillas,
y saltas y te hundes, te oscureces,
te encoges, te dilatas,
llegas a todas partes y te alejas,
hablas todas las lenguas y te callas,
lloras inmensamente, ríes
a carcajadas que terminan
en alegría universal,
te ofreces y te quitas...
Y todo porque sí, gran paraíso
de acumulada libertad interna.

Justa está en la cubierta del barco, y está cantando. Sola y cantando. Cae una lluvia fina que la empapa. No le importa la lluvia. Una niebla densa la rodea. Solo el rumor del mar y su canto que brota de dentro, como si hubieran destapado un manantial subterráneo.

«Márchate antes de mi regreso», le había rogado Matías en una carta. «No permitas que yo rompa el encanto de lo que está naciendo entre nosotros. He crecido, pero todavía no sé hasta dónde. Tengo miedo de encontrarme contigo y volver a repetir el molde que llevo dentro, tratarte de nuevo como papá ha hecho siempre. No sé por qué sigo cargando con esas pautas que conscientemente rechazo. Todo lo que te estoy contando por carta nunca podría hacerlo de viva voz. Lo sé, y por eso no quiero verte de momento. Deseo seguir comunicando contigo desde la distancia. Es una riqueza que acabo de descubrir y que no puedo abandonar tan pronto. He pensado mucho, he sufrido mucho. La mar ha llorado y ha reído conmigo. Está siendo mi compañera inseparable, pero no otorga respuestas gratuitas, ella sigue su camino, indiferente, y uno tiene que decidirse entre seguirla o quedarse anclado. Comprenderás estas sensaciones cuando estés junto a ella. Y también me comprenderás a mí y las decisiones que estoy tomando. Quiero demasiado a la mar para convertirme en marino sin vocación. En ella deseo vivir de acuerdo a mis propias reglas, y a las que ella me vaya dictando. La mar y yo, solos. No puedo estar sometido a la ley de otros. Voy a trabajar a tiempo parcial en unos astilleros de Baranda. He encontrado a un tipo estupendo que me brinda esa oportunidad, y el resto del tiempo trabajaré en el molino en la construcción de mi propio barco. Realizar un sueño. Sí, ya lo sé, ahí estáis los dos, papá y tú, el mar y la madera, pero no está mal que nos encontremos los tres en armonía».

Justa sigue cantando, con su hijo mayor dentro del corazón. Por fin recuperado, a través del mar, pero detrás del mar comienza el camino, y tendrán que saber construirlo, paso a paso, afrontando los tropiezos, venciénolos. Tómame tu tiempo, Matías, construyamos desde la distancia, con el mar por medio. Tú y yo nos encontraremos un día, cuando llegue el momento, liberados al fin de tantas trabas, para vivir el amor que nos espera.

OceanofPDF.com

Tú, mar desnudo,
vives, mar, en el centro de la vida;
donde estés tú es el centro,
principio y fin de todo, mina viva.
Eres, mar, lo desnudo, la belleza
desnuda,
la única belleza que no admite
velo estertor, como la tierra,
que rompe, que se traga todo velo
y lo convierte en desnudez, la fuente
de todo lo desnudo, pie de Venus
en un momento de contacto humano,
como una concreción de ti
al alcance del hombre.
En ti estás, mar, en tu ola eterna,
el poder y la forma
de todo lo desnudo, metamorfosis
constante,
eterna desnudez de desnudeces.

OceanofPDF.com

Ella es el poeta, ella es el mar en transformación constante. Es la creadora que concibe espacios infinitos: la columna de humo que se eleva hacia la libertad. Siente y no siente, recuerda y olvida, intuye el más allá y se topa con los muros contruidos por su imaginación. Pero ahora ya sabe que en ella está el poder, la creación de su vida, la libertad sin fronteras.

Ella es Bernal, que le brinda la poesía de Juan Ramón para acercarla a su orilla, a su patio del cerezo, situado ahora en California. Él es el vasto mar que ha esperado sin reposo. Incansable, sin pedir nada a cambio de su canción de amor.

OceanofPDF.com

Obra en orilla, estoy de pie
entre mi obra y tú. De ti me voy
a ella, nuevo ejemplo,
ejemplo libre de mi obra.
En sucesión eterna lo eres todo,
todo lo que el mundo puede ser
y todo lo demás
sin principio y sin fin, mi obra y tu ola,
carne y alma y espejo a un tiempo de ella,
inocencia, esperanza en luz igual,
en plano igual, en igual sitio,
en paz y fuerza unidas,
mar poeta
con la matriz en ti,
trabajador infatigable
a la luna y al sol igual en fuerza,
al alba, al mediodía y ala tarde
y por la noche,
despierto soñador de tus abismos.

OceanofPDF.com

El horizonte es una línea blanca que Justa recoge en las pupilas y eleva hacia el cielo. ¡Cuántas horas de contemplación!, de sol a sol, de luna a luna. Pasajera misteriosa con un libro en la mano, la cabeza rapada, cara de pájaro, sonrisa distante y estrellas en la mirada. Nadie osa acercarse, nadie se atreve a irrumpir en el círculo mágico.

«Cuéntame, Felipe, cómo es Bernal ahora».

«Yo lo vi vestido con una chaqueta de cuero tan vieja como él, aire desaliñado y gesto elegante, ya sabes, de los que arrastran a la gente tras su figura despreocupada y generosa. Un maestro, un poeta, uno de esos soñadores enamorados de algo que no alcanzan, pero cuya sonrisa indica que mantienen la ilusión».

«No me escribas, Justa», le había dicho Bernal al despedirse, después de haber intentado disuadirla de lo que le parecía una locura; después de haber tratado de hacerle comprender que todavía estaba a tiempo de abandonarlo todo y marcharse con él. «Mi vida se convertiría en una espera desesperada. Solo viviría para recibir tus noticias, para sufrir tu sufrimiento al lado de Ignacio, sin poder hacer nada por remediarlo. Necesito vivir, crear mi vida independiente de ti, y que tú sigas viviendo, para que un día nos encontremos en libertad, sin dependencias ni sometimientos».

¿Por qué dijo ella que no, cuando su cuerpo y su alma gritaban sí? ¿Por qué sabía él que esa era la verdadera respuesta y que, a pesar de ello, no podía hacer nada por lograrla? ¿Por qué lloró ella noches enteras de añoranza, de deseo de él?

Antes no tenía la respuesta, pero ahora la conoce. Libres los dos, sin afán de posesión, desplegando las alas al unísono, el encuentro que les

espera es superior. ¿Sabrán vivir un instante tan valioso? ¿Lo confundirán con otro que les encadene a la rueda del dolor, de la necesidad?

OceanofPDF.com

El dominio de sus horas no es completo. Por la noche se le revuelve el equipaje, como si algún duende trasteara en él y extrajera recuerdos que ya tenía bien doblados, guardados, creía ella, para siempre. Ha soñado con el mar de su infancia, el mar terrible, devorador de cadáveres. Ha gritado de nuevo, ha sentido la sed abrasadora en sus labios, y se ha visto perdida en la inmensidad sin encontrar el camino de regreso. Más tarde ha hecho ofrenda al mar de sus sueños, y el mar los ha recogido y se los ha devuelto en forma de poema, del poema que Bernal le brindó sin saberlo, para que la acompañara en su travesía.

OceanofPDF.com

Muerte viva eres, mar; cojes la muerte,
la bates, la incorporas, la despides,
la unificas en ti.

OceanofPDF.com

Roberto y Raimundo ya no duelen, los lleva incorporados igual que al abuelo, a Lisa y a su padre. Y a Amadora, casi transparente el día de la despedida en que no hablaron, en que permanecieron solas y juntas, no sabe Justa cuánto tiempo, unidas las manos, soltando una la vida y recogiendo la otra el conocimiento y la enseñanza, la paz. Adiós, Amadora. Sé que no volveré a verte porque ya estás en mí, unida a mi vida, a mi viaje.

En el molino quedaron las esculturas. Trabajó incansable día y noche, hasta terminar las tallas de los titanes. Hasta saciar su necesidad creativa, que vuelve a aparecer en forma de columna infinita, que a veces se confunde con la niebla en el mar, sobre el mar. La niebla que se evapora en los amaneceres y se levanta ligera hacia el cielo gris que lo cubre todo. Transformándose el humo en niebla y la niebla en cielo. Ya no teme a la locura. Su obra nacerá libre, sin miedo. Ha aceptado la locura, no rechazando su existencia como antes, sino como parte preciosa de su ser completo. Se ha convertido en mar, en pájaro, en poema. Y avanza hacia la otra orilla para iniciar un camino nuevo, cargada con su equipaje repleto de recuerdos, con su locura y su nueva razón.

Mar loco, razón única del mundo,
qué bien te mides tu razón inmensa
con tu locura innumerable.
Yo quiero enloquecer de tu locura,
mi pensamiento quiere ser tú mismo,
con todo lo demás, como tus peces,
tus flores y tus piedras,
sin hacer mella alguna en tu ser solo.
¡Qué paz inmensa tu infinita guerra!
¡Ay, no poder quedarme vivo en ti,
sin hambre, sed ni sueño,
porque no quiero verte sino serte,
ser en ti yo, vivir yo en ti,
ser, terminado como tú, yo mismo siempre,
y siempre igual, siempre distinto,
repetido y sin guía, siempre!

OceanofPDF.com

El hombre
debiera poder ser lo que desea,
debiera poder ser en la medida
de su ilusión y su deseo.
Entonces yo sería tú, que eres tú mismo,
que eres lo deseado del total deseo.
Tú solo, mar, lo sabes todo,
todo lo olvidas;
tú solo, mar, te bastas y te sobras.
Eres, dejas de ser, a un tiempo, todo.

OceanofPDF.com